

PRENTISS TUCKER

**EN LA TIERRA
DE LOS
MUERTOS QUE VIVEN
HISTORIA OCULTISTA**

Published by
The Rosicrucian Fellowship
International Headquarters
Mt. Ecclesia
Oceanside, California

<http://www.rosicrucian.com/foreign/framespa00.html>

[5]

Capítulo Primero

VISITA A LOS PLANOS INVISIBLES

Todo fue debido a una granada, intensamente explosiva.

Nada ocurre sin causa. Podemos decir que esta historia empezó en Alemania, cuando Margarita Hammerstein dio los toques finales a cierta granada de gran potencia y, con el contacto de sus dedos, la llenó de vibraciones de odio para los americanos. Podríamos anotar las ocurrencias que, cada una resultado de una serie interminable de circunstancias, contribuyeron al hecho de que, precisamente esta granada, fuera llevada al frente alemán en un momento dado y a un lugar preciso. Pero, para seguir esa serie de ocurrencias, casi infinitas en número, necesitaríamos una paciencia inagotable.

Por eso tomaremos la historia de los sucesos desde el momento en que esta granada, tan explosiva, estalló en las trincheras americanas, esparciendo, además de su carga material y fragmentos visibles, el odio para los americanos que Margarita Hammerstein había encerrado en ella.

Jimmie (1) Westman se encontraba apoyado contra

(1): Diminutivo de James (Jaime) (N. del T.)

[7]

la pared de la trinchera más próxima a la línea alemana, y estaba mirando por la aspillera, admirablemente disimulada, que se utilizaba para observar los temibles y tremendos destrozos causados en el espacio entre trincheras; en guardia contra cualquier ataque de sorpresa. La granada estalló a pocos pasos de él, pero Jimmie no se enteró. Pasó mucho tiempo hasta que se hiciera cargo de lo que había ocurrido, y precisamente es de las cosas que pasaron entre el estallido de la granada y el momento que Jimmie pudo reconstruir los hechos de lo que deseamos hablar. Fueron acontecimientos verdaderamente notables, que produjeron gran impresión en Jimmie y cambiaron, por completo, sus ideas acerca de la vida.

Hemos dicho que pasó mucho tiempo antes de que Jimmie recobrase el conocimiento, después de la explosión; para ser exactos, debemos decir que pasaron tres días, y mientras yace postrado en esa especie de coma, vamos a echar una ojeada sobre su vida e historia.

Jimmie no había nacido de padres pobres, pero honrados. Sus padres sí eran honrados, pero no eran pobres; y, sin ser ricos, lo habían criado bien y le habían dado una buena educación. Había cursado la enseñanza y estaba estudiando medicina, cuando estalló la guerra. Decimos que la estaba estudiando; nos es simpático Jimmie, y se nos resiste a decir que era más aficionado a los placeres de la mesa y de las cartas; pero así era; un ejemplar del joven americano; limpio, honorable, afanoso por sobresalir, tanto en el trabajo como en los deportes; pero cautivado, hasta cierto punto,

[8]

por la adulación rendida, en su colegio, a los atletas.

Eso no obstante, se dedicaba al estudio de la medicina: quizá debiésemos decir parcialmente dedicado; si bine, en realidad, estaba profundamente interesado en la carrera que había elegido, aunque no había llegado aún a profundizar la materia médica. Se había asimilado bastante del espíritu científico de los profesores a quienes había escuchado, y su mente había adquirido una tendencia algo escéptica, que preocupaba un poco a su madre, aunque no demasiado, porque ella sabía bien que sus primeras enseñanzas estaban profundamente arraigadas, y el carácter del chico era demasiado firme para que el escepticismo científico que le rodeaba pudiera hacer algo más que rozar ligeramente la superficie de su alma, joven y limpia.

Pero Jimmie tenía un alma investigadora, y si las vulgaridades, en su mayor parte ilógicas y anticientíficas, que oía declamar desde el púlpito, cuando iba a la iglesia, produjeron poco efecto en él, también las objeciones presentadas por los estudiantes y doctores, con quienes estaba asociado, le parecieron faltas de fuerza y débiles de razón. Se sentía atraído por las dos escuelas, sin ser regido por ninguna; aunque en su fondo interno estaba inclinado a ser profundamente religioso, como lo es la mayor parte de la gente, si tiene la oportunidad.

En el primer año de su vida de colegio, empezó la gran guerra. Concretando más: fue poco antes de los exámenes de fin de curso, y cuando se fue a su casa, a pasar las vacaciones del verano, todo el país estaba en efervescencia. Los perspicaces sabían que la guerra envolvería a los Estados Unidos.

[9]

Los fanáticos y los pacifistas combatieron toda medida de salvación y se pusieron al lado de los traidores y de los enemigos de la libertad y de la justicia. Jimmie empezó a pensar, y dio vueltas y más vueltas al estado del mundo y, cuando volvió a sus estudios, en otoño, fue con la firme creencia de que los Estados Unidos tendrían que entrar pronto en guerra y que él sería arrastrado por el movimiento.

Por aquel entonces nadie había previsto que pudiera haber escasez de médicos, y Jimmie, con la convicción de que la lucha era justa y que era deber suyo el ayudar, aún cuando su país todavía se mantuviese retraído, se alistó, durante el segundo año de sus estudios médicos, con los canadienses.

Hizo una corta visita a sus padres, y aunque ésta fue la empresa más difícil que hasta entonces había intentado, consiguió, consiguió que vieran el asunto como él y venció su resistencia. Mientras estaba en casa, tratando de esto, se recibió la noticia de la muerte de una antigua amiga suya, que se había criado con él, y su pérdida disipaba un sueño que había medio forjado en su imaginación, y hacía cuya realización había estado trabajando continuamente, de una manera inconsciente.

Por eso se alistó y fue arrastrado al hirviente caldero de la guerra.

Cuando los Estados Unidos intervinieron, nuestro hombre era ya un veterano aguerrido, de amplia experiencia, a pesar de su juventud. Gestionó y obtuvo el traslado, desde las tropas canadienses hasta las de su país, entre las que fue objeto de una bienvenida entusiasta. En el momento en que estalló la granada que produjo un cambio tan grande

[10]

en su vida, era segundo teniente, con grandes probabilidades de ascenso. No oyó la granada y, según hemos dicho, no sabía que había estallado; así es que se sorprendió

algo al encontrarse en una parte del país que no conocía. Era una faja ancha, a manera de pradera, con una ligera ondulación hacia arriba, y estaba paseando por ella, indolentemente, como si no tuviese absolutamente nada que hacer. Su primer retorno al conocimiento le encontró paseando por esta suave pendiente, divagando un poco en su mente, porque, según recordaba, debería estar en su puesto, en las trincheras. Las cosas estaban algo cambiadas, pero en aquel momento no podía comprenderlas de ningún modo. Le parecía que se movía con gran facilidad, con más de aquella a la que estaba acostumbrado, por el sempiterno barro de este país que se pegaba a las boas de una manera terrible, y a menudo era una tarea difícil colocar un pie delante del otro. Ahora, sin embargo, iba marchando de frente, sin esfuerzo, pero no sabía a dónde iba, ni de dónde venía.

La trinchera no estaba a la vista, pero andaba con tanta facilidad que esto le importaba poco, porque podría encontrarla pronto, sin duda, a pesar de que su conocimiento de Francia era muy limitado.

¡A Dios gracias no estaba detrás de las líneas enemigas!

¡Pero calla!...

Si estaba detrás de sus líneas y no sabía cómo había llegado allí, ¿por qué no podía estar igualmente detrás de las líneas enemigas, sin saberlo?

Su conocimiento iba precisándose cada vez más.

[11]

Era como si acabase de despertar de un profundo sueño y estuviese despejándose.

Pero si se había dormido, ¿por qué no lo había despertado alguno de los muchachos, antes de que toda la línea hubiese sido llevada así, adelante?

¡Por amor de Dios! ¿Dónde estaba la trinchera? ¿Dónde estaba el campamento, las trincheras de comunicación, las carreteras, todo? ¿Dónde estaba este sitio, esta hermosa y cómoda pradera que subía ligeramente?

No podía recordar haber dejado la línea de fuego, donde había estado observando por la aspillera; pero ése era un detalle nimio. Lo importante ahora era averiguar dónde estaba el mando y presentarse a él. Lo encontraría fácilmente, porque sabía guiarse por el sol.

Involuntariamente miró hacia arriba. El sol no estaba a la vista, aún cuando era pleno día y no había nubes en el cielo.

Nunca había visto antes en Francia una extensión tan grande, sin ningún signo de humanidad. O había ciudades y caseríos y cortijos, o había una desolación espantosa por donde los boches habían pasado; pero esta pradera no mostraba signos de ninguna de esas cosas. Era ciertamente una enorme pradera, especialmente para Franca. Pongamos unos cuantos tractores en este sitio, y el espectro hambre habrá desaparecido, porque hay tierra suficiente para producir alimento con que sostener a un reino.

Pero el tiempo pasaba y debía apresurarse, además tenía que pensar en alguna excusa para disculpar su ausencia, porque el capitán era muy exigente en estas cosas, y el estar durmiendo no podía

[12]

admitirse como razón justificada para encontrarse fuera de su puesto.

- ¿Porqué no se desliza Ud.?

- ¿Qué quiere usted decir con deslizar?

Volviere para ver quién le hablaba, porque no había oído pasos, y creía que estaba completamente solo. Vio una joven que marchaba a su lado, o, a lo menos, se movía a su

lado, porque aparentemente no andaba del modo usual. La conocía bien, y al reconocerla se sintió palidecer, porque la muchacha que estaba a su lado era una antigua e íntima amiga suya. Pero en última visita a casa, se le había dicho que ella había... había... ¡bueno! Que había fallecido, mientras él estaba en el colegio, antes de su vuelta para despedirse de sus padres, cuando fue a sentar plaza. Por lo visto, no había sido informado. Se separó un poco, se pellizcó y, en absoluto, no sabía que hacer o decir. Debía ser que ella no había muerto, sino que, quizás, la hubiesen llevado a un manicomio y por error había llegado allí, a Francia, y aquí estaba delirando, al hablarle de "deslizarse".

Volvió a mirarla. ¡Diantre! ¡Se estaba deslizándolo! ¡Por amor a Dios! ¿Se habría vuelto loco él también?

Una alegre carcajada interrumpió su asombro. Era la risa alegre, contenta, cordial, de la muchacha, que tan bien había conocido.

¡Por Jesucristo! Se estaba riendo de él. ¿Asombrado? Bueno, ¿quién no lo estaría en semejante caso?

Los pensamientos brotaban en su mente, a veces con rapidez terrible; y los pensamientos que estamos describiendo tardaron aparentemente, un largo

[13]

tiempo en sucederse, pero en realidad fueron instantáneos, y realmente se sucedieron sin tiempo apreciable; sin embargo, tuvieron una consecuencia lógica, y entonces le parecieron ser lentos y el resultado de un cuidadoso raciocinio.

¡Se estaba riendo de él! Los espectros no se ríen. Eso no... no... ¡bueno!, eso no se hace, y ahí está todo. Todo el mundo sabe que los espectros no se ríen. Y ella hablaba de deslizarse. Eso le probaba que ella no estaba bien, y confirmaba la teoría del manicomio; y entonces volvió a mirarle los pies: estaba realmente deslizándose. Por lo menos, no andaba levantando un pie y poniéndolo delante del otro. No; estaba deslizándose y riéndose de él.

Además, los espectros son sombríos, distraídos, amantes de la oscuridad y de los patios de cementerio, de la medianoche, del misterio y de asustar a la gente. Sin embargo, ahí estaba uno, si era realmente un espectro, que lo estaba mirando con cara verdaderamente hermosa, feliz, aparentemente contenta, y francamente y sin afectación, divirtiéndose con él... ¡con él!

La recordaba bien. Le había conocido bien. El había sido... un... ¡bueno!, para decir la verdad... él había pensado que, quizá, cuando hubiese conquistado un nombre en su profesión... ¡oh caramba!, debía estar soñando. Estaba en Francia, había venido a combatir contra el káiser, y a salvar el mundo para la democracia, y eso era una cosa seria.

Sin embargo, aquí estaba ella riéndose de él. ¿Cómo podía haber ocurrido semejante equivocación? Se lo habían contado con todo detalle. Se

[14]

lo habían repetido una y otra vez, porque sabían cuanto la había querido. Sin embargo, tenían que haberse equivocado. Tenía que creer la evidencia de sus propios ojos.

¡Corazón querido! ¡Pero que bonita estaba ahora! Había sido bonita antes, hermosa - pensaba -; pero ahora parecía radiante. Ahora estaba andando y con ese pasito de baile que no puede describirse, pero que podríamos llamar "punteado". Iba avanzando ligeramente, medio vuelta hacia él, riéndose de una manera tan natural, tan suya, que él

empezó a reírse también. Las cosas habían sido muy serias, pero con tanta alegría a su lado, y con una muchacha tan bonita burlándose de él, no podía concebir que los alemanes estuviesen cerca, y que se estuviese desarrollando tanto sufrimiento humano.

De pronto ella se puso seria, como si hubiese adivinado su pensamiento.

- No pude evitarlo, Jimmie; parecías tan asombrado.

- Y seguramente estoy asombrado. ¿Cómo has logrado venir a Francia? ¿Y por qué me dijeron que habías... vamos... desaparecido...?

Buscaba afanosamente la manera de expresar su pensamiento, sin hablarle de la muerte.

Le respondió con una vibrante risita al comprender su dificultad.

- No te asuste decirlo, Jimmie.

Sin embargo, él tenía "miedo de decirlo", y replicó:

- ¿Cómo has venido aquí?

- Fui enviada.

[15]

- Oye Marjorie, no me vuelvas tarumba. ¿Cómo has venido a Francia?

- En verdad, Jimmie, no estoy "bromeando"; palabra formal, como solíamos decir; fui enviada, pero yo lo solicité - añadió - . Mira, los demás estaban muy ocupados, y era tan poco lo que yo podía hacer; pero sabía que podía ayudarte, y que te alegrarías de verme; así que pedí permiso, y el hermano mayor me lo dio; siempre ha sido muy atento conmigo.

La teoría de la locura recibió un nuevo impulso con esta relación. El "hermano mayor" debía ser uno de los médicos; pero ella no hablaba como una loca. Estaba ahora radiantemente hermosa, mucho más hermosa de lo que había sido cuando él la vió por última vez, y estaba hablando cuerdamente; ¿pero quién diablos era ese "hermano mayor"? Era hija única. Debía ser el médico.

En una ocasión visitó él un manicomio con unos acompañantes, y no había notado que ninguna de las asiladas fuese hermosa. Aun cuando algunas de ellas hubiese sido bonita, la expresión de los ojos hubiera disipado cualquier belleza física. Pero esta muchacha bailando, deslizándose, punteando a su lado, con ojos azules y hermoso pelo, era hechicera, deslumbradoramente hermosa, y sus ojos no tenían el menor rastro de esa mirada vaga o falta de fijeza, que hace tan terrible estar observando a un loco.

¡Y además ella podía deslizarse! ¡Gran Dios! El había olvidado eso. ¡Ella podía deslizarse! ¿Cómo diantres podía deslizarse? Eso no puede hacerse de un modo sencillo, excepto con patines.

- ¡Oh, sí, puede hacerse! ¡Tú mismo puedes hacerlo!

[16]

- ¡Yo! ¿Cómo sabes lo que estaba pensando?

- Hombre, puedo decirlo por tu aura.

- Mi... ¿qué?

- Aura. ¡Tu aura! ¿No sabes que tienes aura?

- Es la primera vez que lo oigo decir. Gané una medalla en un concurso de tiro, pero no me dieron aura alguna, y sé que no llevo ninguna.

-Ella bailaba frente a él, según iba andando, deslizándose, punteando y mirándole intencionalmente; primero por un lado, y luego por otro; y siempre riéndose con aquella risa suya, trinando, tintineando, tan llena de alegría y contento. Tanto se reía, que durante algunos instantes no pudo hablar. El no podía comprender de qué broma se trataba, pero

evidentemente era de buena ley; pero ella estaba tan contenta y era tan dichosa, que él alargó la mano y bailaron juntos, riendo; ella de él, y él de sí mismo, porque no le era posible comprender la broma.

- ¡Por Jesucristo! ¡Se le había olvidado!

Según todas las reglas, tenía que estar cansado. Hasta que había comenzado el gran bombardeo, algunos días antes, no había sabido lo que era estar cansado; sin embargo, allí estaba, bailando tranquilamente con esta muchacha bonita, lo mismo que si estuviese tan fresco como una rosa. ¡Ah! Ahora se sentía cansado; esto nos demuestra la fuerza de la imaginación sobre la materia: cuando la alegría de volver a encontrar esta amistad le impidió pensar en la fatiga, no sentía ninguna; en cuanto se dio cuenta de que debería estar fatigado, apenas podía poner un pie delante del otro.

[17]

Ella retiró la mano con aquella manera antigua y familiar de aparentar estar disgustada.

- ¡Tampoco estás cansado! Te crees que lo estás. ¡Figúrate que no estás cansado!

- ¡No puedo, Marjorie! Estoy terriblemente cansado. Mira; no he dormido nada durante dos noches, y andando por este barro... bueno..., Marjorie, no es posible que uno haga esos tres días seguidos y no esté cansado.-

- Mira, Jimmie, ¿no sabes que al principio no te sentías cansado? Cuando íbamos andando y tratabas de explicarte cómo había venido yo aquí, no sentías cansancio alguno, porque no te acordabas de ello, y ahora, presocamente porque crees que deberías estar cansado, andas y te cansas. Sentémosnos un poco.

- Esto está demasiado húmedo para sentarse en el suelo; vas a coger un enfriamiento mortal.

Ella se rió.

- No; no cogeré un enfriamiento mortal. Esto esta perfectamente seco. Además, yo no puedo coger un enfriamiento mortal. Hay razones. Eso es lo que he venido a decirte, pero no sé cómo empezar, Jimmie.

Este miró al suelo. En efecto, estaba perfectamente seco, como ella había dicho.

- Bueno; sentémosnos pués. Pero recuerda que tengo que volverme escapado a formar, y que no puedo detenerme más que un momento. ¿Pero qué es lo que has venido a decirme?... ¿Y por qué no puedes decirmelo? Nunca he creído que fueras incapaz de llevar una conversación hasta el fin, Marjorie. ¿Qué es lo que quieres decirme?

[18]

- ¡Oh, Jimmie! Es difical decirtelo. No vas a creerme.

- Sí; te creeré, Marjorie. Te creeré todo lo que me digas. Pero están ocurriendo cosas tan raras esta mañana, que no las entiendo de ninguna manera. Dime, ¿cómo has venido aquí?

- Exactamente como te he dicho. Fui enviada. Pero pedí ser enviada, porque quería ayudarte. Y ahora no sé cómo decirlo.

- ¿Quién te ha enviado, Marjorie?

- El hermano mayor. ¡Oh! ¡Es tan bueno y atento conmigo!

- ¿Quién es ese "hermano mayor"? ¿Un médico?

Ella se sonrió, un poco triste, pero muy deliciosamente.

- ¿Te acuerdas de lo que pensaste al principio, cuando te hablé y miraste a ver quien era?

- Sí; recuerdo lo que pensé, pero... pero... no sabes lo que me habían dicho.

- ¡Oh! Sí; lo sé, porque estaba allí cuando te lo dijeron, y e vi volverte y

ahogar algo en tu garganta, y sé que te dijeron que yo había... había... muerto.

- Sí. Eso es exactamente lo que me dijeron, y lo creí, porque todo el mundo lo decía, y me acompañaron, y me enseñaron la... sepultura, y... y...

- Sí querido Jimmie; lo sé todo, porque estaba allí y lo oí todo; y te vi salir aquella noche e ir al campo, a la antigua pradera donde acostumbrábamos ir a pasear; y ¡cómo llorabas y llorabas, cuando creías que nadie te veía! Sí; lo sé todo, Jimmie, porque estaba allí.

- ¿Tú? ¿Allí?

[19]

- Sí, Jimmie, querido amigo, querido, querido amigo. Estaba allí, vi tu pena, to eche los brazos al cuello y trate de consolarte. Estaba allí, porque era cierto... lo que te habían dicho... era cierto.

- ¿Qué tu habías... habías... ?

- Sí, querido amigo; estaba muerta. ¡ Ahí tienes ! De todas maneras tenía que decirlo.

Sonrió entre sus lagrimas, porque estaba llorando.

- Tenía que emplear esa odiosa palabra. Hay que emplearla, aunque no es cierta... no, Jimmie. Nunca morimos. Ni tu ni yo estamos muertos. ¡ No! Estamos mucho mas vivos de lo que antes hemos estado, porque estamos un paso mas cerca del gran origen de toda vida y amor; y se que es cierto, por que el hermano mayor me lo ha dicho. ¡ Es tan grande y tan bueno ! Y lo sabe todo, Jimmie, y te conoce y sabe todo lo tuyo y te quiere, Jimmie. Yo sabia que podia ayudarte, y tengo permiso para decirte mas de lo que se dice a la mayor parte de los soldados, porque eres capaz de soportar mas que la mayor parte de ellos. Se que creeras lo que te diga, porque es lo que el hermano mayor me ha dicho. Y, ¡oh, querido Jimmie!, no tienes que preocuparte por nada, porque ahora podrás trabajar mucho más, cuando hayas aprendido lo que hay acerca de la guerra y otras cosas, del Maestro.

Hablaba ahora casi como un susurro y con temor, haciendo su hermosa cara todavia más amable de lo que habia sido.

- Sabrás acerca del Maestro, y cómo podemos trabajar por él, y quizás, quizás si trabajas bien por él, Jimmie, lo veas algún día. Yo lo he visto una

[20]

vez - añadió orgullosamente -. Lo vi una vez a distancia. Me parece que me miro, y me semi tan dichosa, que estuve bailando y cantando largo tiempo. Pero fue antes de que me hubiesen traído a realizar parte del trabajo que se esta haciendo aqui, por la guerra. Me dijeron, primero, que las condiciones eran demasiado terribles para que yo tratase de ayudar, hasta que me pusiese mas fuerte; pero desde entonces me han dejado ayudar un poco, especialmente con los niños. Me gusta hacerme cargo de los pequeños cuando acaban, ¡tan aterrorizados y tan asustados!, y hacerlos dormir, y trabajar con ellos, hasta que se dan cuenta de que están rodeados de amor en este lado; y no con el terrible odio que de tal manera ha llenado Bélgica. ¡Lo siento tanto por los pobres muñequitos! En este sentido he ayudado mucho ultimamente.

Jimmie no supo lo que era un aura cuando le fue mencionada por Marjorie, la primera vez; pero ahora la veía rodeada de una nube resplandeciente, una luz radiante, de la cual no parecía darse cuenta ella, pero de la que era el centro, haciéndola mucho mas hermosa de lo que habia sido. Jimmie se echó un poco atrás, creyéndose indigno de estar tan cerca de uno de los santos de Dios.

- Desde que empecé este trabajo no he bailado mucho - continuo Marjorie -, nunca tanto como hoy, porque estoy muy contenta de verte y de que se me permita ayudarte. Es la primera vez que me han dejado salir al encuentro de soldados que han terminado, porque a veces es peligroso. Requiere gran fuerza y sabiduría, y yo carezco de ambas; pero tengo una cosa que vale mas, mucho mas. Se volvió y murmuró algunas palabras para si misma ;

[21]

Jimmie no las oyó bien, pero le pareció que las palabras eran: Tengo amor.

- ¡Oh, Marjorie! ¿Quieres decir que estoy... lo que acabamos de decir?

- Sí; lo estás, Jimmie; !pero no debes sentirlo, porque realmente es una ventaja. Hay muchísimas razones por las que es una gran cosa estar aqui, y voy a decirte algunas. Pero, tienes suerte, porque el hermano mayor viene a verte.

- No quiero ver hermanos mayores. Lo que quiero es hablar contigo.

Se adelantó y le cogió la mano.

- Si estoy muerto, tu también lo estas, y por tanto ninguno aventaja al otro. Tengo la seguridad

de que no pareces muerta en lo más minimo, y por mi parte no me siento muerto. No consigo atar ese cabo.

[22]

Capítulo II

LA LLEGADA DE UN SARGENTO A ESTE MUNDO

- ¡Oh, Jimmie! ¡Ahí viene el Hermano mayor! ¡Oh! ¡Oh! Me alegro, pues será porque quiere hablarte por si mismo.

- Bueno, yo me alegraría que nos dejara. Tengo que hablarte.

- Aquí está.

Jimmie se volvió, respondiendo a un gesto de Marjorie, y vio ante sí a un hombre, algo mas que de edad madura, alto, derecho, y con nada tan significativo en sí, como el poder de inspirar a los demás el sentimiento de encontrarse en presencia de un gran influjo. El hombre saludó ligeramente y, mientras Marjorie y Jimmie se levantaban, dijo:

- Le conozco a usted muy bien, Mr. Westman; especialmente por la ayuda de esta amiguita nuestra -tocando al mismo tiempo de una manera distinguida y amable los rizos de Marjorie-. La envié primero al encuentro de usted, pero no debemos fatigarla demasiado. Deseo que venga usted un rato conmigo, y después podrá usted hablar largamente con ella.

Los modales y tono del recién llegado respiraban tal aire de tranquila autoridad, que Jimmie no

[23]

tuvo la menor idea de protestar. Se limitó a contestar al gracioso gesto de despedida de Marjorie y se volvió, andando al lado del hombre que Marjorie había llamado el "Hermano mayor". Anduvieron un poco en silencio, el que Jimmie creyó prudente no interrumpir, porque en cierto modo, que no podía explicarse, sentía como si aquel hombre fuese un gran personaje en este país y así seguía andando calladamente hasta que el desconocido creyese oportuno empezar la conversación. Varios centenares de pasos se habrían recorrido, antes de que se rompiese el silencio. Entretanto, Jimmie había echado una furtiva mirada a su alrededor, para ver hasta dónde se había ido Marjorie; pero con gran sorpresa suya no estaba a la vista, aun cuando el estaba seguro de que no era posible que se hubiese separado mucho en ninguna dirección.

- Ha descansado usted bien -dijo su compañero por fin-, y no será exigirle demasiado, detallarle brevemente, algunos de los deberes que su suerte le depara, en la nueva vida que acaba de comenzar. Pero antes de esto, quiero enseñarle algo de lo que ha ocurrido y esta ocurriendo, y tan pronto como esté usted enterado, le enseñaré por qué ha sido permitida esta guerra, y de qué manera se necesita la ayuda de usted.

Las cosas son algo diferentes aquí de lo que esta usted acostumbrado, y he de llamarle la atención hacia una cosa que Marjorie vaciló en comunicarle ; y es el método de locomoción. No tiene usted que andar como antes; es mucho mas conveniente y rápido avanzar como Marjorie le sugirió primeramente, por el deslizamiento. Todos nosotros nos movemos de esa manera, aquí. Sólo requiere un ligero

[24]

esfuerzo de la voluntad, y es tan superior a la marcha, como ésta lo es a la reptación con manos y rodillas. En realidad, es difícil señalar límite a la velocidad del deslizamiento, y sin él, nos sería imposible realizar el trabajo que es preciso hacer en estos agitados tiempos. ¡Pruébalo!

Al decirlo, empecé a deslizarse exactamente como había visto que lo hacía Marjorie. Jimmie hizo entonces el esfuerzo, y con sorpresa suya se encontró con que podía avanzar como a menudo lo había hecho patinando sobre el hielo; únicamente que este movimiento era el resultado de un esfuerzo de la voluntad y no exigía acción corporal alguna. Estaba tan contento como un niño con la nueva facultad adquirida, y se deslizaba como un patinador, trazando la antigua y conocida forma del ocho y otras figuras, gran número de veces, antes de detenerse al lado de su nueva amistad.

En todo hombre hay una gran porción de niño, como hay una gran parte de hombres en todo niño, y Jimmie estaba puerilmente más absorto e interesado en las posibilidades del deslizamiento y en el hecho de haber recuperado su puesto, al lado del hermano mayor, sin el menor asomo de fatiga, ni sentir los efectos que usualmente siguen a tan deprimente ejercicio, de lo que lo estaba por el tremendo hecho de que hubiese, real y verdaderamente, pasado el "Gran límite", y estuviese en el acto y artículo de aprender lo que hay al "otro lado de la muerte".

Ajustándose a la más dignificada marcha de su guía, se sintió algo avergonzado por la exhibición de su entusiasmo, y empezó a excusarse de una manera indirecta.

[25]

- Este procedimiento de deslizamiento es para mí una completa novedad, y me parece que es lo que hubiese querido poder hacer siempre. Lo he soñado muchas veces, y cuando he llegado a comprobar que efectivamente podía deslizarme, ha sido como si volviese a emprender un ejercicio antiguo y familiar.

- No se equivoca usted. Es un "ejercicio" antiguo y familiar.

- Quizá sea el patinar sobre el hielo lo que me lo ha hecho parecer tan natural.

- No. Era familiar porque a menudo se ha deslizado usted, y realmente estaba usted acostumbrado a hacerlo. En sus sueños, siempre ha pasado mucho tiempo en este lado. En muchas noches no se daba usted cuenta; sin embargo, se enteraba usted en parte de lo que estaba haciendo, aunque no podía usted conservar el recuerdo.

- ¡Hombre! Bueno; ¿qué sabe usted de esto?

- Es un adelanto sobre el andar; ¿no es eso?

- ¡Hombre! Así lo creo. En cuanto vuelva se lo enseñaré a los muchachos.

Quedó cortado, comprendiendo que no había "vuelta".

La cara del hombre respiraba simpatía.

- No - dijo -; no hay vuelta, pero me figuro que cuando le haya enseñado lo que está delante de usted, y que es tan grande como lo que está detrás de nosotros, ya no querrá volver; querrá con todo su corazón y con toda su alma, seguir adelante.

Voy a llevarle a la trinchera donde está su compañía, porque uno de sus amigos va a pasar. Como no lo hará en la misma forma que usted lo hizo,

[26]

recuperará el conocimiento casi inmediatamente, y deseo que usted se encargue de él. De esta manera, aprenderá usted mucho acerca de algunas fases de lo que serán sus deberes más tarde.

Y ahora - continuó -, antes de que empiece a trabajar, quiero fijar en su mente que esta guerra era necesaria, porque no había otra manera de salvar a la raza humana de una amenaza de inevitable exterminio. Este hecho no excusa en lo más mínimo a los que son responsables de haberla provocado, pero hablo de ello porque el gran conflicto y el terrible sufrimiento han hecho pensar a algunos, que los poderes del bien eran impotentes ante los poderes del mal. No es así. Dios lo rige todo, y así como el gorrión no puede caer sin su conocimiento y voluntad, de la misma manera no puede estallar una guerra sin su conocimiento y voluntad pero, como dejo dicho, esto no excusa a los que la han traído.

Su cara tomó un aspecto serio, pero lleno de ternura, y sus ojos tenían una mirada lejana, como si sus pensamientos estuviesen muy lejos, en siglos que aún están por venir, antes que el bien que ha de resultar de la gran lucha, haya moldeado su forma en el seno del tiempo.

-Ahora --continuó-, vamos a ir un poco más de prisa, y usted puede usar la nueva facultad adquirida, el deslizamiento.

Empezó a deslizarse según hablaba, y avanzaba cada vez más de prisa. Jimmie se sostenía deslizándose a su lado; olvidábase alguna vez, fijando su imaginación en alguna otra cosa, y cuando así lo hacía veía que quedaba parado. Esto se lo explicaba diciéndose que el andar había llegado a ser

[27]

para él como una segunda naturaleza, y que podía ejecutarlo a pesar de estar pensando en alguna otra cosa ; pero el deslizamiento era todavía nuevo, y por tanto, tenía que concentrar su mente en él de una manera constante.

El hermano mayor iba más de prisa, y Jimmie le seguía tan bien como podía, aunque cuando el guía abandonó la tierra y siguió moviéndose por el aire, Jimmie dudaba de su habilidad para seguirle. Pronto, sin embargo, se fue acostumbrando cada vez más a la nueva sensación, y empezó a interesarse en el paisaje. Notó ahora que estaban pasando sobre una parte del país que le era familiar, y en otro momento vio que se aproximaban a las trincheras. Oyó los disparos de los grandes cañones y vio los aeroplanos volando, lejos, arriba, porque él y su guía volvían a aproximarse a la tierra, y poco después habían llegado al horde de la trinchera donde había estado su puesto de fuego.

Este estaba todavía, y había uno de los hombres de la compañía; Jimmie indicó a su amigo que era mejor saltar la trinchera, para estar seguros. Hasta que el hermano mayor se sonrió, no se dió cuenta de que las balas ya no eran peligrosas y que podían pasar por su cuerpo etéreo, sin la menor molestia.

El hermano mayor apoyó la mano en el brazo de Jimmie y le indicó un hombre de unos cuarenta años, con uniforme de sargento, que estaba tranquilamente sentado en un pequeño escondrijo, fumando un cigarrillo y leyendo una vieja Revista. Mientras lo estaban mirando, tiró el cigarrillo, dejó la Revista, se levantó lentamente y entró en la trinchera. Se fue descuidadamente a la posición de fuego, levantó la cabeza para mirar por una pequeña

[28]

abertura, y una bala de fusil le produjo un orificio en la frente. Estuvo un momento inmóvil, y después, según los músculos perdían su vitalidad, se aflojaron lentamente, y el cuerpo se apoyó, también lentamente, contra la pared de 1a trinchera, y cayó al suelo. Eso es lo que vio el horrorizado centinela ; pero lo que vio Jimmie, fue que el sargento tranquilamente salió de su cuerpo y se quedó allí, mirando al centinela con asombrada expresión de su semblante. Jimmie no necesitó que nadie le dijera lo que había ocurrido, y llamó al sargento, que le miró, al par que le decía tranquilamente:

- Hola, Jimmie ; me alegro de verle a usted. ¿Cuándo ha venido? Oí decir que se había "ido al oeste ".

- Hola, viejo amigo -dijo Jimmie-; acababa de salir y he traído un amigo conmigo.

- Quisiera presentarle a mi amigo ; el sargento Strew, señor... si supiese su nombre...

El sargento Strew no demostró gran sorpresa de que Jimmie se hubiese separado de la línea de fuego de semejante manera, trayendo consigo a un amigo, como si la línea de trincheras del frente fuese un lugar de visitas ; ni ninguna de las desusadas circunstancias chocó a ninguno de ellos como fuera de lo ordinario. A menudo ocurre así con los que han partido recientemente y que no han tenido educados sus poderes de observación. El sargento sabía desde luego que Jimmie estaba muerto, a lo menos así se le había dicho, y no tenía motivo para dudar del hecho. Sin embargo, al ver a Jimmie vivo y sano, y al parecer satisfecho, el sargento se limitó a admitir el hecho sin vacilación. Si hubiese visto a Jimmie, sin embargo, antes de que la bala

[29]

perforante separase la conexión entre el cuerpo físico y el vital, el caso habría sido totalmente distinto.

La manera de dirigirse Jimmie al hermano mayor, también era indicadora, no solamente de que un aura de dignidad y poder rodeaba a éste, sino que mostraba el hecho de que estas vibraciones auricas no eran estorbadas por el cuerpo físico, y de ahí que fuesen mil veces más eficaces de lo que hubiesen sido en el plano físico. Jimmie nada sabía de las vibraciones mentales y no tenía la menor idea de que la causa de su actitud estuviera fuera de sí mismo, y desde luego la atribuyó a su propia buena educación.

No puedo divulgar el nombre que se le dio, pero lo substituiré y diré, en su lugar, que el hermano mayor dio el nombre de Campion.

Terminada la presentación, el hermano mayor dijo

- Jimmie, venga a verme dentro de una hora y tráigame a su amigo.

- Muy bien, señor ; pero mi reloj se ha parado y tendré que adivinar la hora. ¿Y dónde le encontraré a usted, señor?

-Yo le mandaré a buscar cuando llegue el momento.

El hermano mayor, aparentemente, dio un solo paso desde el fondo al borde de la trinchera, y se fue hacia retaguardia. El sargento le gritó y saltó para impedirlo, pero Jimmie le cogió por el brazo. Strew se volvió hacia Jimmie

- ¡Deténgalo! ¡Llámelo!

- No se preocupe de él - murmuró Jimmie -; oígame.

[30]

- Bien, mi teniente, si usted lo manda así. ¡Pero diantre! Me alegro de volver a ver a usted. ¡Dígame! ¿Se ha fijado usted cómo ese amigo suyo ha salvado de un paso toda la altura de la trinchera? ¡Vaya un hombre admirable!

- Lo es, en efecto.

- Los muchachos se alegrarán de encontrarlo a usted de nuevo completamente bien. Oímos decir, hace tres días, que le habían muerto. Muchísimo me alegro de saber que ha sido una equivocación. ¿Pero dónde ha estado usted todo este tiempo ?

Jimmie había venido en el momento en que había un reposo en la lucha., y la del sargento Strew fue la única baja de entonces. El sargento estaba tan ocupado en mirar y hablar a Jimmie, que no se dio cuenta del grupo de hombres que se reunieron alrededor de su cuerpo muerto ; y Jimmie no sabía cómo comunicarle la noticia, gradualmente. Jamás había tenido que hacer cosa semejante.

- Mire usted, sargento; lo curioso del caso es que lo que usted oyó decir, era cierto.

- ¿Qué es lo que era cierto?

- Hombre, que yo estaba muerto.

- Usted fue herido en la sesera; esto es lo que le ha ocurrido a usted.

- No, tampoco es eso. Le digo a usted la verdad. Fui muerto.

- Jimmie, vuélvase y dígame al doctor que le arregle la mollera. Es usted un mal caso de "ocupación del cuarto alto ". Debí haberlo conocido desde el momento en que se ha traído usted a ese viejo saltarín aquí, lo que sabe usted muy bien, que es contra todas las reglas; aun cuando sea usted teniente; y no me explico cómo diantres ha

[31]

podido llegar tan lejos, pasando por delante de todos los oficiales.

- Bueno, pero lo que le dije es así, sargento; muchísimos hombres han muerto y no han sabido al principio lo que les ha ocurrido.

- Si, y algunos creen que están muertos cuando nada les ha pasado. Hombre, ¿no ve usted que si usted hubiese muerto, ahora sería un espectro? Y entonces, ¿cómo le vería yo a usted y le hablaría? No puede ser, Jimmie. Usted está tan vivo como yo.

- Eso es cierto, sargento; pero si quiere usted mirar un momento atrás, verá usted que está tan muerto como yo. Jimmie señaló atrás, al cuerpo muerto, que había sido colocado sobre las tablas, en el fondo de la trinchera, dispuesto para ser llevado a retaguardia, si las cosas seguían tranquilas, después de oscurecer ; y el sargento se volvió y miró. Miró largo tiempo y tranquilamente. Se fue al lado del cuerpo y lo examinó cuidadosamente. Habló al centinela del puesto de fuego ; como no le contestaba, volvió a hablarle más alto, y después se adelantó y le sacudió por el hombro, o intentó sacudirlo, pero viendo que su mano pasaba a través del centinela, desistió, se volvió a Jimmie y dijo, como si estuviese convencido:

- Comprendo que tiene usted razón, Jimmie. Me he convencido.

Jimmie miró al sargento Strew, y el sargento Strew miró a Jimmie. Ninguno sabía qué decir. La situación era nueva, y aunque Jimmie podía haber encontrado palabras con que ofrecer consuelo a un

[32]

amigo que hubiese perdido un ser querido, aun esa tarea hubiese sido dura; pero cuando el muerto era el mismo amigo, y el que trataba de ofrecer consuelo estaba también muerto, la situación iba tomando algo de carácter cómico. Jimmie se sonrió un poco. Las cosas eran demasiado serias para reírse, y, sin embargo, resaltaba un poquito de humorismo, y ese mismo hecho le impresionó, porque el humorismo y la vida después de la muerte le habían parecido, antes de esto, estar tan separados como los polos. Nadie, que él supiese, los había unido. El sargento, sin embargo, estaba muy grave.

- Así ha ocurrido, al fin --dijo, en parte para sí mismo y en parte para Jimmie-

. Ha ocurrido, al fin, y no es, ni con mucho, como yo me figuraba que sería. ¡Dígame! - y miró a Jimmie -, usted ha pasado aquí hace tres días y ya debe encontrarse como en casa a estas alturas, ¿ dónde están?

- ¿Dónde están qué?

- Hombre, los cielos, aunque me figuro que nosotros no debemos ir a11í directamente; ¿pero dónde están todas las cosas de que nos hablan los curas: el infierno, los diablos y los demás? Esto está exactamente como donde estábamos antes, y no veo mucha diferencia, excepto que ese sujeto, Milvane, no ha podido oírme cuando le hablaba; ¿pero qué hace aquí uno? ¿Es que vamos a buscar un arpa para tocar, o vamos a seguir peleando, o qué? Supóngase que viene una colección de espectros alemanes, ¿qué vamos a hacer?

- Que me cuelguen si lo sé -dijo Jimmie, para quien la idea era nueva.

- Bueno ; yo no sé lo que podemos hacer, pero

[33]

apuesto a que.puedo aporrear a cualquier espectro alemán, envuelto en sudario, que se presente.

Jimmie experimentó una sensación particular. Nunca había sido un muchacho despreocupado, y

la peor palabra de desahogo había sido "canastos". Más fuertes que ésta, nunca las usaba ; pero ahora que el sargento empleaba unas pocas palabras que la mayoría de la compañía hubiese clasificado como juramentos, eso es, como verdaderos juramentos, Jimmie experimentó una sensación de pena. Era un sentimiento mixto, no dolor físico, y, sin embargo, muy parecido; era mucho más que la mera repugnancia a algo, que antes no hubiese notado. Recordó el encargo del hermano mayor y se preguntaba si habría pasado ya la hora, y si haría bien en llevar a este amigo a la presencia, algo austera, del desconocido. Sus dudas fueron resueltas por la súbita aparición de un niño sonriente, que no salió de ninguna parte y que vino bailando hacia él, hablando con un canturreo, como a menudo hacen los niños:

- Venga conmigo, Jimmies el hermano mayor le espera.

Jimmie se volvió al sargento y vio que intentaba oponerse a lo que hacía un soldado, afanosamente ocupado en quitar el cinturón de municiones del cuerpo abandonado.

- Venga usted, sargento; Mrs. Campion nos espera.

- Vaya al infierno su amigo. Mire usted este ladrón de alcantarilla, tratando de robarme todos los cartuchos; y además sabe perfectamente bien que todo mi tabaco está en uno de los bolsillos, y

[34]

que soy responsable del cinturón. ¡Déjalo, pedazo de caco!

Esto último iba dirigido al soldado, a quien, y a través de quien, el sargento largó un puñetazo con la mano derecha que, en circunstancias anteriores, casi hubiese derribado a un toro ; pero el soldado no se dio cuenta. El sargento no podía articular una .palabra, de rabia.

Jimmie tuvo que detenerse un momento para aclarar la situación en su mente, y entonces, riendo, se interpuso entre el exaltado sargento y el inconsciente ladrón que no era ladrón, sino que obedecía órdenes recibidas.

- ¡Déjelo, sargento! ¡Usted está muerto! ¿Me entiende usted? ¡Usted está muerto! No puede usted hacer daño a ese muñeco. Venga conmigo. ¡Usted está muerto!

El sargento dio un paso atrás, miró a Jimmie con expresión de asombro en su cara y se rascó la cabeza.

- Que me aspen si no lo estoy -dijo pensativamente-; me había olvidado de eso.

- Seguramente -dijo Jimmie sonriendo-, ¿y de qué le serviría su tabaco ? Ahora no puede usted fumar.

El sargento se quedó parado y se cuadró de una sacudida, mirando a Jimmie, abriendo los ojos con horror.

- ¿No es eso el infierno?

Otra vez volvió Jimmie a sentir una penosa sensación por las palabras del sargento, y otra vez volvió a dudar de la conveniencia de llevar este profano soldado, aunque sabía que era valiente y honrado, ante el hermano mayor, que era, según

[35]

Jimmie lo había "calificado ", algo así como un "agudo evangelista" o "piloto del cielo". En el ejército rara vez se usa la palabra ministro, y Jimmie había adquirido el vocabulario del ejército. ¿Qué pensaría este amigo de Marjorie, si el sargento Strew se olvidase y soltase alguna de sus expresiones habituales ?

El niño de la cara sonriente volvió a bailar delante de él y repitió el recado.

- Venga conmigo, Jimmie ; el hermano mayor le está esperando.

Esta vez Jimmie se decidió a obedecer.

- Venga usted, sargento; tengo orden de llevarle conmigo.

El sargento le siguió pensativo, murmurando para sí algo, respecto al tabaco y a la absoluta inutilidad de todo sitio o estado, en donde la hoja solanácea no pueda fumarse. Sin embargo, siguió con aire preocupado, trepando fuera de la trinchera tras de Jimmie y mirando luego nerviosamente alrededor, como si temiese que su presencia pudiera excitar a Fritz a reanudar el bombardeo.

- No se preocupe -dijo Jimmie, notando los temores del sargento-. Fritz no puede ver a usted, y aunque pudiese verle no podría hacerle daño. Está usted tan muerto como es posible estarlo.

- Está bien ; nunca me acuerdo de eso. Todavía no me he acostumbrado a la idea de estar muerto.

Pasóse la mano dolorosamente por la frente, y lanzó una exclamación de abatimiento al notar el agujero en la cabeza, retirando la mano cubierta de sangre. Palpó cautelosamente el sitio donde el proyectil la había agujereado.

[36]

- Oiga; sería mejor que fuese a que me curasen esto. Este es mal sitio para heridas. Podía haber . . . es milagro que no haya . . .

Calló de pronto y miró pensativo a Jimmie. La herida, evidentemente, le había impresionado de cierta manera, porque el hecho era que, a pesar de la evidencia, todavía no se había dado cuenta de que estaba muerto. Con frecuencia transcurre algún tiempo para convencernos de una cosa que sabemos y admitimos fácilmente, como una simple relación de hechos. Aunque el sargento sabía que estaba muerto, no se había convencido todavía de la realidad, ni había aprendido a coordinar sus ideas con lo que sabía era verdad; y el arraigado impulso de hacer "curar" una herida, antes de que pudiesen sobrevenir complicaciones, era demasiado fuerte para prescindir de él.

Jimmie no sabía, y así no lo podía explicar al sargento, que la sangre que manchaba su mano era, sencillamente, el resultado de su firme creencia de que había de haber sangre

donde existía tan grande herida. Subconscientemente sintió el sargento, que si estuviese muerto y fuese un espectro, se deduciría que un espectro no puede sangrar. Sin embargo, sangraba, puesto que la mano estaba cubierta de sangre. Así, parcialmente por métodos conscientes, y parcialmente por inconscientes, llegó al punto de que dudaba si estaba realmente muerto o no. Había que enviar a paseo las teorías. La herida era un hecho práctico y convincente.

- Oiga, Jimmie tengo que ir a que me curen la herida. Otra vez iré a ver a su amigo. Tengo que ir a la cura, antes que esto se ponga peor. Era, en efecto, una tremenda herida; no sólo

[37]

por donde la bala había entrado en la frente, sino mucho más, por donde había salido, por la parte posterior de la cabeza, porque allí la herida era mucho mayor. Jimmie se dio cuenta de la necesidad de "curarla", pero entonces cruzó rápidamente por su mente este pensamiento; ¿dónde?

Grande, servicial y abnegada, como era la Cruz Roja, no contaba, sin embargo, con un hospital donde un hombre invisible pudiese ser puesto en cura de una herida mortal, de la que ya había muerto.

- ¿A dónde va usted, sargento? - preguntó -; ¿dónde cree usted que pueden curarle eso? ¿No sabe usted que eso es lo que le ha matado?

- ¿Pero es que no hay hospitales aquí? - preguntó el sargento -. ¿A dónde van los espectros cuando son heridos?

- No son heridos.

- ¡Vaya si lo son! Yo estoy herido, ¿no es eso? Si de un modo u otro no me curan esto, estoy expuesto a... a...

- ¿A qué, sargento? ¿A volver a la vida?

- Caramba con usted, Jimmie. Esto me duele como un demonio. Es raro que no pueda usted llamar a unos camilleros o una ambulancia o algo, en vez de estar ahí gesticulando como un tonto. Desde luego que ha de haber ambulancias aquí. Naturalmente que las hay.

[38]

Capítulo III

VUELO DE UN ALMA

- No, no hay ambulancias, sargento, pero le llevaré a usted a donde le curen la herida. Jimmie se volvió para ver quien había hablado y se asombró un poco al ver al hermano mayor tranquilamente de pie, con el asomo de una sonrisa en los labios.

- Hacedme el favor de venir conmigo los dos. Los dos le siguieron, desde luego. A ninguno de ellos se le ocurrió discutir aquella petición amable, que con toda su amabilidad encerraba una orden decisiva.

- Cójale de la mano, Jimmie - dijo el hermano mayor, cogiendo al mismo tiempo al sargento por el otro brazo. Jimmie hizo lo que se le indicaba y se admiró de encontrarse marchando rápidamente. Al cabo de pocos minutos "tomaron tierra", como él lo calificó después, y se encontró con que estaban en un campo, a unos centenares de metros de un enorme edificio, de arquitectura griega antigua, construido con enormes columnas simétricas, rematadas por capiteles corintios, y con una iridiscencia especial o resplandor, que rodeaba toda la construcción. Al principio no estaba Jimmie seguro de que vio todo esto; en realidad no lo veía de una

[39]

manera continua; y el sargento Strew, que parecía acabar de salir de un sueño, no llegó, seguramente, a verlo de ningún modo.

Pasaron, siempre cogidos de la mano, a través del campo y subieron por una serie de escalones que rodeaban el edificio y cambiaban de dirección, entre lo que parecía ser interminables hileras de columnas; hasta que el hermano mayor abrió una puerta y los condujo a una habitación.

El los siguió, cerró la puerta, y volviéndose hacia el sargento Strew, que parecía desvanecido por la pérdida de sangre:

- Y ahora, sargento, ha de perdonarme usted por haber esperado tanto, antes de ocuparme de su herida.

Abrió una pequeña alacena, y de uno de sus estantes cogió un frasco lleno de una sustancia coloreada, oscura, de consistencia muy parecida a la vaselina.

- Aquí, sargento, de este lado del velo, podemos obtener resultados mucho más rápidamente que del lado que acaba usted de abandonar; y verá usted que, si hace lo que le digo, la herida se curará completamente, sin siquiera dejar cicatriz.

Se puso frente al sargento, olió un poco de la oscura sustancia puesta en un dedo, y dijo:

- Haga el favor de estar completamente quieto, sargento, y concentre su mente en la manera como estaba su frente, antes de ser herido. Piense en ello a imagine que la herida no ha existido nunca.

Tocó ligeramente la frente del sargento con el dedo, sobre el que había puesto la sustancia oscura.

El sargento cerró los ojos y volvió la cabeza, dando

[40]

a su cara la expresión que creía debía adoptar el que concentra su pensamiento.

El hermano mayor apartó la mano, y, con asombro de Jimmie, la frente del sargento estaba tan limpia y lisa como la de un niño: lisa, eso es, excepto Las arrugas producidas por las extraordinarias contorsiones faciales que hacía, al tratar de obedecer el mandato de concentración dado por el hermano mayor.

-¡Bravo! ¡Bravo! - dijo Jimmie.

El sargento Strew abrió los ojos.

- Su herida ha desaparecido como si nunca hubiese existido.

- ¿Cómo es eso? - dijo, palpándose cuidadosamente la frente.

- Doctor, no me queda más remedio que calificarle a usted como un doctor de primera clase. En los Estados Unidos haría usted fortuna. Pero usted debe tener algo de mago.

El hermano mayor se sonrió.

- Usted mismo lo ha hecho, amigo mío. Ha sido su imaginación y el poder de su voluntad, no mi inteligencia, lo que le ha curado a usted.

El sargento Strew parecía algo dudoso, y furtivamente se tocó la frente, como si dudase de la persistencia de un cambio producido por su propia imaginación; pero la herida seguía curada y lanzó un suspiro de alivio.

- ¡Caramba! ¡ Sí yo hubiese sabido antes cómo hacer eso! - Y volviéndose al hermano mayor: -¿Usted quiere decir, de veras, que me he curado yo mismo?

- Exactamente eso. Usted mismo se ha curado, y el menjurje que yo oí no tuvo más objeto

[41]

que ayudarle a concentrarse. Si le hubiesen arrancado un brazo y hubiese venido sólo con uno, habría podido reemplazar el otro con la misma facilidad con que se ha curado la herida. La materia, a este lado del velo, es maravillosamente

obediente al poder de la voluntad, y la tarea que yo quiero imponer a usted, desde luego, es la de salir al encuentro de sus camaradas que pasen, para tranquilizarles, enseñándoles cómo se curan sus heridas, y también para retirarlos de la línea de fuego.

Para los que han pasado, la guerra ha terminado, y es su obligación, lo mismo que su suerte, ayudar, no peleando, sino consiguiendo que los demás dejen de pelear y empiecen a cambiar sus pensamientos, separándolos de la tierra y llevándolos hacia el gran futuro con sus trabajos y obligaciones.

- Pero suponga usted que los boches ejecutan un raid. ¿Qué hago? ¿Cómo puedo dejar de luchar?

- Rehusando sencillamente combatir. No está usted en el plano físico, donde podía obligársele a ello. Los alemanes no pueden hacerle daño, aun cuando ejecutaran el raid y lo envolvieran a usted. Todo lo que usted tiene que hacer es obedecer las órdenes; prescinda usted de los alemanes, a menos que sepa usted el alemán, en cuyo caso su deber es ayudarlos a detener la lucha y a curar sus heridas, exactamente lo mismo que es deber de usted ayudar a sus propios camaradas.

Y recuerde que mientras está usted realizando esta obra, realiza usted la obra del Maestro, y el poder y la fuerza del Maestro están con usted; así, que nada puede dañarle. Solamente si desobedece usted las órdenes, se deja arrebatar por la cólera,

[42]

e intenta dañar a alguien, sólo entonces puede usted ser dañado. Para abreviar:

obedezca las órdenes y estará usted perfectamente seguro, aun cuando su cumplimiento le lleve en medio de todo el ejército alemán. Desobedezca usted, o ceda a sus pasiones de odio y cólera; y no está usted seguro, ni aun estando solo, en una isla del Océano Pacífico. ¿Entiende usted?

El hermano mayor se cuadró como si hubiese obedecido a la voz de "firmes". El sargento se cuadró a su vez, altamente impresionado, y saludó diciendo:

- Sus órdenes serán obedecidas, señor.

- Un minuto más, sargento.

El hermano mayor permaneció un momento inmóvil, como si reflexionase. Un minuto habría pasado así, cuando se abrió la puerta y entró un hombre con uniforme de soldado canadiense.

- ¿Ha llamado usted, señor?

- Sí. Sírvase ir con el sargento Strew y enseñarle cómo trabajamos. No será usted llamado al servicio activo tan pronto, sargento - prosiguió el hermano mayor, dirigiéndose a nuestro amigo- pero los alemanes van a emprender otro ataque y morirán muchos de los dos lados, y necesitaremos nuestros trabajadores y muchos más. Tengo la seguridad de que hará usted cuanto pueda para ayudar a aquellos sobre quienes pueda influir para que abandonen la lucha y vuelvan su imaginación a otras cosas, ahora que está usted de este lado del velo. El sargento Strew y el canadiense saludaron y se retiraron.

Lo que ocurrió al sargento y el modo de ser

[43]

inducido al trabajo del gran bando de invisibles auxiliares, que estaban esforzándose para evitar al mundo un grave desastre, lo supo después Jimmie. Estaba saturado de aventura y de muchas cosas terribles, aunque algunas fuesen también algo cómicas; pero eso, en realidad, no forma parte de esta narración.

El hermano mayor estuvo un momento absorto en sus pensamientos, después de marcharse el sargento Strew, y Jimmie le observaba, esperando que hablase. Pasados algunos momentos, el mismo Jimmie rompió el silencio.

- ¿Usted también ha hablado de ciertos deberes míos, señor?

- Sí. Pero los de usted son completamente distintos de los del sargento. Usted tiene que aprender todo lo posible, porque el campo de su actividad no estará aquí. Va usted a regresar.

- ¿Regresar?

- Sí. Usted no fue muerto, sino solamente desvanecido, y cuando llegue el momento oportuno, volverá usted a trabajar de nuevo con su propio cuerpo, en el plano físico. A11í será su misión grande y elevada; decir, hasta donde le sea permitido, las maravillosas cosas que se le enseñarán y mostrarán aquí.

- Pero si no estoy muerto, ¿no es todo esto un sueño? Marjorie me dijo que yo estaba muerto. ¿Es que yo me he figurado que he visto a Marjorie?

- No. Usted, realmente, ha visto a Marjorie y le ha hablado; además, usted está aquí ahora, porque no es necesario que uno muera para venir a esta tierra. Marjorie estaba equivocada, y es muy natural que sucediese así; el caso es que por algún

[44]

tiempo no era seguro que fuera posible reintegrar su cuerpo etéreo con suficiente rapidez. Pero se necesita su trabajo en la tierra; usted se ha ganado el premio en sus anteriores

vidas, y como se tiene mucha necesidad, se le ha dado a usted ayuda especial. Ni Marjorie ni usted, se han fijado en que no hubo herida.

- Tiene usted razón - dijo Jimmie-, ahora que me fijo; no hubo herida. No me había parado a pensar en eso antes. Y, sin embargo, recuerdo que he visto multitud de hombres, muertos en los campos, que no tenían heridas.

- Eso es muy cierto. Fueron muertos por la conmoción de una explosión, y eso es precisamente lo que estuvo a punto de matarle a usted, sacando su cuerpo vital de su cuerpo físico; a punto casi de romper el cordón plateado. A no ser por la circunstancia de que se le necesita, y se le dio especial ayuda, hubiera usted quedado real y totalmente muerto, como usted dice; estaría usted a este lado del velo, sin ninguna probabilidad de volver. Pero por haber entrado en la Senda, en sus vidas anteriores, hecho el voto de servir y, por su obra, haber ganado la oportunidad de servir más, sucedió que, cuando su cuerpo etéreo fue separado por la explosión de la granada, las partículas de su cuerpo vital fueron preservadas de disgregación; y llegado el momento de que usted regrese a cuerpo físico, que está ahora mismo tendido en el hospital, a retaguardia, se le ayudará a usted a retener en la memoria lo que usted ha visto y oído aquí, para que pueda usted trabajar con mejor fruto. En sueños ha visto usted a menudo a Marjorie y ha hablado con ella, y ha hecho muchas excursiones de deslizamiento;

[45]

pero esta vez es una cosa completamente distinta, y nada tiene de particular que estuviese equivocada.

- Pero nunca he soñado con ella, señor; ese ha sido siempre uno de los grandes pesares de mi vida.

- ¡Sí! Aunque nunca ha soñado usted con ella, sin embargo han hecho ustedes largas excursiones juntos, porque durante el sueño estamos generalmente fuera de nuestros cuerpos, en Soñilandia, aunque muy pocos pueden conservar la memoria de sus visitas a esta tierra de los muertos que viven, y los que empiezan a poder hacerlo, conservan sólo, con frecuencia, recuerdos deformados y memorias confusas. Una de las cosas que confío aprenderá usted pronto, cuando regrese, es a conservar el recuerdo constantemente.

- ¿Usted dice que es posible?

- Sí, sin duda; es mucho más fácil de lo que parece; especialmente, para las almas que están muy adelantadas. En realidad, me extraña constantemente que no haya más gente capaz de hacerlo. Usted ha conseguido ese privilegio durante sus dos o tres últimas vidas, y para usted no será tarea difícil adquirir esa habilidad.

- ¿Mis dos o tres últimas vidas? ¿Qué quiere usted decir, con eso? ¿Quiere usted decir que he vivido antes?

- Exactamente.

- ¿Dónde?

- En la tierra. Y su última vida transcurrió no muy lejos de donde está usted ahora, a saber, al sur de Europa.

- Pues yo me he figurado siempre que cuando

[46]

uno moría, moría; y que, o se iba al cielo o al... o al otro sitio.

- ¡No! El plan de la evolución humana es mucho más grande que eso. Y es debido a ser mucho más complejo, a la gran cantidad de trabajo que es preciso hacer, y al hecho de

que usted puede ser de mucha utilidad, el que se le haya ayudado a usted para regresar. Pero necesito primero que haga usted un corto viaje conmigo.

Hizo una indicación a Jimmie, que le siguió afuera y le dio la mano, obedeciendo su ademán. Empezaron una rápida marcha, durante la cual, Jimmie sólo pudo dirigir rápidas ojeadas a las varias partes de la tierra sobre las que iban volando, y antes de que hubiese transcurrido un minuto, se encontraron en una habitación pobremente amueblada, donde una mujer estaba sentada cosiendo, al lado de una mesa, mientras dos niños jugaban junto a ella en el suelo. Mientras cosía le caían las lágrimas lentamente por las mejillas, en silencio, y miraba, de vez en cuando, una carta que estaba abierta, encima de la mesa.

El hermano mayor se estuvo quieto en un ángulo de la habitación. Su cara, grave, denunciaba la compasión que sentía en tanto Jimmie se adelantaba hacia la mesa y examinaba la carta. Era el comunicado rígido, impersonal, del Gobierno, participando que Enrique L. E. había sido mortalmente herido, en la batalla.

Instintivamente se hizo atrás, ante tan grande pena. Al hacerlo así, un hombre, con uniforme, entró por la puerta cerrada y se dirigió con los brazos extendidos hacia la mujer, sin que ésta se diese la menor cuenta. En la guerrera, exactamente por

[47]

encima del corazón, tenía un agujerito redondo, y la guerrera estaba manchada de sangre.

-¡Oh, Emma! - dijo el recién llegado, rompiendo el silencio -. ¡Emma! - gritó con un triste Acento en la voz.

La mujer no contestó, pero parecía intranquila y levantó la cabeza, como si esperase oír un sonido deseado. El niño menor se arrastró hacia el hombre con uniforme, modulando balbuceos de bienvenida, que unos meses más de práctica hubiesen convertido en el familiar "papaíto".

Con un sollozo, la mujer levantó al niño:

- ¡No, no, hijo mío! Papaíto no ha venido todavía. ¡No ha venido todavía!

- El chiquillo lo ve - dijo el hermano mayor a Jimmie -, pero la mujer no, y quizás sea mejor.

Cuando se duerma esta noche - dijo, volviéndose al hombre con el uniforme y tocándole el brazo -, cuando se duerma esta noche, abandonará su cuerpo y estará con usted hasta que se despierte; por la mañana. Entonces usted lo recordará, pero ella no. Todas las noches podrá usted verla y hablarle, y así ayudarle a soportar la carga. Al propio tiempo recuerde usted que su separación no es más que temporal, y que usted la verá y estará con los niños todas las noches, cuando duerman.

Ya ve usted que su ausencia sólo es temporal, después de todo. Ella tiene una carga mucho más pesada que soportar.

El hombre del uniforme alargó la mano.

- Me ha quitado usted un gran peso de encima.

El hermano mayor hizo una indicación a Jimmie y salieron juntos deslizándose, pasando a través de la pared, como si no existiese. Una vez fuera,

[48]

se encontraron en los alrededores de una gran ciudad, y el hermano mayor eligió una sombría calle apartada, siguiéndola lentamente, casi andando. En la calle no había mucha gente y los que encontraron no se dieron cuenta de su presencia porque no los

veían. No dejó de proporcionar un trabajo a Jimmie, al principio, el evitar a los transeúntes, según iban andando, inconscientes, por la calle. El hermano mayor, sin, embargo, no hacía más caso de la gente que ésta de él, y pasaba a través de las personas, con tan poco cuidado, como si hubiesen sido meras sombras. Jimmie lo observó, y lo probó por sí mismo, y con alivio suyo, encontró que no le ocasionaba la menor molestia a pasar a través de una persona en la calle, y que ese era el único procedimiento lógico que debía seguir.- Lo, he mostrado un poco del sufrimiento causado por la guerra - dijo, al fin, el hermano mayor -, no porque usted no lo conociese ya, sino meramente, para imbuirle el conocimiento de que la mayor parte de la agonía causada por el conflicto, deriva de la idea de que la muerte significa una separación completa y, probablemente, permanente. A pesar del hecho de que la mayor parte de la gente le diría a usted, si fuese preguntada, que creen firmemente en otra vida pocos lo creen hasta el punto de su realización.

Pueden ver la muerte y la mitad de ellos piensan que la entienden, pero sobre la vida ulterior

tienen poca seguridad. Si supiesen solamente, no teoría, sino como un hecho, que son espíritus hijos del Gran Padre que está en los cielos, y que

[49]

como tales, no pueden morir, como tampoco EL puede; y si se dieran cuenta de que esta vida no es la única de la tierra, sino que la humanidad vive una y otra vez, en cuerpos que van perfeccionándose constantemente; y también que su progreso es siempre adelante y arriba, se les podría acelerar mucho, y se les podría ahorrar mucho sufrimiento, trabajando así por la Gran Ley. Si se dieran cuenta, siquiera, de que ellos mismos causan sus contratiempos, y de que las desgracias que han de soportar no son las andanzas de una deidad caprichosa, sino los resultados de su propia desobediencia a Su Voluntad (como se demuestra en Sus grandes y justas leyes), sea en sus vidas actuales o en las anteriores, y, exactamente, en proporción con la obediencia a Su ley y a cómo practican la regla de conducta que Cristo, el Gran Maestro, estableció; exactamente así, se ahorrarían el sufrimiento y se harían dignos de ser auxiliares, en la gran obra de elevar a sus semejantes.

Dejó de hablar, con cara resplandeciente de luz, y al notar Jimmie un nimbo o nube de belleza iridiscente y colores difuminados que le rodeaba, recordó un antiguo verso que había oído de chico:

"¡ Cuán brillantes luces esos espíritus gloriosos!"

- Ya va siendo hora de que usted regrese - continuó el hermano mayor -, y no puedo hablar con usted mucho más; así que cumpliré mi promesa y dejaré a usted un rato con Marjorie. Pero antes de separarnos, deseo llevar a su ánimo la idea de que una vez regresado y cuando usted esté en condiciones de salir, desearía me visitara usted en Paris.

[50]

Mencionó una calle y un número.

- Pero yo me figuraba... yo creía que usted estaba... que... yo creía que usted había...; mire usted, yo creía que usted vivía aquí definitivamente.

El hermano mayor se rió.

- No, en verdad. Todavía existo en persona, y cuando usted esté bastante repuesto, nos veremos en París, y eso será una de las pruebas, para usted, de que todo esto no es un sueño, sino una realidad.

Empezó a marchar rápidamente, y Jimmie, siguiéndole, en obediencia a una indicación de mandato, se encontró enseguida en la misma suave e inclinada pradera, donde primeramente recobró el conocimiento.

- Marjorie estará pronto aquí y le dejaré a usted con ella, que le explicará algunas cosas. Pero no debe usted considerar esta entrevista como la última nuestra, ni tampoco esta presentación en la tierra de los muertos que viven, como la última. Su entrada en las cosas espirituales se ha verificado de una manera distinta de la corriente, pero no es un don, porque usted se lo ha ganado, y será obligación suya trabajar diez veces más, desde ahora.

- Y lo hará, ¿no es eso, Jimmie?

Marjorie, que había llegado inadvertida, estaba sonriente delante de ellos. Jimmie le dio la mano y sonrió también.

- Sí, ciertamente; lo haré señor.

- Adiós, entonces, por ahora.

Jimmie miró a Marjorie, esperando dijera

[51]

"adiós" al hermano mayor, pero con sorpresa suya estaban solos.

- He oído que vas a regresar, y me alegro mucho, porque eso significa que vas a poder trabajar simultáneamente a los dos lados del velo. ¡Oh, Jimmie, cómo envidio tu suerte para el trabajo!

El resto de la conversación con Marjorie, aunque de absorbente interés para ellos, no concierne especialmente a nuestra historia, y sería un abuso de nuestras videntes facultades, el relatarla. Jimmie habló de su desencanto, por no habersele enseñado las grandes vistas que se le habían prometido, ni haber recibido las instrucciones relativas al "trabajo" que había de hacer.

Marjorie le tranquilizó, y era tan absoluta su fe en la sabiduría del hermano mayor, y tan convincentes sus seguridades, que las dudas de Jimmie se desvanecieron.

Sus párpados se habían ido poniendo cada vez más pesados, y una laxitud invencible, empezó a dominarle y de la que quiso excusarse; pero Marjorie no hizo más que sonreírse, y su último recuerdo era verla allí, rodeada de un débil resplandor y con una sonrisa, mientras le decía

- ¡Estás regresando!

Entonces la oscuridad pareció cubrir por completo la tierra de los muertos que viven.

[52]

Capítulo IV

OTRA VEZ A LA TIERRA. UNA LINDA ENFERMERA

Una sensación de caída; grandes masas giratorias oscuras, sentidas, no vistas; la impresión de ir disparado por el espacio, a una velocidad espeluznante, solo, ya derecho, ya cabeza abajo, totalmente incapaz de calcular el terrible golpe, y no obstante, ni especialmente atemorizado, ni particularmente intranquilo; simplemente intrigado por conocer el resultado de esta excursión precipitada y sin guía; una leve sensación de que la oscuridad y la velocidad iban decreciendo; un aumento gradual en la intensidad de la luz crepuscular, sin origen conocido y que nada de particular descubre. Eternidades de tiempo que pasan; la aparición final del sol, visto débilmente, a través de nubes y niebla, y, poco a poco, la visión que se va aclarando. Pasó el tiempo y las nubes se hicieron menos densas y más rosadas; un cambio final, del sol, en la suave luz del día, sobre un globo oscilante incandescente; y las nubes rosadas, en un cielo raso blanco y paredes de igual color. Nada más había a la vista. Una sombra se proyectó sobre el muro, y, dentro del espacio visible, se movió la cabeza de una joven diosa, con la toca de la Cruz Roja.

[53]

Se parecía un poco a Marjorie... ¿Quién era Marjorie? Trató de recordarlo. El nombre le era muy familiar, Marjorie... Marjorie... ¿quién era Marjorie?

¿Quién era el mismo? Jim, Jimmie... ¿quién era Jimmie? ¿De dónde venía? ¡Era el hombre de familia! Le llamaban Jimmie. ¡Ellos! ¿Quiénes? ¿Quiénes eran "ellos"? Marjorie le llamaba Jimmie.

¿Quién era aquella muchacha con la toca de la Cruz Roja, que se parecía un poco a Marjorie? Se había detenido y le estaba mirando. No, no era Marjorie. Marjorie era mucho más bonita, y Marjorie tenía un suave resplandor alrededor suyo. Marjorie había parecido estar mucho más viva que esta muchacha, y Marjorie brillaba con luz propia. Esta muchacha no brillaba. Probablemente no era culpa suya. Naturalmente; pocas muchachas podían brillar como Marjorie... se sonrió.

¿Cómo lo había llamado Marjorie? Oh, sí, un aura... aura.

La muchacha con la toca de la Cruz Roja le estaba sonriendo ahora, pero no brillaba como Marjorie. Sin embargo, su sonrisa era dulce. Era una linda muchacha. Bien lo veía. Debería brillar. El tenía que decírselo.

Una enfermera de la Cruz Roja, que pasaba, haciendo su recorrido entre los pacientes, vio a uno que no estaba herido, que yacía inconsciente hace unos días, víctima de una conmoción producida por una explosión, a quien no habían podido reanimar, y al mirarlo se sorprendió agradablemente, viendo que tenía los ojos abiertos y daba señales de inteligencia. La estaba observando, y sus labios

[54]

se movían débilmente. Se acercó a él, e inclinó la cabeza, hasta casi tocar los labios, con el oído. Solamente entonces, pudo discernir sus palabras.

- Usted no brilla. ¿Dónde está su aura?

La condolida enfermera le pasó suavemente la mano por la frente, incorporándose, y sintiendo profunda lástima por esta pobre ruina humana de una batalla. Sus labios volvieron a moverse, y otra vez se inclinó para oírle.

- ¡Perdóneme! Me había equivocado. Sí que tiene usted.

- A ver si puede usted dormir ahora. Está usted mucho mejor.

Le puso la mano en la frente unos instantes, y después, como su respiración regular demostraba que había seguido su consejo, continuó haciendo su recorrido. Más tarde, al dar su informe, a la primera enfermera, hizo notar que el número 32 había recobrado el conocimiento, pero que al parecer, estaba un poco "ido", puesto que le había hecho algunas preguntas insulsas, acerca de por qué no brillaba y dónde estaba su aura.

- ¿Qué es un aura? - preguntó a la primera enfermera -. Me parece que he oído esa palabra antes de ahora.

- No lo sé chica. No creo que exista semejante cosa. Es que ése no tiene bien la cabeza.

Jimmie despertó de su sueño unas horas más tarde, con la imaginación perfectamente despejada, respecto a las impresiones exteriores; pero muy confusa, respecto a otras cosas. Recordó lo ocurrido con el sargento Strew, el hermano mayor y Marjorie. Eran entidades reales y distintas, y podía recordar casi todas las palabras, especialmente

[55]

las de Marjorie; pero, ¿cómo había venido él aquí y qué sitio era "aquí"? Allá arriba no había hospitales, en el sentido propio de la palabra; y, sin embargo, se encontraba en un hospital. Además, la enfermera andaba y no se deslizaba, y no tenía aura; aunque recordaba débilmente que, cuando se inclinó hacia él, al despertarse la primera vez, y tocarle la frente tan suavemente, le había parecido que brillaba... sí; recordaba que, de repente, la había visto envuelta en una nube de débil púrpura. El le dijo algo entonces, pero no podía recordar lo que le había dicho. No le importaba mucho. Por de pronto le bastaba estarse allí acostado tranquilamente y no pensar en nada... no más de lo que había hecho. Este sitio podía ser o no el cielo; pero ciertamente se estaba muy bien en él.

La enfermera volvió a detenerse a su lado. El le sonrió, encontrándose muy bien y muy satisfecho de poder hacer más que sonreír. Pero ella era una joven inteligente y poco partidaria de que las enfermeras sonrieran a los pacientes, o éstos a las enfermeras. Deseaba saber cómo se encontraba y qué temperatura tenía, insistiendo en ahuecarle la almohada y levantarle delicadamente un poco. Pero a él no le importaba. ¿A quién podían molestar las atenciones de una diosa? Ahora que se había despejado lo suficiente para hablar, tenía que averiguar quién era. Lo haría diplomáticamente, de manera que ella no se diera cuenta de lo que él pretendía. Habló, y ella se alegró al notar que su voz se había robustecido.

- ¿Por qué no se desliza usted?

¡Pobre hombre! Su voz era más fuerte, pero evidentemente, su imaginación divagaba. Sin

[56]
embargo, a veces se puede conseguir algo, siguiendo la vena en semejantes casos; así que contestó:

- Hombre. ¿no sabe usted que aquí no se permite bailar?. Y además, nadie se desliza ahora. Los únicos bailes que tenemos son el vals y dos o tres bailes más de pasos; pero deslizarse ha pasado de moda.

El la miró asombrado. Quizás esto no fuese el cielo. Quizás fuese... no... no podía ser. Su cara era demasiado dulce y satisfecha para eso.

- Dígame... oiga...

Ella se inclinó llena de simpatía al ver un hombre tan fuerte, tendido, con tan poca esperanza; y temió alguna lastimosa revelación de una razón extraviada.

- ¿Dónde estoy?

La revulsión del terror que había sentido fue demasiado fuerte para ella, y se rió francamente. Cuando pudo contener la risa, lo suficiente para hablar, contestó a la pregunta:

- Está usted en el hospital americano de París, Francia; y es seguro que usted está mucho mejor..., es decir, a excepción de la gramática.

Otra vez, observándola, volvió él a ver aquella luz de color rodearla como un resplandor púrpura; y no necesitó que se le dijera que, aunque no podía deslizarse ni sabía lo que era un aura, era, sin embargo, una verdadera hermana; era de aquellos seres compasivos que emplean su vida en ayudar a los demás; como lo hace el Maestro. Sabía, aunque no supiera cómo lo sabía, que semejante resplandor brillante, que vibraba, suave y radiante, no puede ser figurado por ningún arte, talento o poder, por grande que sea. Nada puede

[57]

producirlo más que la pureza, la bondad, el amor y el sacrificio. Así que se contentó por el momento, se volvió a recostar en la almohada, y a los pocos segundos se quedó dormido.

Un día entero transcurrió antes de volver a despertarse; esta vez con plena posesión de sus sentidos y memoria; y cuando vio la enfermera de la bondadosa cara y hermosa aura, a verificar su recorrido, se encontró con una mirada llena de reconocimiento, que le dijo, a primera vista, que la imaginación de Jimmie estaba restablecida totalmente.

- Buenos días - dijo sonriendo -, ¿cómo está mi víctima de conmoción de explosión esta mañana? ¿Sufriendo todavía de dislocación gramatical?

Jimmie hizo un gesto.

- ¿Qué le dije a usted ayer?

- Oh, no mucho. Naturalmente, divagaba usted algo y dijo usted algunas cosas chocantes. Me preguntó usted por qué no bailaba y dónde estaba mi aura y por qué no brillaba. Y a propósito, ¿qué es un aura? ¿Existe semejante cosa, o es que ha inventado usted esa palabra?

- No sé si puedo decirle a usted exactamente lo que es un aura. He oído esa palabra, y me figuro que sé lo que significa. Ya se lo diré a usted.

Tres días más tarde, Jimmie obtuvo permiso para salir a dar un paseo. Se sentía materialmente bien y con mucha hambre, pero hubo de prometer que, si se le dejaba salir, no compraría comida alguna.

- No sé si puedo o no fiarme de usted - había dicho el doctor -; sería mejor que Miss Luisa fuese con usted.

[58]

- Mucho me figuro que sí - dijo Jimmie pensativamente -. Yo creo que sería mucho mejor. Miss Luisa no pareció contrariada por dar un paso, cuando el doctor le preguntó si quería acompañar a su paciente a dar una vuelta; y, en realidad, pareció muy satisfecha del alto y joven teniente, con su uniforme, completamente limpio y planchado, del cual, en la lavandería del hospital, se habían hecho desaparecer todas las trazas del barro de las trincheras.

- ¿Por dónde iremos? - preguntó ella, según pasaban por la puerta del hospital.

- ¿Sabe usted dónde está la calle de X?

- No, pero podemos preguntar.

Preguntaron. El hizo la pregunta en el mejor francés de las trincheras, y ella lo preguntó con una encantadora vacilación en su acento y una hechicera elevación de sus cejas; pero ninguno de los dos pudo entender una palabra de las respuestas que obtuvieron. Las respuestas iban envueltas en tal torrente de verbosidad y gesticulación, que los dejaba tan poco enterados como antes.- Ya sé en qué estriba la dificultad - dijo Jimmie, después que el octavo o noveno parisiense los había dejado en un laberinto de manos que se mueven, señalando, y hombros que se encogen.

- ¡Oh! ¿En qué consiste? ¡Siento tanto no conocer mejor el francés!

- Pues mire usted, todo es culpa suya.

- ¿Culpa mía? - sus cejas se arquearon de una manera avasalladora -, ¿por qué?

- Mire usted; estos parisienses la miran a usted, y se entusiasman tanto que pierden la chaveta. No los culpo por eso.

[59]

- ¡Bueno, eso me gusta! ¿Soy tan fea, como todo eso?

- No he dicho que fuese usted fea. He dicho que la miran a usted y pierden la chaveta.

- ¡Bueno! Eso es lo mismo que decirme que no se me puede ver. Gracias, señor teniente Jaime Westman, por su bondadosa opinión.

- ¡Peces!

- ¿Qué quiere usted decir con "peces"?

Jimmie comprendió su error y tuvo miedo. No se había dado cuenta de cuánto le importaba la buena opinión que ella se formase de él, y ahora que peligraba, se puso muy nervioso.

- Usted sabe, miss Luisa, lo que yo quiero decir. Y si no lo sabe, voy a decírselo. Yo quiero decir con esto... ¡diga! ¿No se volverá loca, si se lo digo?

- ¡Hombre! Estoy loca ahora... completamente loca. Usted ha dicho que yo soy tan fea, que nadie puede mirarme sin perder la chaveta.

- No; tampoco he dicho eso, y voy a aclarárselo a usted ahora mismo, se vuelva loca o no. Lo que yo quiero decir, es que usted es tan bonita, que cuando cualquiera la mira, no hace, naturalmente, más que... más que...

- ¿Más, qué?

- Más que perder la cabeza; eso es. Eso es precisamente lo que yo hago siempre que la miro. Ahora vuélvase loca o no se vuelva.

Hubo un silencio.

- ¿Está usted loca?

Más silencio.

- ¿Lo está usted?

Ella había vuelto la cabeza, pero al inclinarse

[60]

Jimmie para escuchar, le pareció percibir las palabras:

- No mucho.

El carácter de Jimmie era dejarse llevar por el entusiasmo, cuando se interesaba mucho en un asunto y ahora se dejó llevar.

- Y yo voy a decirle más y usted puede ponerse tan loca como quiera. Sé que no tengo derecho a decirlo, pero lo pienso, y digo que usted es la más bonita y la más linda y la

más querida muchacha de... - ante la memoria de Jimmie surgió como un relámpago la figura de la otra muchacha... bailando, punteando; aérea, deslizándose; la resplandeciente Marjorie, la adorada Marjorie, la de la dulce voz, la gentil Marjorie; y vaciló en lo que iba a decir. Dudaba si era fiel. Su conciencia le recordaba un poco. ¿Estaba bien enamorar a dos muchachas? Vaciló - de Francia - terminó tímidamente. Luisa notó la vacilación en la voz. No sabía si amaba o no a este hombre. No había tratado de analizar lo que ella pensaba, pero creía que iba a oír una declaración y sufrió un desencanto. Esta vacilación en su voz, era algo que estaba en oposición con sus expresiones tan fogosas, y como ella no lo entendía, se perdía en conjeturas, para explicárselo de una manera que no fuese corriente; sencillamente: tendría una novia en su país. Suavemente se soltó de su mano y se volvió hacia él.

- Me... Me... parece que habré de irme ahora, Mr. Westman. Había el asomo de un temblor en su voz.

- ¡Luisa! ¡Oh, Luisa! No piense eso de mí.

[61]

Sé lo que piensa usted, pero todo es una equivocación, querida. ¿No quiere usted oírme?

Ella vaciló, intrigada de que él quisiese enamorarla, teniendo una novia en América; y, sin embargo, no quería, al propio tiempo, romper del todo con él, hasta no estar segura de que no se equivocaba.

- Bueno, Mr. Westman, ¿qué quiere decirme?

- ¡Digo que es usted la muchacha más linda del mundo!

- ¿De Francia, quiere usted decir?

- No; de todo el mundo.

- ¿Está usted seguro? ¿No quiere usted decir de Francia?

- ¡No! Estoy seguro, quiero decir de todo el mundo!

- ¿Qué hay de la muchacha que está en los Estados Unidos?

- ¡No hay ninguna!

Ella le miró con atención al principio, y después con un poco de ironía en su mirada. El se dio cuenta y empezó a comprender que su situación era desesperada. Cruzó como una exhalación, por su mente, la idea de desesperada que amaba a esta muchacha y que no debía perder su amistad. No debía.

- Entonces, ¿por qué titubeaba usted ahora mismo?

- Se lo diré a usted y lo entenderá usted. Hágame el favor de escucharme, ¿quiere usted?

- Estoy escuchando, pero no oigo gran cosa.

- Bueno, se lo explicaré todo mientras volvemos.

- Oh, no sé, Mr. Westman; no creo que me importe perder tiempo respecto de cosas que han de

[62]

ser "explicadas". Creo que usted está bastante fuerte para ir solo ahora, y yo tengo un recado que hacer, así que le dejo a usted aquí y me voy de prisa.

Ella le dejó a pesar de sus protestas, y se metió por una calle próxima, mientras que Jimmie, vagando por una esquina, la observaba con la esperanza de que modificase su plan y volviese o mirase atrás. Pero esperó en vano.

Se volvió tristemente al hospital. Era lo único que podía hacer. No tenía ganas de visitar un club de la Y.M.C.A. (1), porque se sentía triste y dolorido, para ir a mezclarse con los

soldados. Necesitaba estar solo y pensar lo que habría de decirle a ella, para que cambiara su modo de pensar. De repente recordó Las palabras del hermano mayor.

"Su entrada en las cosas espirituales se ha verificado de una manera distinta de la corriente, pero no es un don porque usted se lo ha ganado, y será obligación suya trabajar diez veces más desde ahora".

Vio que había olvidado por completo su promesa y también la Gran obra, sea la que fuere, que estaba contenida en la mágica palabra "deber". Había llegado a considerar indiferentemente cuanto le había ocurrido, como si fuese un sueño. ¡Había empezado buscando la dirección dada por el hermano mayor y lo había abandonado todo tranquilamente, con objeto de enamorar a una muchacha!

¡Oh! ¡pero era una muchacha tan bonita! Así, quería justificarse a sí mismo. Esto era indudablemente

[63]

un lío. Estaba enamorado de dos muchachas, ambas hermosas y cariñosas y ambas amables, pero una en la tierra y otra en... en... bueno, digamos en el paraíso. El no podía casarse más que con una. ¿Ofendería eso a la otra? ¿Le creería Luisa cuando le contase su otro amor, y tendría celos o no? Se figuraba, o al menos lo esperaba, que no le era indiferente, pero semejante historia sería difícil de hacérsela creer.

¡Oh! Acababa de ocurrírsele la idea; si el hermano mayor podía deshacer este lío, con tal que este hombre existiese realmente. El mismo Jimmie no sabía si creer en su memoria o no, y si él tenía dudas, ¿cómo podía esperar que Luisa creyese? ¿Existía el hermano mayor, o su aventura no era más que otra nube de las que están hechas de igual materia que los sueños? ¡Estúpido! ¡Había prueba!... prueba segura... con tal de que pudiese encontrarla... prueba que convencería, incluso a Luisa, por escéptica que fuese. ¡Hurra! Sometería su sueño a la prueba que el mismo hermano mayor le había sugerido, y al proceder así, serviría de prueba para él y para Luisa.

Unos niños que estaban jugando en la calle, se asombraron de ver a un teniente de "los amigos", que marchaba lentamente por la acera, echar a correr de repente, como si su propia vida dependiese de su velocidad.

Luisa no había vuelto todavía al hospital, y Jimmie se vio obligado a entretenerse en la puerta, aburridamente; pero estaba decidido a no perder la oportunidad, y se sentó en un sillón para esperarla.

Luisa entró, sintiendo haber demostrado su impaciencia.

[64]

Después de todo, Jimmie sufría de conmoción de explosión, y semejantes pacientes no son siempre responsables de sus actos. El vigoroso paseo que ella había dado le sentó bien, y la activa circulación que había producido la hizo más caritativa, echando fuera de su cerebro algunas telarañas; y también había dibujado unas rosas en sus mejillas, aunque ella no se daba cuenta del cambio. Jimmie se lanzó de su sillón al verla entrar, o por lo menos se hubiese lanzado si hubiera podido. Sea como fuese, se levantó tan rápidamente como pudo y salió a su encuentro, y haya o no esas cosas llamadas aureolas, y que Luisa hubiese conocido o no, de haberla visto, el caso es que, antes de que Jimmie hubiese pronunciado una palabra, ella sabía que no había en él un átomo que no vibrase con excusas e interrogación; no recordando nada tan grande, juguetón y amable como este joven, en un paroxismo de esfuerzo por agradar. ¿Podía rehusarle

unos minutos de conversación? No; desde luego oíría lo que tenía que decirle, aunque tenía que apresurarse, porque ella entraba de servicio dentro de media hora.

Y así, Jimmie, que estaba convencido de que el único camino era decirle exactamente lo que ocurría, la condujo al jardincito donde habían hecho un sitio de recreo para los convalecientes, y allí vertió en sus oídos la historia de sus aventuras, desde el momento en que se encontró paseando por la pradera, hasta que, por fin, despertó en el hospital. Ella le oyó con interés, especialmente cuando hablaba de Marjorie.

- Y así ve usted - explicaba - cuán importante es que encuentre esa dirección, porque si semejante

[65]

calle existe, y - está ese número, y vive allí un hombre llamado Champion, eso probará a usted la verdad de todo lo que le he dicho, y él me ayudará a convencerla de que la historia es verdadera.

- Eso no es necesario, Mr. Westmann; porque, hayan ocurrido realmente, o no, las cosas que usted me ha contado, eso no afecta en lo más mínimo su veracidad. Creo todo cuanto me ha dicho y lo encuentro maravilloso. ¡Cuánto me gustaría ver alguno de esos hermosos colores de que usted habla! Y a Marjorie también; ¡debe ser encantadora!

El corazón de Jimmie palpó violentamente, a la alegre revelación de que ella aceptaba como cierta la historia, y, por consiguiente, le perdonaba por su lealtad para con Marjorie. Era evidente que Luisa no creía en la exactitud de la relación, pero era tan intensa y natural la manera de narrar lo que contaba, que, aunque considerase el conjunto como figuración de un cerebro que sufría de conmoción de explosión, tenía el convencimiento de que él lo creía. Eso era todo lo que a ella le importaba, porque explicaba las vacilaciones y explicaba que amase a otra muchacha al propio tiempo que a ella, cosa que de ninguna manera hubiese podido admitir, a no ser por la circunstancia de que la otra muchacha era meramente producto de la imaginación y no tenía existencia real.

- ¡Luisa! ¡Dígame, Luisa!

- ¿Qué?

- ¡Caramba! Me alegro que hayamos tenido esta conversación. Temía que estuviese usted disgustada conmigo.

- Lo estaba.

- Me figuraba que trataba usted de

[66]

pasar el tiempo conmigo, mientras tenía una novia allá en su tierra.

- No la culpo a usted. Pero ahora que está enterada de todo, me ha perdonado usted, ¿no es así?

- ¡Pero, Mr. Westman, qué tontería! Si nada hay que perdonar.

- Pues yo me figuré que cuando usted pensó que yo tenía novia en mi tierra, le importaba algo, o, de lo contrario, no se habría disgustado usted. Oiga, Luisa!

- se detuvo en la palabra, pronunciándola marcadamente -. ¡Luisa!

- ¿Qué?

- ¿No cree usted, quizá, que dentro de un poco, después que me conozca algo mejor... ?

- ¿Qué?

- ¿No cree usted... quizá... que podría importarle yo un poco más?

Silencio. La cogió de la mano, mientras ella volvía la cara.

- ¿No podría usted?

- Quizás...

Al siguiente día pidió y obtuvo permiso Jimmie para volver a salir y que Luisa le acompañase; le aseguró al doctor que era necesario, a causa de los súbitos ataques a que estaba expuesto, en cualquier momento. El doctor se resistió al principio y ofreció, atentamente, mandar con él un ordenanza a otro convaleciente que no estuviese sujeto a "ataques"; pero la consternación de Jimmie era tan evidente que, siendo el doctor, como era, hombre muy humano y atento, dio el permiso necesario, si bien después preocupó a Jimmie, por la ansiedad que demostró, ante el terror de que los "ataques"

[67]

podrían ser resultado de alguna afección cardíaca.

Entretanto, Luisa y Jimmie habían estudiado el plano de París, y habían averiguado que, efectivamente, existía la calle X; pero esto nada probaba, porque él podía haber oído el nombre en algún sitio, y la mente subjetiva, con su maravillosa memoria, podía haber conservado aquel nombre particular, entre el farrago de que estaba cargada; y haberlo presentado a su imaginación, víctima de la conmoción de explosión. Jimmie sabía muchísimo, o creía que sabía, acerca de la mente subjetiva, y lo explicó cuidadosamente a Luisa, según iban andando; pero sería difícil averiguar si este lenguaje, algo técnico, sirvió para ilustrarla mucho. Aunque así hubiese sido, es preciso confesar que su interés en los misterios de la mente subjetiva, no era muy intenso.

Se detuvieron delante de cierta casa en la calle X. Allí estaba la casa, pero esto nada probaba. La puerta de entrada estaba en un pasaje abovedado que daba a un patio interior. Tiraron de la campanilla. El ruido de una puerta anunció que alguien la abría por dentro. Los instantes siguientes decidirían el caso.

[68]

CAPÍTULO V

EL HERMANO MAYOR EN PERSONA

Jimmie y Luisa esperaron con iguales temores. Luisa no creía una sola palabra de la maravillosa historia que Jimmie le había contado, aunque estaba firmemente convencida de que él la creía. Jimmie, por su parte, con su vívida memoria de la aventura, estaba cierto de que había ocurrido realmente, pero desconfiaba del resultado de esta prueba material y concreta, y estaba cavilando qué excusa podría dar si, como temía, la casa estuviera habitada por gente desconocida.

Luisa esperaba que un portero vulgar abriese la puerta y que la desilusión consiguiente se sucediera; estaba procurando encontrar una solución para ayudar a Jimmie a salir del atolladero. Jimmie abrigaba los mismos temores y buscaba una razón admisible para presentarla a Luisa, por el desvanecimiento de su visión, y no conseguía encontrarla, cuando la puerta se abrió.

Ante ellos, con una amable bienvenida y una ligera y enigmática sonrisa en los labios, como si de alguna manera hubiese adivinado sus perplejidades, estaba el hombre de sus sueños, idéntico, en todos los detalles de vestido y facciones al extraño y poderoso personaje que se le había hecho

[69]

familiar en la Tierra de los muertos que viven, con el nombre de "El hermano mayor".

Aceptando a la par su invitación, entraron en una bien poblada biblioteca, y hasta después de hecho esto, no se repuso Jimmie lo bastante de su asombro, para presentar a su compañera. Con un poco de dificultad, presentó a Mr. Campion a Miss Luisa Clayton, con la sucinta explicación de que Miss Clayton era la enfermera que lo había cuidado durante su restablecimiento; que le había contado su - gran aventura, y le había pedido que lo acompañase en esta expedición.

- Me alegro mucho de que lo haya hecho usted así, teniente Westman; porque miss Clayton había sido elegida para enfermera suya por varias razones, no siendo la menor, la circunstancia de que es un alma muy adelantada: y se había determinado que el trabajo de reintegrar su cuerpo vital se realizaría más fácilmente y pronto, con la ayuda suya, que con la de cualquier otra enfermera disponible. Usted ve, miss Clayton, que - la conozco perfectamente, aún cuando sea ésta la primera vez que nos encontramos.

Luisa contestó atentamente y con algo de seriedad, pero no pudo ocultar por completo su incredulidad a la afirmación que Mr. Campion había hecho.

- Sin embargo - prosiguió Mr. Campion, como si contestase a alguna objeción -, usted fue elegida, y el acierto de la elección está probado por el resultado. Usted tiene un aura fuerte y bien desarrollada, y sus vibraciones son armónicas, debido a ciertas combinaciones estelares de las que usted probablemente no tiene noticia; eso fue de gran

[70]

ayuda, cuando Jimmie, que está aquí presente (no voy a llamarle teniente), estaba volviendo en sí. Usted recordará, quizás, que cuando se le acercó para tratar de comprender lo que estaba murmurando, le preguntó a usted por qué no brillaba y dónde estaba su aura, y después inmediatamente se excusó, asegurando a usted que brillaba.

Luisa estaba asombrada. Nadie había estado presente para que pudiese percibir aquella apagada conversación. La primera enfermera no había salido del hospital; por tanto, no podía haberse acercado a este hombre para contársela; además, Luisa no había dicho mucho a la primera enfermera, y con nadie más había hablado de ello. Estaba segura de que Jimmie no había salido del hospital, excepto la vez que estuvieron a punto de regañar. ¿Podía haber escrito a este hombre, o era éste un lector de pensamientos? Si Jimmie le había escrito, la estaba engañando. Si el hombre era lector de pensamientos, era un mago astuto. No sabía qué decir y permaneció silenciosa, pero sus miradas vagaban por la habitación.

Mr. Campion dijo

- Miss Clayton, usted me perdonará, espero, si trato de tranquilizar su ánimo e, incidentalmente, el de Jimmie también. Para hacerlo así, será necesario sentar algunas afirmaciones que no pueden ser probadas a ustedes ahora, y cuya explicación exigiría demasiado tiempo; así que le ruego me escuche pacientemente y reserve su juicio para más tarde.

Para empezar, he de asegurar a usted que no es víctima de ninguna trampa preparada, y que Jimmie

[71]

no me ha escrito, ni la primera enfermera volvió a pensar en lo que usted le dijo.

Luisa levantó los ojos con presteza, llenos de admiración.

- Así que la sorpresa de usted al encontrarse con un lector de pensamientos, sin las artimañas naturales de semejante profesión, era perfectamente natural.

No hay ningún atributo usual del realizador profesional de maravillas, y en vano buscará usted calaveras y bichos disecados y colgaduras sombrías. Le aseguro que mientras la lectura del pensamiento no es nada difícil, para un ocultista experimentado, yo no estaba leyendo el de usted, cuando hablaba de las pocas palabras que cambió con Jimmie, cuando recobró el conocimiento. Sé lo que dijo usted, porque yo estaba allí entonces...

Luisa lo miró con otro gesto de sorpresa, a iba a decir algo, pero recordó la petición.

- Estaba allí, aunque usted no me vio, y la seguí cuando se fue usted a dar cuenta a la primera enfermera. Usted recordará que ella estaba sentada ante un pupitre escribiendo, y cuando usted le habló, estaba usted Bola con ella en la oficina. Ella no se volvió, ni hizo más que dejar de escribir, mientras usted hablaba. Luego le contestó: "No lo sé, chica. No creo que exista semejante cosa."

Además, cuando usted salió de la oficina, encontró usted a dos ordenanzas que llevaban un herido en una camilla, y uno de ellos tropezó. Usted creyó que iba a soltar su carga y se sobresaltó, diciendo " ¡Cuidado! ".

Se sonrió y siguió diciendo

[72]

- Creo que he justificado a este amigo nuestro, ya que no podía haberme escrito estos detalles.

Luisa tuvo un ligero gesto, inimitablemente gracioso, de convencimiento.

- Y ahora, la razón que mueve todas estas cosas. La raza humana está hecha de multitud de espíritus individuales, que están evolucionando o aprendiendo, por encarnaciones sucesivas, en cuerpos físicos y en el plano físico, donde aprenden a obedecer las grandes leyes de nuestro Padre de los cielos; exactamente lo mismo que los niños aprenden sus lecciones, día por día, en la escuela. En este gran plan de evolución,

estamos sujetos a la acción de dos grandes leyes; primera: la de renacer, que vuelve a traernos al mundo concreto físico, una y otra vez, aunque mejorando lentamente nuestros cuerpos y lo que les rodea. Segunda: la ley de consecuencias, la cual decreta que hemos de sufrir los resultados naturales de nuestros errores, llamados comúnmente pecados; aunque algunas veces intervengan muchas vidas, entre el error y su resultado.

Con objeto de que este período de nacimiento y muerte, y aprender y sufrir, sea reducido, se presta a la raza tanta ayuda como se puede, por los grandes seres espirituales que ya han pasado, ellos mismos, por escuelas semejantes. Hay ocasiones (lo mismo que hay exámenes en toda escuela), que en la evolución se llegue a un punto de cambio de dirección, y la raza es examinada o escudriñada, como si dijéramos, para ver qué clases o entidades son dignas de mejora.

Esta guerra es el punto de cambio más tremendo que, hasta ahora, se ha alcanzado en la evolución

[73]

humana, y la necesidad de ayuda a instrucción a la raza es mayor que lo que pudo haber sido hasta hoy. Puede darse ayuda, en cierto modo, más eficazmente, por miembros adelantados de la misma raza, y, por esa razón, muchos individuos son ascendidos, precisamente ahora, por la ayuda y enseñanza que pueden dar. La necesidad es tremenda... mucho más de lo que usted y Jimmie puedan imaginar, y por esa razón, Jimmie fue devuelto a la vida física; pues de no ser así, habría permanecido de una manera definitiva del otro lado. Por esta misma causa ha sido usted traída aquí con él, porque no ha de pensar usted que los ocultistas tienen costumbre de hacer alarde de sus facultades, solamente para entretener a la gente.

Usted y Jimmie son, ambos, almas adelantadas (no digo esto para adular a ninguno de ustedes), y en unas pocas vidas podrían alcanzar, naturalmente, el punto al que se espera alcanzarán ahora, en esta vida, si quieren trabajar voluntariamente. Se les dará ayuda, pero han de recordar las palabras del Maestro que: "Al que mucho se le da, mucho le será exigido." Así que la decisión de comprometerse al trabajo ha de ser puramente voluntaria y no hecha a la ligera, porque como el beneficio es grande, si recibimos esta enseñanza dignamente, así el peligro es grande, si la recibimos indignamente.

Jimmie y Luisa se miraron, reconociendo ambos la alusión a aquella hermosa sentencia de la comunión. Jimmie dijo:

- Usted me dijo algo antes, señor, acerca de la gran obra, pero no me dijo cuál era.

- No. Porque, durante algún tiempo, no era seguro que su cuerpo etéreo fuera reintegrado

[74]

oportunamente, y cuando eso se hizo, no hubo oportunidad para instruirle.

Mr. Campion continuó durante más de una hora dándoles explicaciones acerca de los diferentes planos de existencia y los distintos cuerpos pertenecientes a esos planos, y bosquejando la obra de los Auxiliares Invisibles, tanto con los vivos, como con los muertos. Luisa y Jimmie escuchaban con asombro, que gradualmente fue cambiando en terror, cuando el tremendo Plan les fue delineado. Nunca habían oído cosa semejante y, sin embargo, todo ello les parecía extrañamente familiar, como si hubiesen debido conocerlo de alguna manera. Según Mr. Campion proseguía, y demostraba cómo todo estaba de acuerdo con las Escrituras, y, particularmente, con las palabras habladas por Cristo, explicando las parábolas y proyectando luz en los parajes ocultos y oscuros, Luisa

empezó a darse cuenta de que todas sus dudas se desvanecían y se sentía avergonzada de que jamás hubiesen tenido cabida en su mente. Ya no pensaba en "pruebas", ninguna prueba hacía falta. Ningún hombre, por grande que fuese, podía haber inventado un plan como éste. Ni aun Mr. Campion, lector de pensamientos y ocultista, o lo que quiera que fuese, pudo haber imaginado tan complicado y completo plan. No necesitaba él asegurarle que era cierto. Ella lo sabía, aun cuando no se daba cuenta de cómo lo sabía. Todo ello llevaba impreso el sello y firma de la misma Divinidad.

Jimmie, también, había escuchado absorto. Las cosas que estaba diciendo Mr. Campion explicaban algunas de las aparentes contradicciones que había observado, durante su corta permanencia en el otro

[75]

lado; y cuando fueron detalladas la teoría y la práctica de alcanzar la libertad de los otros planos, empezó a comprender que no era, realmente, necesario morir, para comprobar la inmortalidad.

- Pero ¿por qué entonces - preguntó -, si hay tanto que trabajar del otro lado, por qué tanto afán en hacerme volver?

- Porque la necesidad imperiosa está en este lado del velo, de aquellos que conocen el hecho de la inmortalidad, que han visitado la otra tierra y han vuelto; que quieren y pueden propagar su conocimiento; que pueden consolar a los moribundos y, más especialmente, a los que quedan detrás. La necesidad es por los que pueden decir "Yo sé", lo mismo que "Yo creo".

- Entonces, si yo persisto en los ejercicios que usted ha delineado, ¿ cree que pueda desarrollar mi vista espiritual?

- Indudablemente que sí, y mientras, yo no debo influir sobre usted en uno a otro sentido, puesto que la elección ha de ser por su libre voluntad; sin embargo, sabe usted cuánto ansío volver a encontrarlo a usted como voluntario

del Gran Ejército, en que, de todos modos, está usted alistado. Jimmie comprendió que era un momento muy serio. Quería ayudar. Su corazón rebotaba de simpatía por los que están sufriendo y mueren, y sin embargo... sin embargo... aquello de "vivir la vida"... ¿podría él hacerlo? Cuando volviese a su regimiento y a su compañía... ¿podría sostenerlo? Entonces le asaltó una duda. Mr. Campion había dicho, o era como si lo hubiese dicho, que durante el sueño, casi todos ayudamos, más o menos, y siendo así, ¿por qué no había de hacer él cuanto le fuese

[76]

posible, durante las horas de vigilia, y esperar a ser un auxiliar inconsciente a invisible durante el sueño ?

Mr. Campion estaba sentado, observándolos. Luisa le miraba, pero no le observaba. Sus ojos tenían aquella expresión de "mirada lejana", que demostraba que su imaginación estaba ocupada en otras cosas, como lo dejó ver, en cuanto habló.

- Haga el favor de decirme, Mr. Campion, si quiere, cómo es que el trabajador corporal, que tiene la libertad de los otros planos, es mucho más valioso que el trabajador incorpóreo, o que el trabajador que no puede visitar, a conciencia, los mundos superiores: ¿no tiene algo que ver con el poder de la voluntad?

- Lo ha comprendido usted bien, Miss Clayton. El trabajador corporal tiene un poder que el mismo hombre no tendría, si hubiese perdido su cuerpo. La explicación es larga, pero ha llegado usted muy cerca de la causa, al hablar del poder de la voluntad. Así, el

trabajador del otro lado tiene que ver principalmente con los que acaban de pasar, cuyo tiempo de escuela ha terminado, y cuyo período de revisión de la vida física ha comenzado. El trabajador de este lado del velo, sin embargo, puede ejercer influencia en las vidas de muchos, logrando que se abstengan de cosas que de otro modo harían, y evitándoles muchas de las penas del purgatorio no haciendo las acciones que hubiesen traído sobre ellos, sin duda alguna, una deuda con el destino.

Jimmie y Luisa volvieron al hospital muy tranquilamente. Cada uno estaba ocupado pensando, y sus cortas conversaciones fueron para revisar las cosas que Mr. Campion había dicho.

[77]

En el momento de llegar a la puerta principal, Luisa dijo

- ¡Jimmie! Tengo que hacer una confesión.

- ¿Qué es?

- Sabe usted, antes de ir a esa casa no creía en realidad que su aventura fuese otra cosa que producto de su imaginación. Me figuraba que no pasaba de ser uno de esos sueños producidos por la "conmoción de explosión".

- Así me lo temía.

- Pero ya no tiene usted que temerlo. Ahora lo creo por completo.

La muy justificada satisfacción que Jimmie demostró visiblemente en su cara y que se derivaba, por completo, de la convicción de que su historia fuese finalmente creída, debió inducir al viejo portero francés, de la entrada principal, a sacar conclusiones erróneas... a juzgar por la sonrisa con que se alegró su arrugada y vieja cara, cuando Jimmie y Luisa entraron en el hospital; a no ser, como también es posible, que se nos haya escapado algo de la conversación.

Incorporado otra vez a su compañía y después del cordial recibimiento y felicitaciones de sus compañeros por haberse librado de la muerte, Jimmie se dedicó a la pesada tarea del ejercicio a instrucción, que absorbió una considerable parte de su tiempo, aun cuando estaban ahora en un "lugar de descanso", detrás de las líneas.

Las ya conocidas ocupaciones diarias de la vida familiar del ejército; el constante contacto con sus

[78]

hombres y sus compañeros oficiales, por todos los cuales era muy apreciado, tendieron a embotar el agudo filo de sus entusiasmos, y los pensamientos prosaicos, vulgares, usurparon el lugar de los elevados ideales y aspiraciones nobles, que tanto le habían conmovido. El resplandor de su viaje a la Tierra de los muertos que viven, empezó a palidecer un poco. Deberes apremiantes, urgentes, deberes insistentes, exigentes, le absorbían el tiempo. Cuando el ejercicio y demás formas de instrucción habían terminado, estaba cansado y perfectamente dispuesto a dejarse llevar por la corriente; a visitar la "Y" o cualquier otro lugar de diversión. Siempre procuraba tranquilizar su conciencia, prometiéndose que haría pronto algo con afán, tan pronto como hubiese descansado.

Mientras tanto, como había prometido, continuó ejecutando el sencillo ejercicio que Mr. Campion le había dado y que realizaba todas las noches, con la regularidad de un cronómetro, aun cuando no podía comprender de ningún modo cómo una, cosa tan ridículamente elemental, podía producir un efecto notable en él. Sería lógico creer, pensó,

que Mr. Campion estuviese equivocado, porque de otro modo, ¿cómo no había de ser este ejercicio ampliamente conocido? ¿Por qué no lo conocían y enseñaban algunos ministros de las distintas iglesias? Sabía que algunas de las críticas dirigidas contra los ministros eran merecidas; pero sabía que, considerados como un conjunto y tomando el término medio, los ministros eran honrados y de conciencia, y hacían lo mejor que podían, de acuerdo con sus luces. ¿Por qué, entonces, no conocían eso, si realmente era cierto?

[79]

Estaba sentado una tarde en un ángulo de la "I". No había muchos hombres, pero junto a él un pastor evangélico, ya maduro y - algo escrupuloso, estaba perorando a un grupo de soldados que, evidentemente, eran reacios para asistir a los servicios. Estos hombres se habían encontrado en batallas. Habían visto morir a sus camaradas... heridos... reducidos a fragmentos... víctimas de los gases, buscando con ansiedad para sus descubiertos y heridos pulmones un poco de aire, que parecía no podían conseguir. Estos hombres habían visto a sus amigos, jóvenes, valientes, en la plenitud de la vida, morir ante ellos repentinamente; y el efecto de semejante visión había producido en ellos una actitud más amplia o más profunda o más elevada, pero siempre una actitud diferente, respecto al grande enigma de la vida.

El pastor acababa de terminar y estaba lleno de celo para salvar las almas de estos pobres, perdidos, errabundos; para salvar las astillas, del fuego. Era preciso que llegaran a salvarse. Era preciso convertirlos y llenarlos de la gracia, antes de que fuese demasiado tarde, pues el insondable pozo estaba esperando tragarlos con su fuego eterno y...

- ¡Oh! ¿No podrá cegarse ese antro?

Esta interrupción de una nueva voz, con una evidente nota de impaciencia en ella, llamó la atención de Jimmie, y miró con interés al que había hablado.

[80]

Capítulo VI

IDEAS DE UN MOZO DEL PUEBLO DE LA RELIGION

El tono de voz del último que había hablado, llamó la atención de nuestro amigo Jimmie, y escuchó con interés.

- ¿Qué... qué... qué quiere usted decir? - balbuceó el horrorizado sacerdote.

- Nada más que eso. Si puede apagarse ese fuego eterno. No es lógico, y no es de las escrituras, y no es cristiano, y no es posible que esté en la Biblia; y un Dios que procediese como usted dice, sería un demonio y no un Dios.

El que hablaba era un mozo campesino, alto y delgado. El intervalo de silencio causado por la estupefacción del horrorizado pastor, que no podía dar crédito a sus oídos y estaba mudo de asombro, dio a Jimmie oportunidad para echar una rápida mirada al grupo, antes de que el mozo prosiguiese

- Y sobre todo, ¿quién es Dios?

- ¡Quién es Dios! ¡Quién es Dios! ¡Oh, mi pobre, pobre hermano! ¿Puede usted ser tan ignorante que haga esa pregunta?

- Apueste usted que sí. Usted parece estar muy bien enterado, o por lo menos usted habla como si lo supiese. Pues dígame usted exactamente, quién es y qué es, qué hace.

[81]

- ¿Quién es? ¡Oh, querido, querido! Con una vara de hierro rige el mundo y lo rompe en pedazos como vasija de alfarero. Lo ha hecho a usted; y dio su único Hijo para que muriese por usted, para salvarlo de la condenación eterna; ¡y pregunta usted quién es!

- Escúcheme usted, páter. Yo no quiero ser descortés y no pretendo ser irreverente; pero he pasado por ese infierno que ruge allí, y he visto a mi compañero, el mejor hombre que jamás ha calzado zapatos, y el más valiente... - aquí miró alrededor del pequeño círculo, como desafiando a que negasen el hecho -, el hombre más valiente que jamás ha vivido. Lo he visto herido por una granada que le arrancó las dos piernas, y allí murió en mil brazos, sin apelación posible. Le vi morir, y tengo que ir, cuando esto termine, si vivo, a decirles a su mujer y a su madre cómo murió. ¿Y usted me dice que Dios ha hecho el mundo y rige el mundo y permite que sucedan cosas como esta guerra? ¿Por qué no la ha detenido? Si es tan grande y Santo como usted dice, ¿por qué no detuvo a los hombres que empezaron esto?

- Mi pobre, pobre, ignorante hermano. Dios no ha permitido esta guerra. Fue el demonio, ese gran adversario, quien la ha traído.

- ¡Entonces, Dios no rige el mundo; El nos hizo, pero hizo una obra tan pobre que hubo de enviar a su Hijo único a morir para salvarnos, y aun ese Hijo único salva a unos pocos... por la cuenta de usted, la mayoría va al infierno; así se lo he oído decir, cuando hablaba usted del amplio y fácil camino que conduce a la destrucción.

- ¡Oh! pero hermano mío, todo eso está en la

[82]

Biblia. ¿Se atreve usted a negar la palabra de Dios?

- No sé exactamente lo que niego, pero no creo que la Biblia diga todo eso. Yo creo que usted alude a la Biblia y saca de ella únicamente lo que usted necesita sacar, y no lo que

la Biblia necesita dar a usted. Ahora haga el favor de escucharme un momento, y dígame si me equivoco. Dios es todopoderoso. ¿Es así?

- Sí, sí; así es, sin duda, y...

- Haga el favor, un momento, páter; si usted me permite, es mi turno ahora y quiero ver si saco la verdad. Vuelvo a empezar de nuevo... Dios es todopoderoso... ¿eso quiere decir que puede hacerlo todo?

- Sí; sin duda.

- ¿Y una vez oí decir a un ministro que era omnipotente?

- Sí.

- Eso quiere decir que es todopoderoso, pero significa mucho más.

- ¡Córcholis! ¡Usted es un abogado hábil! - dijo con admiración otro soldado del grupo.

- Hombre, he estudiado leyes bastante, y también he practicado un poco, pero nunca me he dedicado a esta clase de controversia.

- Bueno, hermano mío; permítame que le dé algunos trataditos para leer...

- No, páter; no quiero leer trataditos. Todos esquivan la cuestión principal. Usted ha empezado este asunto, y espero que lo continúe usted, como un hombre, y llegue al final, porque yo no trato de ir contra ninguna religión. Yo, real y honradamente, ansío luz, pero necesito verdadera luz... luz del sol... nada perteneciente a la variedad de

[83]

las velas de sebo. Necesito llegar a la verdad. He estado en ese infierno de las trincheras y he marchado cara a cara hacia la muerte, y lo mismo les ha pasado a todos estos muchachos, y todos ansiamos la verdad... positiva y verdadera, nada convencional. Yo estoy aquí ahora, páter, y le digo que mi felicidad eterna vale tanto para mí como la suya para usted, y no trato de ofender a usted... necesito la verdad... así les pasa a todos estos muchachos.

- Pero, hermano, ya se lo he dicho a usted. Acepte a Cristo, póngase la armadura del evangelio y resistirá usted todas las argucias del enemigo.

- Ya está usted, páter, esquivando la cuestión. Las preguntas son: ¿Quién es Dios, por qué nos ha hecho, por qué ha permitido esta guerra?

- Oh, pero si está usted equivocado. El no la ha permitido. Es contra su voluntad.

- ¿Contra su voluntad y es omnipotente? No, páter; es preciso que dé usted otra razón.

- Pero ya se lo digo a usted, hermano; tiene usted que venir humildemente al trono de la gracia. Acepte a Cristo con el verdadero carácter de afiliado, y todavía puede usted salvarse.

El alto soldado miró un momento al pastor, suspiró y se fue.

- Esto siempre termina así - dijo otro del grupo -. Nunca he conocido a un páter que pudiese llegar al fin de una discusión, con alguien que quisiese conocer la verdad. Siempre desvían la cuestión. Hasta luego, páter - dijo humorísticamente, según salía del edificio.

Jimmie plegó apresuradamente su carta, la metió en el bolsillo y salió. Aquí, quizás había oportunidad

[84]

de empezar la gran obra. El hermano mayor le había dicho que la tarea no le sería impuesta, sino que se le presentarían ocasiones de trabajar, si así lo deseaba. Quizás ésta fuese una. Alcanzó al hombre, que le saludó tranquilamente al ponerse a su altura.

- He oído parte de su conversación con el pastor - dijo Jimmie -, y quiero preguntar a usted, si me lo permite, si era la expresión de su deseo íntimo, cuando ha dicho usted que quería conocer la verdad.

- Esté usted seguro que sí, mi teniente; pero nunca consigo que un ministro me conteste a las preguntas que hago, y, sin embargo, yo las encuentro razonables.

- Yo creo que puedo contestar a esas preguntas. Si usted me lo permite, tomaré el lugar del páter, y de todas maneras, creo que los dos podemos sacar partido de la discusión.

- Muy bien, señor.

El tono era de resignación, y Jimmie se dio cuenta de la situación. El soldado había dicho la verdad, cuando dijo que necesitaba luz; pero estaba disgustado a la idea de que un segundo teniente tan joven, ocupase los momentos libres de un soldado fatigado, con un farrago de discusión inútil, sobre un asunto del que debía estar ignorante. El (el soldado) había acudido, con frecuencia, en busca de luz, a los regularmente calificados de divulgadores de la luz, y había recibido... oscuridad. Pero que este segundo teniente presumiese tener lo que ninguno de los ministros tenía, era como si un chico de la escuela ofreciese enseñar a un general los rudimentos de la estrategia. Sin embargo, el soldado era de buen carácter, y decidió aguantar

[85]

la tabarra unos minutos, para ver lo que diría el teniente.

Jimmie dijo, después de un corto y abrumador silencio:

- Mire usted, me ha dado pena ver a ese pobre pastor; usted le ha hecho algunas preguntas algo fuertes.

El soldado replicó:

- Parece que se le agarraron a la garganta, ¿no es eso?

- Seguramente que sí. Y, sin embargo, las contestaciones eran muy sencillas.

- Me gustaría que las diera usted.

- Bueno; haga usted las preguntas.

- ¿Hay vida después de la muerte?

- Sí.

- ¿Cómo lo sabe usted?

- Porque lo he visto y he vuelto.

- Caramba. Esta vez se apunta usted, quizás. Pero vaya otra: ¿Cómo sabe usted que lo ha visto y que ha vuelto?

- Me figuré que me haría usted esa pregunta.

Sé que he ido allí, y he vuelto, porque he visto y he hablado con gente que conocí en la vida terrena y ya no están aquí, y también porque he visto y he hablado con un hombre que jamás había conocido antes, pero que no había abandonado su cuerpo físico; y siguiendo sus instrucciones lo he visto después en su cuerpo físico. Sin embargo, reconozco plenamente el hecho de que lo que es prueba para mí, no lo es para usted, porque usted no tiene más que mi palabra; y aun cuando me conociera usted bien y no dudase de mi palabra todavía hay un amplio margen, por error de juicio; así, que hablando

[86]

claramente, no puede haber "pruebas" para usted, a excepción de su propia experiencia. Pero puede haber una prueba secundaria; evidencia circunstancial, como usted podría

decir, que sería diez veces más convincente que todo lo que yo pueda decirle, aun cuando no dude de mi palabra.

- ¿Qué es lo que quiere usted decir?

- Esto: desde niño se le ha "dicho a usted que hay un Dios, que es la sabiduría, conocimiento, amor, etcétera. Usted ve en el mundo ciertos hechos que usted encuentra difícil de conciliar con tal idea de Dios. Usted ve injusticia, miseria, guerra, pena, dolor, separación; usted ve algunos que son felices toda su vida y otros que son desgraciados, sin que hayan cometido ninguna falta. Usted ve todas estas cosas, y, naturalmente, quiere saber por qué existen en un mundo que ha sido creado por un Ser cuyo nombre es amor. Puesto que existen y no son la evidencia del amor, usted arguye que, o Dios no existe, o que carece de alguno de los atributos que se le asignan siempre, o que hay un poder rival de oscuridad, de fuerza parecida, si no igual, a la de Dios. ¿No es así?

- Ese es el caso exactamente, mi teniente.

- Usted pregunta las razones de que semejantes cosas se permitan en el mundo, y se le contesta con evasivas y tonterías, que le demuestran que los hombres que se supone conocen mejor las cosas de Dios, son realmente tan ignorantes como usted mismo, pero no lo bastante francos para decirlo. Ellos creen ciertas cosas de las que a usted le parece que no hay evidencia bastante, y quieren que usted crea lo que ellos creen; pero son totalmente incapaces de contestar a sus preguntas, y hasta se resienten de que

[87]

se las hagan. Sin embargo, todo ello resulta tan claro como la luz del día, si usted se fija en que somos espíritus que evolucionan, partes de Dios, como acertadamente dice la Biblia, que vamos ganando en experiencia y en conocimiento y poder, en las muchas vidas que vivimos, una tras otra, en la tierra. Estamos sujetos a dos leyes: primera, la del renacimiento, que nos vuelve a llevar una y otra vez a la vida en el plano físico; y segunda, la de la consecuencia, que decreta que hemos de cosechar, exactamente, según sembramos... también exactamente como nos dice la Biblia. En el intermedio de nuestras vidas terrestres, estamos en otro estado de conciencia, en el que la experiencia de la vida pasada es incorporada a nuestro espíritu, como conciencia. El pecado es la ignorancia de las leyes de Dios, y el sufrimiento consiguiente, con el tiempo, nos enseña a obedecer esas leyes; lo mismo que un niño, que se ha quemado el dedo, aprende a evitar una estufa caliente. Pero algunos son afortunados, porque han progresado más que otros, en la senda de la evolución, han aprendido más lecciones, y están en condición de vivir más de acuerdo con las leyes de Dios. Otros son desgraciados, porque en las vidas pasadas han hecho mal y han contraído más de una deuda; o más bien, porque no han progresado tanto en la senda de la evolución; y, de esa manera, no han pagado tantas deudas suyas; porque nadie, en todo el universo de Dios, está sometido a sufrir nada que no haya merecido, por sus acciones pasadas; pero ha de recordar usted que el pasado abarca centenares de vidas: En el gran plan de la evolución humana, hay grandes momentos de cambio de dirección, en los que se da ayuda

[88]

extraordinaria. Esta guerra es uno de esos momentos, y ha sido permitida; por que la raza se había sumido en el materialismo, y se necesitaba un gran choque, para que el pensamiento de la humanidad volviese a la única cosa real del mundo, cual es el estudio de las leyes de Dios y el intento de obedecerlas. Y las leyes de Dios nunca han sido

resumidas mejor, que cuando Cristo dijo que debíamos amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos. ¿Me explico con bastante claridad

- Sí... pero si he vivido antes, ¿por qué no me acuerdo?

- Hombre; las causas que obran, para evitar que usted recuerde sus pasadas vidas, son complejas y exigirían un tiempo muy largo para explicarlas. Pero subsiste el hecho de que es una previsión misericordiosa de la naturaleza, porque si usted recordase todas sus pasadas vidas, ¿no podría usted adelantar en absoluto, porque los amigos amores y odios del pasado le impelerían a erróneas acciones.

- Un chico de la escuela usa una pizarrita, hasta que ha pasado los primeros grados y no comete muchos errores en las cifras. Más tarde abandona la pizarra y usa papel y lápiz, y después emplea la tinta.

- Así sucede con nosotros. Cuando aprendamos a vivir bien y a no cometer tantos errores, cuando estemos libres de las pasiones de odio y venganza, recordaremos todas nuestras pasadas vidas.

- Todo eso me parece muy bien, pero no veo por qué no he de recordar que he vivido antes.

- Piense usted sobre ello y quizá lo vea usted.

Jimmie juzgó conveniente suspender aquí el asunto, y dejó que el hombre siguiera su camino.

[89]

Estaba desilusionado, porque, para su entusiasmo, su poca habilidad para hacer ver un asunto tan sencillo, era algo descorazonante. No se fijaba en que cada uno tiene sus limitaciones, y las de uno están a diferente distancia del centro que las de otro. Un círculo grande puede contener a otro pequeño y comprenderlo así, como el hecho de que hay espacio más allá de ese círculo pequeño; pero el pequeño no puede comprender al grande hasta que ha aprendido a razonar, por la existencia de círculos, todavía menores, que puede haber algo, más allá de sus propias limitaciones. Es fácil, para nosotros, ver las limitaciones de otros, pero difícil de ver las nuestras propias, hasta que aprendemos, primero, a quitarnos la viga que tenemos en nuestro ojo, antes de intentar quitar la paja que está en el de nuestro hermano.

Y ahora empezó para Jimmie una vida, en la que encontró poco tiempo para la obra particular que tanto ansiaba realizar. Su regimiento fue vuelto a enviar a las trincheras, y la agitada vida y el poco y verdadero asueto de que podía disponer, impidieron que sus intentos pudiesen avanzar. Se arregló, sin embargo, para ejecutar la mayor parte de los sencillos ejercicios que Mr. Campion le había dado y logró pronunciar, de vez en cuando, algunas palabras acerca de una vida más elevada, aprovechando las ocasiones propicias. Pero la excitación de la lucha, porque su regimiento estaba agregado a una brigada británica y estaban conteniendo el avance de los alemanes en la primavera de 1918; tenía fija su atención, casi exclusivamente, en los asuntos militares. El caso, no obstante, estaba en manos más fuertes que las suyas, y un día, en una

[90]

carga para recuperar una trinchera, recibió un balazo en el brazo derecho y fue vuelto a enviar al hospital, lamentando su mala suerte.

En el hospital no había ninguna Luisa, y apenas había estado allí tiempo suficiente para curarse la herida, cuando recibió ordenes de embarcarse, desde luego, para América, para el servicio de instrucción, en uno de los campamentos de preparación. En verso

trató de obtener un permiso suficiente para encontrar a Miss Clayton, porque la situación era urgente y las órdenes perentorias. Escribió una desconsolada carta a Mr. Campion, pero no recibió contestación, y se vio obligado a embarcar en un transporte que regresaba, al frente de un pequeño contingente de heridos, dejando su obra sin hacer: Luisa y Mr. Campion quedaban en Francia; sus camaradas, peleando todavía con uñas y dientes para contener la invasión gris, y él mismo, en lo que aseguraba amargamente ser perfecta condición física, obligado a regresar a su país, antes de que hubiesen ganado la guerra.

Oh, la amargura de aquel embarque, dejando tras sí, en Francia, la Gran Guerra, en la que deseaba continuar; la muchacha que se había acostumbrado a amar, y el hombre tras el que suspiraba como guía, en la Gran obra que débilmente había vislumbrado! Dejaba tras sí todas las grandes actividades que habían entrado en su vida y la habían cambiado tan completamente, dejándolo todo, ¿por qué? Una seguridad que despreciaba, un trabajo que sentía que otros podrían hacer mucho mejor que él, una vida de no bien recibida comodidad, el amargo sentimiento de la separación de aquellos que deseaba tener cerca.

[91]

Jimmie se fue, a bordo del transporte, abatido por un sentimiento de injusticia y de calamidad. El brazo le dolía mucho, y la mayor parte del tiempo había de tenerlo en cabestrillo, y sin embargo, sabía que en el frente apenas se hubiese dado cuenta de la molestia que le causaba. Pero ahora, las cosas pequeñas le fastidiaban y las bagatelas parecían importantes, y se volvió, no irritable, porque tenía por natural una disposición demasiado alegre para eso; pero menos risueño de lo que generalmente había sido. Pasaba fuera de su camarote el menor tiempo posible, y, generalmente, se le suponía sufriendo más de la conmoción de explosión, que de la herida del brazo. Como la conmoción de explosión es una cosa muy especial y actúa de mil diferentes modos, sus pequeñas rarezas no chocaban y se contemporizaba con ellas hasta donde era posible.

El barco había estado navegando dos noches y dos días, y era ya tarde, durante el tercer día, bastante después de oscurecer, cuando estaba solo, junto a la borda, mirando al mar pensativamente. La luna estaba saliendo, una Luna que empezaba a crecer y daba muy poca luz, la que no disminuía la belleza de las estrellas. La brisa soplaba suavemente del sur, y el gran barco avanzaba por la oscuridad, sin que el menor rayo de luz señalase su camino, cabeceando lenta y gentilmente a lo largo, levantando ligeras olas y marchando con dignidad en su movimiento, como si, en cierto modo, sintiese su existencia aislada y el valor del precioso cargamento humano que llevaba.

Jimmie estaba apoyado contra la borda, aspirando profundamente el aire salobre que sabía tan

[92]

bien, en comparación con el de la Tierra de Nadie, cargado del odio humano y de los rectos de la guerra, y observaba, una por una, las olas largas que llegaban lentamente al costado del buque y lo levantaban tan suavemente, tan tranquilamente, como si la elevación de unos miles de toneladas fuese el más sencillo juego. La exhibición de tan tremendo poder, fue produciendo lentamente en la imaginación de Jimmie, torturada por el pesar y el desencanto, un sentimiento de calma y de descanso, y cuando del océano pasó a mirar el espacio y observó las grandes estrellas, brillando tranquilamente sobre él, como habían brillado sobre Colón y los marineros de la Gran Armada, como habían

brillado sobre Roma y Cartago, sobre Babilonia y Baalbec, sobre los constructores de las pirámides, de los ejércitos y de los navíos de la antigua Atlántida; sintió nacer en él una débil percepción de ese Gran Poder, cuyo Ser atestiguaban ellas y cuyo majestuoso propósito no podía ser desviado, ni el espesor de un cabello, por el levantamiento de todos los pueblos del globo. Su mente retrocedió en la historia, y se pintó a sí mismo las guerras y plagas y pestilencias y hambres; las millares de escenas de batallas y asesinatos y muertes repentinas; de vidas tranquilas, de pueblos desconocidos, de amores y de odios de hombres y de mujeres muertos millares o decenas de millares de años antes, sobre todos los cuales las mismas estrellas habían lucido con la misma tranquila calma, esperando, imperturbables, el desarrollo del gran Plan de Dios.

Le parecía que los cuadros de estas cosas relampagueaban por su mente, como si el mundo volase en su camino por el espacio, dejando lucir tras de

[93]

sí, como una densa nube de humo, visible para los ojos espirituales, las oraciones y las lágrimas de toda la humanidad; los ayes de los heridos y de los muertos en los campos de batalla, desde que empezó la historia humana; los clamores de piedad; la agonía de la desesperación; la lucha de las naciones; el surgir de las razas y su caída; el grito de los que perecen... todo unido en esta densa negra nube, que debe subir rodando hasta el mismo Trono de Dios. Y, a través de toda ellas, surgía el mismo grito desesperado... ¿Por qué?

Y entonces pensó en su pequeña parte en el majestuoso Drama; cómo había sido protegido y se le había mostrado un poco del gran Plan; cómo había sido levantada una punta de la oscura cortina, por un momento, para que, pudiese dar una ojeada a lo que estaba al otro lado, a fin de que supiese cómo podía ayudar.

¿Cómo había llenado su misión? ¿qué había hecho? En su conversación con el soldado que había hecho aquellas preguntas en el local de la "Y", ¿qué había realizado? ¡Nada!

Su conciencia le acusaba, y, sin embargo, después de todo, ¿qué es lo que podía haber argumentado? Esta cuestión, según empezaba a comprender, era demasiado grande para ser resuelta por una explosión de entusiasmo, por ardiente que fuese. Debía ser la tranquila y firme obra del tiempo, incesante, infatigable, buscando todas las oportunidades; no afectada por el fracaso, y satisfecha si, aquí y allí, podía ayudarse a una persona, aunque fuese ligeramente. Entonces quizás, después de la guerra, podría volver a París y volver a ver al

[94]

sabio Mr. Champion, el "Hermano mayor", y aprender el modo de prepararse para la gran obra.

Y según este pensamiento se afirmaba en aquella firme resolución de "seguir adelante", por fútil que la tarea pudiese parecer, la calma de las grandes estrellas llenó su corazón, y se volvió para irse a su camarote y, quizás, a escribir unas cuantas palabras más, en una carta a Luisa, que intentaba echar al correo tan pronto como llegase a tierra.

Al cerrar cuidadosamente la puerta del camarote, antes de encender la luz que, como oficial, se le autorizaba y que estaba tapada de tal manera que no podía percibirse ni el menor resplandor por cualquier submarino que anduviese buscando caza, su imaginación estaba llena de la magia de las estrellas, del mar, y decidida con... la resolución de probarse a sí mismo digno, con el tiempo, de la confianza que en él se había depositado;

de demostrar a Mr. Champion, si alguna vez podía volver a encontrar a aquel caballero, que no era un discípulo totalmente indigno.

Pero no estaba preparado para la emoción que experimentó, al separarse de la puerta. Sentado tranquilamente en una silla del camarote, como si su presencia fuese la cosa más natural del mundo, estaba el hombre en quien Jimmie acababa de pensar: Mr. Champion.

Jimmie, dominado por la sorpresa, murmuró "¡Ho... ho... hombre!", y alargó la mano a su inesperado visitante. Más allá de esa exclamación, no fue capaz de pensar en otra palabra que decir en aquel momento; tan completamente sorprendido estaba. Pero Mr. Champion no correspondió al movimiento de la mano, indicando simplemente a Jimmie,

[95]
con una sonrisa, que se sentase en el borde de la litera.

- No estoy aquí en mi cuerpo físico; así que no puedo darle la mano; pero me place mucho que pueda usted verme tan sencillamente. He venido para llevarlo a usted a una pequeña excursión, si no tiene usted miedo de aventurarse, y como disponemos de poco tiempo, si quiere usted acostarse en la litera y dormirse, partiremos para nuestro viaje.

Jimmie hubiese hecho algunas preguntas, o expresado alguna duda, si Mr. Champion no hubiese usado la expresión "si no tiene usted miedo"; pero después de esa manifestación, pensó que un oficial del ejército americano no podía echarse atrás. Así que, tranquilamente, apagó la luz, se dispuso cómodamente en la litera, y en lo que le pareció no haber transcurrido tiempo alguno, se encontró de pie en el suelo, mirando su cuerpo acostado, y todo el camarote, tan claramente visible como si hubiese sido de día, y Mr. Champion, que ya no evitaba el contacto físico, a su lado, con una mano sobre el hombro de Jimmie.

- Esta es la primera salida consciente, del cuerpo, que hace usted, y no debe temer que no volvamos a encontrar el barco o que pueda ocurrir algo mientras estamos fuera. Déme la mano y confíe en mí implícitamente, y vea usted lo que vea, no abrigue el menor terror. Venga.

Salieron derechamente por el muro del barco, y se detuvieron un momento sobre los mástiles, mirándolo, porque ofrecía una hermosa vista, según avanzaba por las ligeras olas, perfectamente visible para su vista etérea.

[96]

A pesar de las seguridades que Mr. Champion le había dado, Jimmie tenía miedo. Allá quedaba su cuerpo tumbado en la litera, bastante seguro quizás, pero yendo por un lado mientras él iba por otro. El tiempo estaba bueno, pero no era el tiempo lo que obligaba al barco a ir a toda marcha y sin luces. Supongamos que un sub... se sostuvo. A menudo había subido Jimmie sobre cubierta y nunca lo había hecho sin terror, pero nadie que le hubiese observado hubiera conocido jamás que el teniente Westman tuviese miedo. Jimmie tenía el verdadero valor para cumplir con su deber, tuviese o no tuviese miedo, para obrar exactamente como si no supiese qué era el miedo, y había oído a muchos hombres valientes, admitir el miedo, para estar avergonzado de tenerlo. Pero hubiese sentido vergüenza de demostrar que tenía miedo, y nunca lo había hecho. Resolvió que el caso actual nunca le arrancaría una expresión del terror que realmente sentía, y, por tanto, separó la vista del barco y miró de lleno a la cara de su guía, con la sonrisa del que está dispuesto a todo lo que pudiese ocurrir.

[97]

CAPÍTULO VII

AYUDANDO A UN SOLDADO MUERTO A CONSOLAR A SU MADRE

Mr. Campion se volvió sonriendo hacia Jimmie:

- Veo -dijo- que no ha olvidado usted el deslice; así que podemos emprender nuestro viaje.

Empezaron inmediatamente a marchar con tremenda rapidez, cogido Jimmie de la mano de Mr. Campion, y notando, según iban avanzando, que parecía haber mucha gente, que iba, como ellos, por el aire; detalle que no había notado en su primera visita a la Tierra de los muertos que viven. Iban en todas direcciones, unos rápidamente, otros despacio, algunos avanzando apenas y dormidos, aparentemente. Su propia progresión era tan rápida, que se limitó a formular una nota mental del caso, y esperaba tener ocasión de preguntarlo, después, a Mr. Campion.

En menos tiempo del necesario para decirlo, se encontraron en la línea de fuego, en Francia, y se detuvieron frente a un pequeño escondrijo, en cuyo interior había varios hombres hablando. En uno de ellos reconoció Jimmie al soldado con quien se había encontrado en el local de la "Y". De su conversación, dedujo que esperaban tomar parte en un movimiento, que estaban seguros había de

[98]

verificarse dentro de unos o dos días, y estaban discutiendo las condiciones de ultratumba, si es que existía. Pero estaban hablando de una manera muy particular... parecían que trataban de ocultar, bajo un disfraz de laconismo, su verdadera ansia de información.

Uno decía:

- Yo no creo que todo termine en la muerte, pero me parece que no hemos recibido una noción exacta acerca de ese fin. Recuerdo un antiguo himno, que oí una vez en una ceremonia. No me acuerdo exactamente, pero era algo por el estilo:

"En un momento estará aquí mi alma;
al siguiente, más allá de las estrellas."

Es seguro que algunas van, ¿no es eso?

- San Pedro no sería capaz de disparar una pregunta, a un sujeto que marchase a esa velocidad.

- Además, el sujeto iría tan de prisa que rebasaría el cielo y se encontraría al otro lado, antes de haber podido detenerse.

- Lo cual constituiría una desgracia, ¿no es así? Pero me figuro que el hombre que escribió ese canto, no sabía una palabra del asunto. No creo que la gente se transforme así, cuando muere. Fijaos en Elim Johnson. Ese chico es tan tardo, que no le es posible salir de su marchita, ¿y creéis que se transformaría en un cohete, si lo matasen? ¡No, señor! Nunca podría alcanzar semejante velocidad. Se tardaría una semana en encontrarlo. Tengo para mí que cuando uno se muere, se queda como encantado, y después se larga escapado.

- ¿A dónde?

- No lo sé. Probablemente, dondequiera que los llamen. A algunos les gustará ir, al cielo a tocar el

[99]

arpa, y a otros no. En cuanto a mí, nunca he tocado el arpa y no sé cantar; así, que no haría más que vagar un poco, para ver cómo marchan las cosas.

- Quizá no pudiese usted. Supóngase que estaba usted destinado para cierto sitio, y que un sujeto corpulento fuese tras de usted empujándole, con una horquilla, para que no se detuviese.

-

- Nada de eso. No creo en semejantes cosas. No creo, en absoluto, en el demonio. He oído, a los ingleses, decir cosas que han visto por la noche, cuando principió la guerra, y eran completamente distintas de eso.

- El soldado preguntón, con quien Jimmie había hablado, se interpuso entonces

- Yo creo que un teniente, con quien estuve hablando hace pocas semanas, estaba en lo cierto. Dijo que habíamos vivido antes y que volveríamos a vivir; y que después de muertos seguimos siendo la misma clase hombres que éramos antes. Entonces me pareció una tontería; pero cuanto más lo pienso, más creo que tenía razón.

Aquí Mr. Campion se llevó a Jimmie.

- Tenemos tan poco tiempo - dijo -, que es preciso lo aprovechemos bien. Ya ve usted que la semilla que sembró, y que creía usted perdida, ha brotado y ha hecho que ese hombre medite. Más adelante, si se pone en contacto con el saber oculto, ya no será una novedad para él y estará dispuesto a pensarlo.

Habían estado avanzando rápidamente, según hablaba, y apenas había concluido, cuando se encontraron en una habitación donde una pareja de adultos, evidentemente matrimonio, estaban sentados. Era más de medianoche. Si hubiese sido

[100]

preciso, un pliego oficial encima de la mesa hubiera contado la historia; pero no lo era. Se oía llorar a la mujer; el hombre permanecía en silencio, aun cuando las lágrimas rodaban por sus mejillas. De pie, a un lado, estaba un soldado con uniforme, con una serie de agujeros en el pecho, donde una ametralladora había, evidentemente, hecho su obra. Se estremecía y se agachaba cuando la mujer lloraba, extendía los brazos y la llamaba "madre", pero ella no lo oía.

Mr. Campion se aproximó al soldado.

- Amigo - dijo, y Jimmie observó que nunca había oído una voz tan bondadosa.

El soldado se volvió hacia él.

- No consigo que me oiga. No consigo que me oiga. ¡Si pudiese hacerle saber nada más que estoy vivo y no... no... sufro! ¡Cree que estoy muerto! Pero no lo estoy. ¡Estoy tan vivo como siempre, pero no consigo que me oiga!

- ¡Amigo!

Otra vez aquella dulce voz parecía cambiar las tensas vibraciones de la habitación.

- Usted no está muerto, en verdad, pero ha dejado usted aparte su cuerpo, y yo puedo ayudarle. Oígame y haga exactamente lo que le digo;

Piense que está usted con un uniforme limpio, nuevo, que está sin heridas y contento, y trate de imprimir ese pensamiento en la mente de su madre.

Lentamente, según Jimmie estaba mirando, el uniforme destrozado, sucio, se volvió limpio y nuevo; las heridas de las balas desaparecieron; la cara del hombre perdió las líneas de dolor que la surcaban. Se miró a sí mismo y no pudo contener un movimiento de sorpresa.

[101]

- Ahora - dijo Mr. Campion - piense usted siempre en sí mismo, tan limpio, descansado y contento, y siga diciendo a su madre: " ¡te quiero, te quiero!", y dentro de un rato, cuando vaya a acostarse, podrá usted hablar con ella; porque entonces dejará su cuerpo, durante un buen espacio. Entonces trate de infundirle que está usted vivo y bien y que la quiere usted. El amor es la mayor fuerza de todo el mundo, y con el tiempo, aliviará usted la pena que ella siente; por la noche, cuando duerma, puede usted estar con ella y hablarle. El soldado no hizo más que dirigirle una mirada; pero en aquella mirada estaban expresados una gratitud y un respeto, que las palabras serían incapaces de decir. Empezó a seguir sus indicaciones.

Jimmie y Mr. Campion se retiraron a un rincón, mientras el soldado, esforzándose por sonreír, estaba repitiendo la fórmula, inclinándose hacia la mujer que estaba sentada, sollozando.

Gradualmente desaparecieron los sollozos, y una mirada de paz apareció en su cara.

- Enrique - dijo a su marido -, no temamos por él; lo siento. Está vivo y bien.

De nuevo volvió Mr. Campion a coger a Jimmie de la mano y empezaron a marchar. Esta vez era volviendo al barco, y Jimmie se encontró pronto situado encima del buque, a cuyo bordo, en un pequeño camarote, estaba su propio cuerpo, durmiendo tranquilamente.

La luna se había puesto y, para la vista física, la superficie del océano hubiese estado oscura; pero los que viajan por la Tierra de los muertos que viven, no necesitan del sol durante el día, ni son molestados por la oscuridad de la noche.

[102]

Las leyes naturales rigen por todo el cosmos, lo cual equivale a decir que Dios gobierna en todas partes. Pero la acción de ciertas leyes naturales, difiere en diferentes mundos, y los que se encuentran repentinamente proyectados a regiones de seres más elevados, están propicios a encontrarse muy sorprendidos por las cosas que ven y oyen.

Jimmie contempló la hermosa vista que se extendía por debajo de él, donde el gran vapor marchaba adelante por el tranquilo océano, rodeado por el interminable abrazo de las aguas, siempre en movimiento, que corren, rizándose de horizonte a horizonte, sin ninguna mirada humana que vigile la lenta dignidad de las grandes olas; que se levantan como poderosos gigantes, sobre el espumoso encaje, al romper aquéllas.

- Jimmie - dijo su compañero, cuando se detuvieron en el aire -, un día quizá lo lleve a usted a un verdadero viaje por el espacio y el tiempo, y le enseñe a usted la antigua Atlántida y las cosas que sucedieron, mucho antes de que la historia tuviese sus comienzos. Leemos novelas de fantasía y ficción, pero le aseguro que ni la fantasía ni la ficción rivalizarán jamás con algunas de las maravillosas cosas que ocurrieron en aquella extraña y antigua tierra, que estas mismas olas han bañado. Ahora, vamos a su camarote.

Se dirigieron lentamente hacia abajo y entraron en el camarote, donde Jimmie se quedó mirando su cuerpo, que respiraba tranquilamente, en su sueño.

- ¡¡Qué raro es eso!

- ¿Qué? - preguntó Mr. Campion.

- Hombre, ¡es raro que continúe así! Ahí está, respirando tan regularmente como un mecanismo,

[103]

y aquí estoy yo, fuera y separado del cuerpo, pudiéramos decir, y sin embargo, sigue funcionando tan regularmente como siempre.

- Su vista en ese estado puede ayudar a usted a comprender que el cuerpo no es más que una herramienta para el uso del "ego", que está ahora delante de él. Más adelante llegará usted a comprender que ese "ego", que ahora está aquí, no es más que la herramienta de otro "ego", todavía más elevado.

- Se me ocurre - dijo Jimmie pensativamente -, si yo me hubiese enterado, si el barco hubiese sido torpedeado y mi cuerpo ahogado, mientras yo estaba fuera de él.

- Seguramente se hubiera enterado usted, si eso hubiese ocurrido; pero porque yo sabía que no ocurriría, lo vine a buscar. Más adelante, le enseñaré a dejar el cuerpo cuando quiera.

- ¿No lo he dejado esta noche?

- No. No como yo quiero decir, cuando hablo de dejar el cuerpo. Todos dejan el cuerpo durante el sueño. Usted dejó el suyo después de quedarse dormido, y entonces le desperté a usted, pero usted no dejó el cuerpo conscientemente. Si lo hubiese usted dejado así, habría usted visto al Residente del Umbral.

- ¿Qué es eso?

- La suma de sus vidas pasadas. Pero hay alguna otra cosa de que quiero hablarle ahora, en vez del Residente, y es esto: ¿qué es lo que notó usted de particular, respecto del soldado que estaba tratando de hacerse oír de su madre?

- Hombre... la verdad... no lo sé. Veamos lo había matado una ametralladora, ¿era eso?

[104]

- No. Quiero decir, ¿qué lección puede usted deducir de él? Cada vez que sea usted llevado a la Tierra de los muertos que viven, no es para satisfacer su afición a las aventuras, sino para enseñarle una lección. Siempre que, en lo futuro, esté usted en condiciones de "viajar", sólo debe usted tener cuidado de la enseñanza que puede obtener. Le señalé al soldado preguntón con un propósito, y lo he llevado a usted al otro sitio, también con un propósito.

Después de esto, tendrá usted que buscar las lecciones por sí mismo, porque una gran parte del bien que producen, se deriva del trabajo que proporcionan y del pensamiento y concentración empleados en buscarlas. Pero esta vez, para mostrar a usted lo que quiero decir y para ponerle a usted en el buen camino, le ayudaré.

Usted ha de aprender a buscar las grandes cositas, no las pequeñas "cosazas". Ha realizado usted una maravillosa excursión, que los reyes podrían envidiarle; como las que usted ha leído en los cuentos árabes de las Mil y una noches; una cosa de las de mayor espectáculo, si hubiese habido alguien para contemplarla; pero esa excursión no tenía importancia, comparada con un gran número de cositas que, aparentemente, no ha notado usted.

Las cosas que usted ha de buscar, son las que encierran grandes verdades; cosas que son verdaderas para todos y cada uno. La excursión fue grande, a su manera, pero fue grande para usted solo. Si usted fuese por el mundo contando a la gente esa maravillosa excursión, no le creerían a usted; y aun cuando le creyeran, ¿qué habría conseguido

[105]

usted? Desde el punto de vista del espíritu evolucionante, no habría conseguido nada.

Pero fíjese en una de las cositas que usted notó, pero que no le impresionaron, porque usted no le concedió importancia: el hecho trivial de que el soldado se estremecía cuando su madre lloraba; considere usted ese hecho y pregúntese: ¿por qué se comporta él como si alguien le hubiese pegado con un látigo? ¿No era perfectamente natural que ella llorase? Si en vez de eso, hubiese reído o sonreído siquiera, ¿no hubiese tenido él perfecto derecho a resentirse, a sentir como si ella se hubiese alegrado de verse libre de él? Bueno; la clave está en esto: él sabía, a causa de ser más sensible a los pensamientos de ella qué cuando estaba en su cuerpo físico, que ella tenía un terror subconsciente de que la muerte fuera el fin de todo, y que una vez muerto, lo perdiera para siempre. Eso es lo que le causaba tal pena. Por eso se estremecía y temblaba. Él estaba vivo y sabía que lo estaba. Estaba en otro plano de existencia, cierto, pero estaba vivo y no muerto. Si hubiese podido decírselo así, mostrarse a ella, nada más que un momento, como ser viviente, ella habría perdido la intensidad de su dolor, la muerte habría sido despojada de la mitad de su repugnancia; no, de más de la mitad, de nueve décimas partes. Es ésa la lección, ¿qué deduce usted de ella?

Jimmie vaciló, mirando a su cuerpo dormido en la litera. No estaba seguro de cuál era la lección. El Hermano Mayor no le dejó pensar mucho tiempo, sin embargo, porque empezó de nuevo.

- Averiguar en qué consistía la lección, es fácil si usted procede metódicamente. Saque usted de la

[106]

situación las verdades permanentes, universales. Tiene usted un hijo muerto, una madre que sabe que lo han matado; la madre que demuestra un pesar perfectamente natural; tiene usted (puesto que usted podía ver a ambos lados del velo) el pesar natural de la madre que produce al hijo (invisible para ella), una aguda pena. Estas cosas son universales, como lo es la muerte; porque en el problema que estamos considerando, el modo de morir del hijo no es del caso. Tenemos, también, el hecho de que las lamentaciones por los muertos, les producen pena y distraen su atención de las nuevas condiciones que les rodean, y les detienen en su evolución. También, puesto que la intensidad peculiar de estas lamentaciones es causada por la creencia o el terror de los vivos, de que la muerte es el fin de todo; tiene usted un sufrimiento completamente innecesario, derivado de la ignorancia, que perjudica a la vez a muertos y a vivos. ¿Se va poniendo el caso más claro?

- Sí, en un sentido. Puedo ver cómo la pena perturba a los muertos y cómo los vivos sufren mucho más de lo que debieran, debido a su ignorancia. ¿Es ésa la lección?

- Parcialmente, pero sólo parcialmente. Por otra parte, el sufrimiento es mucho más agudo que en este lado, porque no hay que temerlo por la carne; así que el muerto sufre mucho más de lo necesario. Además, los que quedan, sufren mucha e innecesaria pena, porque no saben que la muerte no es el fin. Pero hay un lado positivo. No solamente sufren innecesariamente, sino que pierden mucha de la alegría que podrían tener, si conociesen los hechos reales del caso. La madre que llora a su hijito, si

[107]

pudiese verlo en la excelente bendición del mundo celeste, podría seguir sufriendo, pero la pena sería por ello, no por el niño. La muerte en muchos casos es un ascenso, no una pérdida; un beneficio, una recompensa, algo por lo que debemos estar agradecidos.

Debemos desechar la idea antigua, que todavía se aferra tan persistentemente, de que la muerte significa la cesación de la actividad física.

Pero hay una consideración ulterior. En la muerte corriente, no como resultado de un accidente o de batalla, el alma revisa los sucesos de la vida pasada, y esta revisión es lo que forma la base real de nuestro progreso en la evolución. Se lo expliqué a usted antes, cuando tuvimos aquella larga conversación en la calle de la Equis. Usted recuerda que la memoria subconsciente, que es propiedad del cuerpo vital, queda impresa en el cuerpo de los deseos mientras el alma revisa la vida pasada. Esa impresión forma la base para la vida del purgatorio y también de los cielos. Cuando se distrae la atención del alma que está pasando, como ocurre con las lamentaciones de los que quedan atrás, la impresión no se fija en el cuerpo de los deseos, y de aquí que la vida del purgatorio y la del cielo resulten ambas deficientes hasta cierto punto, y precisamente hasta ese punto se desperdicia la vida pasada del hombre. Ha visto usted cómo los muertos son afectados por la pena de los vivos; no la pena tranquila de la ausencia, sino la explosión emocional de la desesperación. Esta es una lección a propósito para usted. En lo futuro, dondequiera que su vida de servicios le coloque, haga cuanto esté en su mano para explicar estos hechos a la gente, para que, con el tiempo, cese esta terrible injusticia para con los

[108]

muestrados. En todo cuanto usted pueda hacer esto, ayudará usted en la evolución y acercará el gran Día de la Liberación.

- ¿Cuál era la otra lección de que usted hablaba?

- Le he explicado a usted una; la otra, creo que le recordará mejor si trata de explicársela usted mismo.

- Pero es que yo no comprendo cómo queda impresa la memoria subconsciente. ¿Usted dice que forma la base, para la vida del purgatorio, y que, de conformidad con la intensidad de la vida en el purgatorio, así es la extensión de nuestra conquista sobre nuestros pecados?

- Así es, exactamente.

- Y, sin embargo, en las muertes que he observado, de este lado de la línea, no ha habido revisión de la vida pasada. El caso del sargento Strew, por ejemplo. Cuando lo mataron, no hizo más que salir de su cuerpo y estarse allí. No hubo lamentación, pero no se paró a pensar en su vida pasada. Y ¿cómo es eso?

- Porque no era la manera normal de morir. La naturaleza tiene el plan de que a la muerte siga una revisión de las actividades pasadas y de los errores, y un purgatorio y un cielo, basados en esa revisión. Ese es el esquema de la evolución, normalmente; pero el hombre, con su divina prerrogativa del libre albedrío y elección, a menudo trastorna los planes de la naturaleza; temporalmente, por supuesto. Normalmente, el hombre no debe morir por la violencia ni por accidente. La muerte en el campo de batalla, o la muerte en un accidente que saca repentinamente el Yo de un cuerpo joven y vigoroso, no es el

método

[109]

normal proyectado para la raza. Estorba la revisión. La muerte por un incendio, como a veces ocurre a la gente, en una casa o en un accidente de ferrocarril, puede aterrorizar y excitar el alma hasta tal punto, que mucho tiempo después de haberse cortado el cordón plateado y mucho después de que la revisión se ha hecho imposible, el alma esté todavía

reaccionando desesperadamente ante la escena de su violenta separación del cuerpo vital.

En el caso de los que mueren conmocionados por una explosión, la revisión es generalmente imposible. En el caso del sargento Strew, fue separado del cuerpo instantáneamente y no se dio cuenta del hecho; pero aun cuando se hubiese enterado, la violencia de las vibraciones en aquel momento, hubiesen impedido la revisión, aun no interviniendo parientes. Pero usted recordará, que él le vio a usted en seguida y, apenas había terminado de saludar a usted, cuando se encolerizó porque los soldados andaban con su cuerpo. Sin embargo; aun cuando usted no hubiese estado allí, no habría tenido revisión, a causa de lo repentino de la muerte accidental; como también, por las muy desdichadas vibraciones que generalmente dominan en toda la línea de fuego, y otras varias razones, en las que ahora no quiero entrar, contribuyeron a ese resultado; pero usted ve que la muerte por accidente o violencia o en batalla, es desgraciada, ya que altera los procesos normales de la naturaleza. La naturaleza es, sin embargo, demasiado poderosa para que se la mistifique. Los procedimientos de la naturaleza pueden ser alterados y apartados de la normalidad, pero, a la larga, no pueden ser violados. La naturaleza emplea incluso las anomalías

[110]

para llenar sus fines; así que cuando se totalizan sus actos, puede verse que lo que parecía ser una vida desperdiciada, no era, realmente, desperdiciada, sino que todos sus componentes habían sido utilizados. Así, en el gran universo de nuestro Padre, encontramos la más maravillosa evidencia de sabiduría, por todas partes; sabiduría sin límites, sabiduría cuya elevación no podemos alcanzar y cuyas profundidades no podemos medir.

Jimmie estaba mirando a su amigo mientras hablaba, y tuvo una visión nueva para él, en sus experiencias de esta maravillosa tierra. Vio el alma corporal de un Maestro, que estaba embebida en adoración hacia la Divina Sabiduría, y en amor hacia el Divino Creador.

Esta visión era hermosa por encima de cualquier descripción. El reducido camarote resplandecía con la gloria que lo llenaba con destellos de intensa luz de múltiples tonos, desde el blanco puro hasta el violeta. En el centro de esta imponente radiación estaba el etéreo cuerpo del hombre con la cabeza inclinada como si rezase.

Como no estaba preparado para semejante visión, Jimmie retrocedió hasta la pared, y poco hubiese necesitado para postrarse de rodillas, si no hubiese recordado las palabras pronunciadas por el ángel, en circunstancias semejantes: "Mira que no lo hagas." Así que no hizo adoración, pero estuvo lleno de terror y asombro hasta que la gloria empezó a disiparse, y su propio amigo, recobró una vez más la forma familiar, mirándole con la mano extendida, diciendo:

- Perdóneme, amigo mío. He estado un momento, sin pensar más que en el Padre y en su Divino

[111]

amor, su maravillosa tolerancia hacia todos nosotros, y la sabiduría con que hace que le sirvan, incluso nuestros fracasos y nuestras debilidades. Y ahora tengo que dejarle a usted. Siga usted con los ejercicios que le di. Busque la otra lección, y en tanto que va usted recorriendo la senda, que la bendición del Padre sea con usted.

Lentamente se fue volviendo confuso y oscuro el camarote, y perceptible el movimiento del barco; Jimmie notó los bordes de la litera y la suavidad de las mantas, y, extendiendo la mano, percibió la dureza del muro. Estaba despierto.

[112]

CAPITULO VIII ESTUDIO SOBRE AURAS

Jimmie no durmió más aquella noche. Estuvo despierto meditando acerca de cuanto había ocurrido, adquiriendo gradualmente el convencimiento de que la lección más importante no se le había explicado, sino que se le había dejado para que la aprendiese por sí mismo.

Empezó a razonar el caso. ¿Por qué se le había elegido y enseñado tantas cosas maravillosas? No era para satisfacer su curiosidad; eso era seguro. No era para que aquí y allí fuese encontrado alguien a quien llevar un poco de consuelo por la pérdida de los seres queridos, aunque sin duda alguna era éste uno de los menores propósitos. ¿Cuál podía ser la gran idea que estuviese tras de aquello?

No era que pudiese curar a los enfermos, aun cuando Mr. Campion le había dicho mucho acerca de la curación de enfermedades físicas por el cuerpo vital. No era para que pudiese contar sus aventuras en la Tierra de los muertos que viven, porque se le había advertido especialmente que no debía hacerlo, toda vez que los experimentos espirituales no admiten repetición, y además, se le había dicho que la gente no los creería.

Recordaba que el más grande Sanador que jamás

[113]

haya existido, hasta donde Jimmie podía recordar, nunca se había separado de su camino para curar. Había curado a muchos, es cierto; pero solamente, por decirlo así, incidentalmente, curando solamente a los que habían acudido a él y cuyas peticiones habían sido más o menos insistentes. Entonces, ¿qué había de hacer? ¿Para qué gran propósito se le había instruido?

El curar no era la gran razón, como tampoco consolar a los afligidos. Educar su propia persona como fin, no había que pensarlo... porque eso hubiese envuelto un elemento de egoísmo. Había de ser algo que él tuviese que transmitir a otros... eso era mucho más claro, y empezó a razonar por analogía.

Supongamos, pensó, que fuese hombre rico; ¿qué podría hacer con su dinero para realizar lo más posible? Por de pronto podría dar dinero a los necesitados. No siempre es prudente. Es expuesto a producir más daños que bienes.

Podría levantar fábricas y dividir los beneficios con sus obreros. Eso sería mejor. Eso sería ayudar a otros a ayudarse a sí mismos. Cuando Cristo vino a la tierra realizó muchos milagros, y el poder capaz de multiplicar unos pocos panes y peces hasta satisfacer a miles, hubiese podido, sin duda, cambiar las piedras en oro. Por qué, entonces, Cristo no abolió la pobreza, dando oro a todos los pobres que encontró Cristo, razonaba Jimmie, miraba el asunto desde el punto de vista del gran Espíritu de Dios que era. Sabía que aquella gente eran espíritus en evolución, cuyo progreso, desde el dolor y la desdicha de las capas inferiores a la gran alegría y felicidad

[114]

y esplendor de los elevados grados, dependía solamente del progreso espiritual y de ningún modo de la acumulación de dinero o de propiedades. Sabía que el progreso es, con mayor frecuencia, retardado por las posesiones que, estando a mano y siendo prominentes, le parecen a su dueño ser lo que la vida tiene de mejor para ofrecer. Por

eso les daba lo que era más valioso... ayuda, ánimo, y enseñanza en la conducta que, siendo observada, les procuraría la única real y permanente recompensa. En otras palabras, Cristo ayudaba a sus adeptos a ayudarse por el camino de la perfección espiritual. Esta vida, comprendía Jimmie, considerada en conjunto, desde la primera diferenciación del espíritu individual dentro del gran ser de Dios, antes de emprender su larga peregrinación, hasta el día final de su liberación, cuando el aspirante puede pronunciar las gloriosas palabras "Todo ha concluido", es como una escuela, y en ella aprendemos nuestras lecciones. La misma ley rige en los días de nuestros trabajos escolares, y es que nadie puede aprender las lecciones por nosotros. Un maestro no puede hacer más que ayudar y animar, guiar y enseñar el camino. La adquisición del conocimiento ha de ser producto de nuestro trabajo.

Al niño, en la escuela, se le puede obligar a estudiar, por terror al castigo, es cierto; las preguntas y los exámenes pueden revelarnos hasta dónde ha llegado su aplicación. Pero el castigo, o su terror, no realice nada, a excepción de estimular una mentalidad descuidada o perezosa. El saber adquirido es resultado de los esfuerzos del propio muchacho, con independencia del incentivo que los haya motivado.

[115]

Así, continuando la analogía, el progreso espiritual; para la mayoría de la humanidad, es el resultado del trabajo de su propio espíritu, puesto que ignoran en absoluto que están en la escuela, que desconocen la ley del desarrollo espiritual y, por tanto, libres de incentivo.

La educación del chico que estudia sólo bajo la amenaza del castigo, es de muy pobre calidad, comparada con la obtenida por el que sabe que está recibiendo una instrucción que le ayudará a salir adelante en el mundo, y, por consiguiente, se esfuerza en estudiar y ayuda al maestro. Pero esta educación, aunque sobrepasa en mucho a la primera, hace un triste papel cuando se la compara con la obtenida por el chico que tiene verdadero afán por saber, y que no necesita ni el estímulo del terror, ni el acicate del propio interés, para seguir adelante. Lo mismo ocurre con el desarrollo espiritual. Primero es perturbado por el terror... terror de la muerte, de la eternidad, y todos los otros temores que pesan sobre la humanidad.

Esta fase del desarrollo espiritual es excesivamente lenta, y vida tras vida muestran muy poco adelanto. Cuando el interés propio es el elemento, el progreso es algo más rápido. Sin embargo, el progreso avanza más pronto, solamente cuando se olvida el egoísmo y el hombre trabaja nada más que por amor. Entonces ha alcanzado el punto descrito en la parábola del hijo pródigo que, estando todavía muy lejos, fue visto por el Padre que salió a, su encuentro.

Ahora bien, ¿cómo había de ayudar a los demás a ayudarse a sí mismos? El adelanto espiritual

[116]

puede obtenerse como la educación, solamente por el esfuerzo del propio espíritu. Pero la realización, cuando sólo se hace bajo el acicate de la ley de compensación, cuando el resultado no se incorpora al espíritu hasta después de la muerte, es muy lenta.

El niño en la escuela, aun sin querer aprender, puede ver y entender la geografía o el libro de lectura cuyas listas de nombres ha de aprender de memoria. El espíritu que aprende bajo la influencia del látigo de las grandes Leyes Gemelas, no comprende sino que aprende ciegamente.

El conocimiento de las leyes de Renacimiento y Consecuencia sería de gran ayuda para muchos. Les enseñaría a dónde iban y por qué lo hacían, y, en un gran número de casos, aceleraría prodigiosamente el progreso espiritual.

Jimmie comprendía que ésta no era la verdadera respuesta para su problema, pero al propio tiempo se imaginaba que era un paso hacia esa respuesta, y estaba seguro de que si hacía lo mejor que pudiese, para extender el conocimiento que había adquirido - no los detalles de sus aventuras, sino el gran hecho de que una tremenda y maravillosa vida espiritual va constantemente con nosotros, y que al morir no hacemos más que salir de nuestra física envoltura para una gloriosa libertad -, si podía hacer cuanto estuviese a su alcance, para difundir este conocimiento y el de las dos grandes Leyes Gemelas, acabaría por obtener la verdadera respuesta.

[117]

En el campo de instrucción a que Jimmie fue agregado, se sumió pronto en su trabajo. No era, sin embargo, trabajo penoso, porque sus superiores tenían presente su estado físico, y procuraron darle los trabajos más fáciles posibles. En realidad, había tenido una semana entera sin nada que hacer, después de su desembarco, y la dedicó a conocer la ciudad en cuyas inmediaciones estaba situado el campamento. Había pensado en visitar su casa, pero el permiso concedido no era bastante largo y no pudo conseguir que se lo ampliaran.

Paseando por esta ciudad desconocida, se divertía y practicaba la facultad adquirida recientemente, observando las auras de la gente que encontraba, no de las personas cuyo conocimiento hacía, porque Mr. Campion había sido muy exigente en el punto especial de que estaba prohibido a todo estudiante de ocultismo, investigar los colores áuricos de toda persona conocida. Semejante investigación sólo podía referirse a desconocidos y aquellos con los que no hubiese probabilidad de trabar conocimiento.

No hacía mucho que había llegado a poder ver el aura, y al principio no se había dado cuenta de lo que era, pues había supuesto que él estaba afectado de alguna manera por la conmoción de explosión. Cuando tuvo el primer vislumbre de los colores, ligeramente cambiantes, que van y vienen alrededor de la cabeza de su enfermera, cuando recobró el conocimiento por primera vez; pero como quiera que sea, esas impresiones eran demasiado vagas. Cuando volvió a ver ahora la verdadera aura, después que el primer resplandor de vida tras del veto hubo desaparecido, no la reconoció.

Lo había visto por primera vez en las trincheras.

[118]

Cierto número de hombres nuevos había sido asignado a su compañía, cuando volvió al frente, y había estado observando a uno de esos hombres, cuando un bien dirigido proyectil, de pequeño calibre, había silbado por encima del parapeto y muy cerca de donde este hombre estaba. El hombre no se movió ni un ápice, ni dejó escapar la más pequeña exclamación, sino que se quedó tan tranquilo, como si hubiese sido un veterano de veinte años de vida en trincheras. Pero para Jimmie, que lo estaba observando, le pareció que de repente estaba envuelto en una nube gris, como de niebla. Esta estaba modificada por un pronunciado escarlata alrededor de la cabeza, que probaba que el hombre tenía miedo, pero que era el miedo de un hombre valiente, porque estaba disgustado también de sí mismo, por tener miedo. Mostraba también, que aun cuando el hombre tenía miedo estaba, sin embargo, en perfecta posesión de sí mismo y no lo dejaría ver; de esa manera probaba a Jimmie que era uno de los más valientes entre los

valientes.

El primer vislumbre que Jimmie tuvo del aura no fue muy claro. Le produjo la impresión de que sus ojos se habían empañado de pronto por un poco de humedad que, creía, podía explicar la neblina gris; pero la existencia del escarlata le asombraba. Durante varios días no volvió a presentarse la visión, pero después se había ido haciendo cada vez más frecuente, especialmente después de haberla reconocido por lo que era y haber empezado a practicar su uso. Más tarde todavía, vio que podía mirar a los hombres y conocer si tenían miedo o no, si estaban o no disgustados, y hasta qué grado.

Y todavía, después, había empezado a conocer

[119]

la diferencia entre el aura y el cuerpo vital, que al principio no había acertado a distinguir, y sólo sabía que el aura era mucho más extensa que el cuerpo vital.

Durante su viaje había ejercitado su naciente facultad, sobre los individuos de la tripulación y aquellos con quienes estaba seguro de no trabar nunca amistad. Esto no le había satisfecho, sin embargo, porque los individuos de la tripulación no presentaban mucha variedad en la coloración áurica, y los colores que tenían eran generalmente de una variedad fangosa y confusa. Ni siquiera cuando sostenían ligeras querellas entre sí, ofrecían nunca el escarlata puro, sino un rojo fangoso, sucio, muy mezclado con otros colores.

Aquí en la ciudad era cosa distinta. Había mucha gente que mostraba solamente los colores no desarrollados, cierto, pero había algunos que él veía por las calles cuyas auras eran hermosas. Visitó una iglesia el primer domingo por la mañana, creyendo que por lo menos allí encontraría los más elevados tonos de colores más raros, pero sufrió un desencanto. El tono más hermoso de azul que vio era el que, inconscientemente, poseía una viejecita, que, sin duda, se hubiese sorprendido mucho, si alguien le hubiese dicho que era más espiritual que el mismo ministro.

A menudo encontraba Jimmie, por la calle, un hombre de negocios, bien vestido, con expresión muy bondadosa y benévola, y, sin embargo, con un aura que denotaba avaricia, envidia, afán de posesión, crueldad, y se preguntaba qué haría semejante hombre en un mundo donde estas cosas fuesen visibles para todos. Si podemos conservar aquí

[120]

nuestro propio respeto, solamente haciendo creer a los demás que somos lo que no somos, aunque posiblemente tratando de ser lo último, entonces, en un mundo en donde el carácter es un libro abierto para todo el que quiera leerlo, ¿qué haremos? Evidentemente está "por encima de nosotros" establecer las bases de un carácter del que no hayamos de avergonzarnos, cuando es visible para todos.

Jimmie hizo nota mental de que la adquisición de esa verdad era una de las cosas que había de tratar de realizar. Quizá fuese parte de su respuesta.

[121]

CAPITULO IX EXPERIMENTOS CON ESPIRITUS DE LA NATURALEZA

La vida de Jimmie, en los primeros meses siguientes, pasó en un estado especial, como si estuviese soñando despierto; vida que resultó muy atareada por las exigencias de su trabajo, y matizada con curioso presentimiento de que pronto había de ocurrir algo; presentimiento de inquietud, de espera, de suspensión. Escribía regularmente a Luisa y recibía contestaciones satisfactorias, al parecer, juzgando por el número de veces que leía y releía cada carta. En su vida "de sueño", que cada vez se iba haciendo más distinta y real, progresaba rápidamente.

Todas las noches soltaba el cable y salía al gran mundo, invisible para nosotros, y cada vez que lo hacía así, salía más profundamente impresionado por la prodigiosa exaltación que la "atmósfera" de ese mundo produce.

Mucho de esto, naturalmente, es imposible de describir, por la sencilla razón de que no es comunicable por el lenguaje, y mucho menos por la palabra impresa. No se me ocurre más que una manera, para que mi idea sea asequible a los que lean esta historia.

¿Habéis tenido alguna vez un sueño

[122]

muy real, en el que os haya ocurrido algún suceso delicioso o alguna aventura? ¿No podéis recordar, de una manera débil a imperfecta, la maravillosa "atmósfera" del encantado país que habéis soñado que visitabais? ¿No recordáis que cuando tratábais de describir vuestro sueño, las palabras eran muy frías e incoloras? ¿No podéis recordar que la cosa principal que tanto os entusiasmaba en vuestro sueño, no era la aventura en sí misma, sino el extraño, maravilloso y encantador efluvio de la misma cosa? El efluvio no es la verdadera palabra; pero, como he dicho, no hay en nuestra lengua palabra a que acudir; mucho menos para describir el extraño sentimiento que uno tiene en aquel hermoso país. Es una sensación que es preciso haber experimentado, para poder comprenderla. No es posible pintarla al que nunca la ha sentido. Un hombre ciego de nacimiento puede escuchar las palabras descriptivas de la belleza del color y esplendor de una puesta de sol; pero para él, esas palabras nada significan. Vosotros habláis de una "orgía de colores", cuando tenéis en la imaginación alguna maravillosa exhibición de coloración de la atmósfera, en el cielo occidental; cuando el sol se hunde en el horizonte. El ciego sabe lo que es una orgía, y tiene una idea académica de lo que es el color; pero de la combinación, que tan clara es para vuestra mente, no tiene ni puede tener concepto alguno.

Así, para aquellos de nosotros que puedan visitar esas gloriosas regiones, su descripción parece fría. Y lo que es peor: los hechos que están basados en la familiarización con esas regiones y sus leyes, parecen locuras.

[123]

Esto no es más que otra comprobación de la afirmación bíblica, que "la sabiduría de Dios es locura para los hombres". Estamos todavía tan dominados por el egoísmo, aun aquellos que más pueden envanecerse de su altruismo, que cuando nos encontramos frente a frente con la verdadera sabiduría, nos quedamos como el hombre de la parábola, "sin palabras".

Jimmie continuó fielmente los ejercicios de la mañana y de la noche, porque había llegado a ver su filosofía, y sentía cada vez más su tremendo efecto. Había abandonado hacía largo tiempo el tabaco y la comida de carne. Estas decisiones suyas eran objeto de inacabable asombro para sus camaradas, los cuales no podían comprender que ninguna persona sana pudiese dejar de comer carne, a no ser, quizá, para combatir el reumatismo; pero la supresión del tabaco sólo podía explicarse con una palabra: "fanatismo".

Le gustaba ir a la iglesia, no sólo por las vibraciones espirituales que allí veía, sino también para practicar la lectura de colores de las distintas auras. El ministro de la iglesia a la que de ordinario iba, se figuraba que sus sermones eran el principal atractivo, e interpretó la asistencia regular de Jimmie como un elogio. Pero Jimmie sabía, como todo ocultista sabe, que las vibraciones sobre toda la tierra, los domingos son distintas y mucho mejores que los días de trabajo. Jimmie, en algunas de sus excursiones, había visitado tierras salvajes y observado los distintos ritos salvajes religiosos, y se encontraba en condiciones de comparar las vibraciones que dominaban en su propio país, en domingo. El tremendo contraste le produjo la impresión de que la

[124]

raza occidental está en vísperas de algo "distinto". El tiempo transcurría en trabajos y ejercicios; en varias actividades sociales, y en su cada vez más absorbente e interesante desarrollo oculto. El terrible desastre ruso empezó a circular cada vez con más detalles, en las noticias del día, y a ocupar los pensamientos y traducirse en palabras de los hombres. Algo de ello podía observar a veces, cuando realizaba excursiones durante las horas de sueño. Pero estaba contrariado en alto grado, por no haber aprendido todavía a dejar su cuerpo conscientemente; y, por eso, no estaba en posesión plena de poder elegir el sitio adonde sus correrías habían de llevarlo. Generalmente, si pensaba intensamente antes de acostarse, podía determinar la localidad de su visita; pero, para lograrlo, era preciso interés en ello, y como en las ocasiones en que visitó el país del anterior zar, no había podido entender una sola palabra de cuanto había oído, ese interés era menos intenso, comparado con el vivo afán de emplear el tiempo en la línea de fuego con sus antiguos camaradas, ayudando de vez en cuando a alguno de ellos a pasar al otro lado de la muerte.

La pregunta que a esta altura se les ocurrirá a muchos, pregunta perfectamente natural, es ésta ¿Por qué no empleaba Jimmie su facultad nuevamente adquirida, en visitar a Luisa, puesto que estaba realmente enamorado de ella y era correspondido?

La razón era doble. En primer lugar, Jimmie descendía de gente distinguida, y su educación había sido tal, que le hubiera sido imposible usar ningún poder oculto, para espiar a su prometida. La otra razón, que hubiese regido si la primera no hubiera

[125]

existido, era la advertencia de mister Campion, fuertemente impresa en él, de que la ley oculta no permite el empleo de sus poderes para ningún motivo de curiosidad.

Cuando alguien desarrolla la habilidad de ver en otros planos, y de viajar por "países extranjeros", ha de tener práctica, y a ese fin se le permite observar las auras y la combinación de colores áuricos, en los desconocidos; se le permite viajar y caminar tierras distantes y observar la gente y sus vidas, pero solamente con fines de estudio y práctica. El abuso del poder espiritual trae su propio, peculiar y terrible castigo. Pero aparte del terror del castigo, hubiese sido completamente extraño y repugnante, para la

naturaleza de Jimmie, haber intentado espiar a su prometida. Jamás le ocurrió la idea, porque era, sobre todo, un caballero.

El procedimiento, de honorable comunicación con ella, que le quedaba, enviando un llamamiento a los planos superiores, había prometido no utilizarlo, puesto que ella estaba ocupada constantemente y le interrumpían el sueño cuando podía conciliarlo, lo que no ocurría a intervalos regulares. Si él la hubiese llamado, habría venido, pero el llamamiento podía ocurrir en un momento que su atención fuese necesaria para alguna operación crítica... podía, posiblemente, haber costado una vida. Así que Jimmie había prometido, y siendo un caballero, guardaba su promesa lealmente. Por eso, su único medio de comunicación era el mismo correo, al que habían de acudir todo el resto de los americanos, que estaban en relaciones.

Pero esa regla no era aplicable al caso de Marjorie. En ese caso estaba él en libertad de llamarla

[126]

cuando iba al otro lado, y al poco rato aparecía Marjorie bailando, llena de alegría y felicidad, y los dos emprendían un largo "deslice", a veces recorriendo la mitad del mundo.

Marjorie fue quien le presentó a los espíritus naturales, entre los que gozaba de gran favor, y Jimmie conoció a los gnomos, los duendes y hasta las hadas. Averiguó que hay muchas más tribus de esos extraños seres, algunos de los cuales evitan al hombre en cuanto pueden, y otros le son francamente hostiles.

Por lo regular, los que encontraba en sus correrías eran atentos, gente tímida, o atentos, aunque no tímidos. Llegó a querer mucho a los duendes en particular, porque siempre podía encontrarlos apartados del camino, en los países extranjeros. Le gustaba hablar y jugar con ellos, y le tomaron cariño, porque son de naturaleza cariñosa, pero desconfiados de los hombres, porque las vibraciones del hombre vulgar son muy bastas y desagradables para un ser de naturaleza sensible.

Las hadas eran más difíciles de conocer, pero con la ayuda de Marjorie trabó amistad con ellas, y luego solían visitarlos, a veces, cuando estaba solo por los bosques.

Esta fase de su vida extrafísica estaba llena de aventuras y era como un largo cuento de hadas; pero lo menciono ahora con el único propósito de demostrar la tremenda dínamo de energía que es la voluntad humana.

Jimmie tenía pocos días de asueto, pero en una ocasión pudo separarse del campamento e internarse en los bosques, a los que podía llegar tras un corto viaje por ferrocarril. Le gustaba ir a los

[127]

bosques, porque allí era donde podía encontrar a sus amiguitos, los cuales, después que averiguaron que era inofensivo para ellos, tenían la costumbre de agruparse a su alrededor, cuando lo encontraban vagando solo, y pasaban juntos alegres ratos.

En uno de estos viajes le ocurrió que no se había internado mucho en los bosques, cuando notó que en las vibraciones del éter pasaba algo anómalo. No oyó llamar a nadie, pero se daba cuenta de que ocurría algo grave, y se propuso averiguarlo. Pocos minutos habían transcurrido desde que había percibido la primera perturbación etérica cuando vio, en un claro del bosque, a uno de sus amigos duendes, defendiéndose contra los ataques de cinco seres muy desagradables. No intentaré describirlos; me limitaré a decir que, aparentemente, eran semihumanos, semianimales. Evidentemente, no eran de la

naturaleza inofensiva de los espíritus naturales, porque el pequeño duende lo estaba pasando bastante mal. No se defendía con ninguna arma, pero hacía movimientos hacia aquellos seres, y al hacerlo así se echaban hacia atrás, como si les hubiese pegado. De pronto, sin embargo, se rehacían y le asediaban, y Jimmie se dio cuenta, aunque éste era el primer caso de esa especie, de que estaba presenciando un combate en el plano etérico.

Al aparecer Jimmie, el duende trató de romper el círculo, pero sin duda alguna fue debilitado en cierto modo, y tres de aquellos seres lo rodearon y le hicieron retroceder. No tocaron al duende, ni el duende los tocó, y sin embargo, había un contacto de lo más eficaz, porque Jimmie podía decir, por los movimientos de su amiguito, que le iba muy

[128]

mal y que todas las apariencias estaban en contra suya. No hubo la menor vacilación en la acción de Jimmie. Nunca había visto nada semejante a una lucha en este plano de vida, pero conocía que ocurría algo, como una disputa, entre fuerzas opuestas. Evidentemente, eso era lo que estaba presenciando ahora y supo el por qué el pequeño duende llevaba la peor parte.

En el otro plano, una disputa es una disputa, no con golpes o lo que pueda corresponder a la fuerza física, sino de la voluntad. Tampoco es enteramente de la voluntad. Por ejemplo, cierto número de espíritus malévolos pueden estar atormentando a otro, y, sin embargo, cuando uno de los "Maestros" acierta a pasar y pone término a la contienda, no lo hace por la fuerza física, ni tampoco por un ejercicio supremo de una voluntad más fuerte, aunque desde luego la posee. Su poder para detener la crueldad es resultado de una voluntad más fuerte, combinada con el hecho de que su posición, más elevada en la escala de los seres, le ha dado un aura, cuyas vibraciones son tan fuertes, que un ser cuyas vibraciones sean menos buenas o positivamente males, no puede soportar la mayor velocidad de vibraciones producidas por la presencia del Maestro. Esto es un caso extremo, desde luego; pero se verifica en todos los planos de la naturaleza donde sean sensibles las vibraciones superiores, y obraría con pleno poder en el plano físico, si no fuese porque las vibraciones superiores aquí están tan atenuadas por la carne, que pierden su fuerza y sólo pueden actuar lentamente. Esto recuerda un verso de un himno que dice: "Donde tú estás presente, no puede haber mal"; y la afirmación

[129]

es cierta en todos los casos en que el bien se pone en contacto con el mal, variando el efecto con el grado de diferencia, entre las intensidades del bueno y del malo.

Ahora bien; los duendes son una raza bondadosa, agradable, pequeñitos, pero son espíritus naturales, y aun cuando inocentes y sensibles en alto grado, su inocencia no es resultado de una lucha positiva y sostenida contra la tentación, sino que más bien es como la inocencia del niño, y en consecuencia, no es origen de poder. En muchos aspectos son muy parecidos a los niñitos, con los afectos de un niño y los cariños y aversiones de un niño, pero con una gran dosis de la incapacidad de defensa del niño contra la agresión.

Así que este duendecito, que estaba luchando tan valientemente en tan terribles condiciones, no tenía la fuerza que hubiese tenido, si hubiera sido producto de una larga evolución del plano físico, de sufrimiento y educación. Era como un niñito sin fuerza, luchando valiente, pero inútilmente, contra una serie de lobos que sólo estaban contenidos por creerlo más fuerte que ellos.

Tal era el estado de las cosas, cuando Jimmie llegó a presenciar la escena. Se le escapó una aguda exclamación, y con pocos pasos se encontró al lado del duende y haciendo frente a los repugnantes elementales que le atacaban. Jimmie no hizo más que mirarlos, extendió el brazo, dijo "Largo", y usó su imaginación y su voluntad para esparcirlos y desagregarlos. Lo miraron de reojo horriblemente y gruñeron a hicieron contorsiones; pero la voluntad humana, producto de larga evolución, era demasiado fuerte para ellos, y simplemente se desvanecieron

[130]

de la vista, como un cuadro que desaparece en la pantalla.

El duende había caído en un montoncito cuando Jimmie intervino en la pelea, pero el poder recuperativo del plano etérico es rápido, y apenas habían desaparecido los elementales, cuando se levantó de un salto y se lanzó a los brazos de Jimmie, sollozando de un modo incoherente por todo lo alto, como un niño; y como su estatura era sólo de dieciocho pulgadas aproximadamente, no es de extrañar que Jimmie tuviese la misma sensación que uno hubiera tenido después de salvar a un niño, de un perro enfurecido.

Esta fue la primera vez que un duende lo tocara, porque son una gente muy arisca. Pero ahora que su amistad estaba probada, este duende, por lo menos, se pegaba a él y acariciaba su mejilla y le atusaba el cabello diciendo continuamente

- Jimmie, amigo mío; Jimmie, amigo mío.

Anduvieron algunos minutos, y como el duende no pesaba nada, por ser una entidad etérica, Jimmie lo sostenía sencillamente, como hubiese sostenido a un niño, y trataba de tranquilizarlo amablemente y ayudarlo a volver de su miedo. Así estaban, cuando todo un tropel de la gente menuda salió bailando de lo más denso del bosque y se quedó observándolos.

[131]

CAPITULO X CRISIS DE AMOR

Cuando el grupo de duendes contempló la nunca presenciada escena que se ofreció a sus miradas, al salir de lo intrincado del bosque, y se encontraron frente a frente con Jimmie, que tenía en sus brazos al duende chiquitín, mostraron síntomas de gran excitación.

Tan natural y justamente como hubiesen podido hacerlos seres humanos, llegaron a la deducción de que, al menos, un duende había hecho traición a sus semejantes y familiares. Rodearon a Jimmie a distancia un poco respetable y empezaron a llamar a su compañero, en lenguaje propio, que Jimmie comprendió, porque era una especie de lenguaje universal, pero no pudo enterarse de lo que decían.

Su amiguito, sin embargo, lo entendió, y dio señales inequívocas de malestar. Finalmente, habiendo llegado a ser las acusaciones demasiado duras para sufrirlas, saltó de los brazos de Jimmie y se fue corriendo hacia el duende que parecía ser el jefe del grupo. Entonces empezó a explicar lo ocurrido. Jimmie pudo seguirle perfectamente, aun cuando hablaba más deprisa que cuantos franceses

[132]

había oído jamás. Las facultades de gesticulación del pobrecillo, eran maravillosas.

Accionada ante él y acompañada por la elocución verbal más rápida nunca oída, Jimmie se dio cuenta de toda la aventura. El duendecito hubiera sido un consumado actor, si hubiese podido presentarse en escena y encarnar en un cuerpo. La sorpresa por los horribles elementales; la desesperada busca de un sitio por donde escapar; la tremenda pelea, y la tremenda certidumbre de que iba sin duda a una muerte segura; las contorsiones y gestos del hostil círculo que lo rodeaba; y la desesperación que le dominaba, cuando todos sus intentos de escape resultaban frustrados; después el tremendo alivio, cuando este gran gigante humano, con ere terrible poder de la voluntad humana, se puso a su lado y tomó su defensa en la desigual lucha.

- Ya veis - exclamó últimamente el duende -. Todo está bien. Es amigo mío. ¡Ya veis!

Aquí su entusiasmo se desbordó, y de un tremendo salto se subió sobre un hombro de Jimmie y empezó a saltar de un hombro al otro, dando de cuando en cuando un amistoso tropezón al pasar sobre la cabeza de Jimmie. Esto, por tratarse de una entidad etérica, no causaba la menor molestia a Jimmie y parecía divertir enormemente al grupo de duendes.

Se acercaron un poco más, y Jimmie se dio cuenta del cambio de su actitud por la amistosa apariencia de sus miradas, las frecuentes sonrisas que le dirigían, y el buen humor con que, hablaba a su activo amiguito.

De una manera especial, las vibraciones de la

[133]

raza humana son ofensivas para los pequeñitos seres, por la razón de que la mayor parte de los humanos, a causa de su habitual modo de pensar y obrar, han acumulado en sus cuerpos etéricos gran cantidad de materia etérica de condiciones inferiores.

Esto también es aplicable en gran parte a sus cuerpos afectivos, y como los duendes ocupan una posición intermedia entre los dos reinos, son muy afectados por esas condiciones.

Jimmie no sabía qué hacer, y por eso hizo lo que era más natural: se sentó sobre un tronco y extendió las piernas. Uno de los más atrevidos duendes, después de varios amagos, emprendió una carrera y le saltó por encima de los pies, rozándoselos con uno de los suyos. Viendo que esto no le había hecho daño, volvió a saltar, quedándose otra vez sobre un pie de Jimmie y saltando enseguida nuevamente. Entretanto, otros varios habían llegado al alcance de sus brazos y estaban hablando de él, con sus raras y agudas vocecitas, mientras sentía ligeros contactos por la espalda y tironcitos en el cinturón y guerrera. Esto era perfectamente posible, aun cuando la genticita no estaba en el plano físico. La incongruencia evidente no se le ocurrió a Jimmie hasta algún tiempo después, porque cuando vemos que una cosa realmente existe, aceptamos el hecho sin investigación y sin detenernos a considerar que, de conformidad con la teoría y la razón, el hecho debería ser fantástico, solamente.

- Oye, rapaz - dijo Jimmie al duendecito que había salvado de los elementales - , ¿qué les pasa a tus amigos? Parece que me tienen miedo. Diles que no tengan cuidado. [134]

- ¡Oh, son tontos! Tienen miedo. Usted no hace daño. Usted es amigo.

Jimmie estaba sentado, perfectamente quieto, sin mover un músculo, excepto para hablar al "rapaz", cuyo nombre preguntaba en vano; mientras el chiquitín parecía estar orgulloso del nombre que Jimmie le había asignado descuidadamente, y a todas las preguntas contestaba que "rapaz" era su nombre y no tenía otro.

Poco a poco, la conversación y las seguridades de "rapaz" produjeron su efecto, y el resto de los duendes empezó a perder el terror de este ser humano, que había salvado a uno de sus compañeros, de un fin tan terrible. Se acercaron más y mostraron más interés en la conversación, y Jimmie se aprovechó de ello para preguntar a Rapaz, qué habría ocurrida si los elementales hubiesen vencido en la lucha. No estaba seguro de si la muerte era posible para un ser que no tuviese cuerpo físico, pero el gran alivio y agradecimiento que Rapaz había evidenciado, probaban que una solución adversa del combate hubiese sido, por lo menos, muy desagradable para el duende.

Pero a Rapaz le disgustaba pensar en lo que hubiese podido ocurrir. Aparentemente no le agradaba hacer trabajar a su imaginación. Como un chico, atento solamente al juego, rechazaba todo intento que le hiciese pensar seriamente, y sólo se preocupaba de su juego y, particularmente, de la diversión en que estaba entretenido. La nota dominante de su constitución parecía ser la irresponsabilidad, y la concentración sobre una cosa particular, a menos que estuviese interesado en ella, le resultaba fatigosa. Jimmie acabó por abandonar

[135]

su propósito, y se dedicó a trabar amistad con el resto del grupo.

Esto lo consiguió perfectamente, porque los duendes perdieron pronto todo terror y se pusieron al alcance de sus brazos, sin miedo de tener que evitar cualquier movimiento hostil.

- Rapaz - dijo al fin Jimmie -, dime, ¿por qué la gente tenía miedo de mí? ¿Qué daño podía hacerles?

- Mire usted - balbuceó Rapaz -. ¡La fuerza de su voluntad es tan fuerte! Por eso era. No le conocían como yo lo conozco.

Eligió gran número de preguntas al aclarar la timidez de los duendes; pero Rapaz, con el auxilio de los demás, que tomaron parte en la conversación, ilustraron finalmente a Jimmie, acerca de la causa de su apartamiento a toda asociación con los mortales.

Parece que no sólo las vibraciones humanas son altamente desagradables para los duendes, sino que la voluntad humana es tan fuerte, que cuando es dirigida con inteligencia, frecuentemente no pueden resistirla. Esto les hace temer la proximidad del hombre, porque algunos están dotados de una ligera clarividencia, y, a menudo, acontece que los clarividentes no son los más adelantados de la raza. De esta manera, un mortal de grado inferior, con un poco de poder clarividente, puede resultar muy desagradable para los duendes.

También se enteró de que el contacto con un ser humano le da, de cierta manera misteriosa, un incremento en el poder de ser desagradable, si así lo prefiere. De esto dedujo Jimmie el porqué los duendes estaban tan horrorizados, cuando vieron,

[136]

por primera vez, a Rapaz en sus brazos y en tan amistosos términos con él. Para entonces, ya toda reserva había sido totalmente desechada y todo el grupo de duendes rivalizaba en su relación con el hombre. Se le subían encima; se colocaban sobre la cabeza y le saltaban a los pies; y le era difícil, a Jimmie, conseguir que uno cesase en su juego y le contestase a las preguntas que le hacía. Era como si su inteligencia les hiciese semejantes a los niños - capaces de hablar y de entender el lenguaje sencillo, pero totalmente incapaces de todo esfuerzo mental, hasta los seis o siete años. Pero, como los niños, su cariño y confianza, una vez dados, no admitían reserva.

Así pasó Jimmie una tarde agradable con sus amiguitos, hasta que la aproximación de unos buscadores de bayas les alarmó, y se esparcieron por el bosque, después de hacerles prometer otra visita. Había llegado a la deducción de que todo informe real que acerca de ellos quisiese obtener, tenía que buscarlo por otra parte. Era la primera vez que se había puesto en contacto con espíritus naturales o elementales, y resolvió averiguar algo más acerca de ellos, ya que era evidente que, al encontrarlos, se había asomado a otra de las mansiones de la Casa del Padre, que tan llena está de maravillas. Desaparecidos los duendes, emprendió el regreso a su casa, andando lentamente y repasando en su mente las cosas que escribiría, en su primera carta a Luisa, y pensando un poco también en cuánto se alegraría de que Luisa volviese a su casa, por haber terminado la guerra y empezado el reinado de la paz. Tendría que afanarse en trabajar para recuperar el tiempo perdido y ganar dinero, para

[137]

establecer la casita que tanto ansiaba tener. Y tampoco había de olvidar la gran obra, porque tendría que discurrir algún plan, para llegar a la gran masa de gente, que tanto se afana por un poco de conocimiento espiritual, y que a veces son alimentados con chinitas en vez de serlo con migas. Después de todo, el mundo resultaba un hermoso sitio para vivir en él, para el que quiere trabajar, y empezaba a sentir la sensación de alegría, que es la recompensa de todo trabajador voluntario, y de la cual se puede deducir la bendición que ha de ser la parte de los grandes Hermanos de la Luz, que emplean su energía en servir a la humanidad y que renuncian, incluso al descanso y a la paz del cielo, con el fin de ser útiles.

Volvió al tren en una especie de somnolencia, tan ensimismado estaba, por las esperanzas y planes que había levantado. Y por todo ello, corría ese peligroso germen de vanidad, que muy a menudo se insinúa en lugar de otras más groseras formas del mal, y que podíamos perfectamente haber arrojado fuera de nosotros. No se daba cuenta de que fuese vanidad, pero si se hubiese parado a hacer un análisis, habría visto que todos sus sueños estaban basados en lo que él haría y en los servicios que él prestaría, y faltaba aquella gran cualidad del trabajador devoto, a saber: el agradecimiento al Maestro, que le proporcionaba la oportunidad de servir.

Es la sutil diferencia que existe entre la loable alegría del servicio y el injustificable orgullo del servicio, lo que a menudo hace que nuestros depósitos, en la tesorería celestial, sean de humilde plata, en vez de resultar de puro y regio oro.

Pero Jimmie no se daba cuenta de esta siniestra

[138]

urdimbre que corría por el fondo y mesa de sus sueños. Contaba con la felicidad que esperaba fuese suya, también, con la posibilidad de volver a Francia antes de que terminase la "exposición", porque ansiaba alcanzar una de las medallas por el valor, y se había propuesto alcanzarla, aun cuando hubiese de coger, él solo, a todo un ejército alemán. Aquí ya no pudo dejar de sonreírse, porque su imaginación le representaba cuadros en que él iba a la cabeza de toda una compañía de "Fritzies", y con la sonrisa volvió de nuevo a la tierra.

Aquella noche regresó a sus cuarteles un feliz y entusiasta Jimmie, cantando una canción que había sido una de las favoritas de las trincheras y rebosando literalmente de esperanzas e irresponsabilidad. Y allí, sobre la mesa, le aguardaba una carta de Francia, de Luisa.

Se apoderó de ella al instante, y se asombró al notar que era muy delgada, pero el asombro era inconsciente, mientras abría el sobre, en su afán de saber lo que contenía.

Su cara cambió al leer las primeras líneas, y la carta se escapó de sus manos. Nada dijo, pero fue a apoyarse en la pared. Volvió poco después y recogió la carta del suelo, y la leyó de nuevo.

"Querido Mr. Westman - decía -: Voy a embarcarme para casa, en el primer buque aceptable que salga, y le escribo para que no me dirija más cartas a Francia. Pensándolo bien, estoy convencida de que nuestro compromiso no era resultado de un compromiso suficientemente prolongado; así, que le dejo a usted en libertad, y creo que es mejor que las cosas no pasen de este punto. No espero más carta de usted, confiando en que respetará

[139]

mis deseos en el asunto, y olvidará que jamás haya entrado en su vida. Con los mejores votos por su futura felicidad, etc."

Jimmie se quedó anonadado. Las otras cartas que había recibido de Luisa, eran cortas generalmente, porque tenía muchísimo trabajo, y él lo sabía y la disculpaba; pero en esas cortas cartas, casi notas, nunca había dado suelta a ninguna expresión o palabra de pesar, por el compromiso que habían contraído. Toda suerte de razones pasaban, como relámpagos, por su imaginación, para ser rechazadas como indignas, ya de él, ya de Luisa.

Quizás hubiese encontrado a alguien a quien amase más. Esa era una posibilidad, lo admitía; pero no explicaba lo corto y seco de la carta. Quizás ella había... ¡Oh! No podía

creer que ella hubiese realmente escrito lo que pensaba. Sin embargo, si no había escrito lo que pensaba, ¿por qué escribía? No estaba obligada a escribir. No había ley que la obligase a ello. Seguramente no podía estar disgustada por la marcha de él, porque sabía perfectamente que se había visto obligado a cumplir órdenes, y que no había salido de Francia por su voluntad. Estaban en tiempo de guerra; las órdenes eran órdenes, y Luisa sabía eso tan bien como él, porque había estado junto al frente, donde los hombres morían diariamente, a causa de esas mismas órdenes.

Cuanto más pensaba el caso, más profundo y firme encontraba su amor hacia Luisa. Recordaba perfectamente bien los bondadosos, delicados cuidados; las múltiples cosas que por él había hecho, cuando él se encontraba desahuciado; cómo había sacrificado el sueño que tanta falta le hacía, con

[140]

objeto de leerle algo, cuando se le pasó el efecto de la conmoción de explosión. En una ocasión; estando acostado, sin gran dolor, es cierto, y, sin embargo, casi gritando por el horror de aquellos nervios excitados, se había sentado a su cabecera, calmándole con trocitos de poesía, fragmentos de himnos, todo lo que podía recordar, para tranquilizar su imaginación y desviar sus pensamientos, de aquella extraña y particular condición, que es el resultado de la conmoción de explosión y que siempre es distinto.

Y luego, cuando se puso bueno... ¡oh!, con carta o sin ella, no quería creer lo que le había escrito, hasta que ella misma lo confirmase con palabras habladas. La buscaría y lo oiría de sus propios labios.

Para Jimmie, era Luisa una mujer de espíritu tan elevado, que en todas las excusas, razones y motivos, que en su mente forjaba, no se le ocurría nunca que ella le dejase por motivos interesados. Era el mejor tributo que podía rendir a los pies de su adorada, y todo lo que podía imaginar, para explicarse aquella determinación inesperada, era que él la hubiese ofendido, involuntariamente, de algún modo; pero ni una sola vez pensó en un motivo bajo o mercenario por parte de ella.

Conocía la pequeña ciudad donde estaba la casa de Luisa. Se figuraba que, a causa de la lentitud del servicio postal en Francia, habría regresado ella algún tiempo antes de que llegase la carta, y lo probable era que ya estuviese en su casa. La idea le hizo mella, y decidió pedir una licencia de una semana, y no dejar el asunto, hasta llegar al fin.

[141]

Pero las licencias no son fáciles de obtener en tiempo de guerra. Sabía que necesitaba un día para llegar a casa de Luisa, y otro para volver, y necesitaba otro para estar allí. Si los enlaces de trenes no se verificaban a tiempo, era preciso más; y así se decidió a pedir una semana.

Por la noche, al dormirse, resolvió intentar una entrevista con Marjorie, y efectivamente, al despertarse en las condiciones, ya familiares, del mundo de deseos, se dio cuenta de que Marjorie venía. Así es que no se sorprendió cuando la misma joven, riendo y, evidentemente, con el mejor buen humor, se presentó ante él.

Jimmie empezó enseguida a referirle la historia de sus penas, esperando que Marjorie simpatizaría con él y le ofrecería ayuda; pero no contaba con la huésped, y todo se redujo a que se riese de él. Si todos los que miramos el otro mundo como un sitio de tristeza fúnebre y desesperación ilimitada, pudiéramos haber presenciado aquella escena, ¡cuánto del terror a la muerte habríamos desechado!

Marjorie había muerto. Esta muchacha había sido arrebatada de su familia por el despiadado Rey de los Terrores, y según todas las creencias, generalmente aceptadas, ella podía serlo todo, menos lo que realmente era, feliz: estaba alegre, con la Aura alegría de vivir, y libre de todas las molestas necesidades de la vida física; dolor, cansancio, las diez mil pequeñas cosas que nurses rebasan el umbral de la conciencia, pero que, en su acumulación, producen un malestar continuo; y sobre todo, dichosa, porque no estaba separada de su familia, aunque ellos estuviesen separados de ella.

[142]

Esta condición, aparentemente anómala, se derivaba del hecho de que ella todas las noches podía ir a su encuentro, en el plano de los deseos, hablarles, y "visitarlos"; aunque ellos no podían conservar la memoria de estas reuniones, para ella no existía esa limitación. Y así, resultaba realmente cierto, que toda separación estaba del lado de ellos, no del de ella. Por lo tanto, no hay por qué maravillarse de su felicidad. ¿Por qué no habría de ser feliz?

Pero Jimmie se figuraba que Marjorie era completamente feliz, mientras él era desgraciado, o se figuraba que lo era, y necesitaba simpatía. Además, aun cuando él no lo había creído, esperaba que Marjorie le diría algo acerca de Luisa, y por qué había obrado así. Sentía que Marjorie debía saberlo. No hubiese sido correcto preguntarlo, pero quizás ella, espontáneamente, le dirigiese algunas palabras de consuelo. Este pensamiento de Jimmie, no pasó inadvertido para Marjorie ni un momento, y precisamente de ello se estaba riendo. Jimmie había llegado a la conclusión de que su importancia era considerable, y ésta era una lección que se le debía dar acerca del asunto.

[143]

Capítulo XI OTRA VEZ LUZ

Jimmie estaba buscando simpatía. Se figuraba sinceramente que no se le había tratado bien, y había llamado a Marjorie, con la rara idea de que quizás ella pudiese explicarle por qué Luisa se había portado de tan extraordinaria manera. En los reinos superiores, el conocimiento no siempre se obtiene de la misma manera que nosotros lo logramos en el mundo físico; pero un alma adelantada puede, a menudo, conocer cosas, sin más que fijar su atención en ellas.

Jimmie sabía esto perfectamente, pero por dos causas distintas no utilizaba su conocimiento; en primer lugar, no estaba bastante adelantado para obtener información por este medio, y, además, en el este caso particular, no hubiese sido discreto intentar averiguar por qué había procedido de aquel modo, a no ser, llamándola a ella misma.

Pero quedaba la ligera posibilidad de que Marjorie supiese algo del caso y quisiese darle algunas indicaciones, y él pensaba también que ella le compadecería y así le animaría, aun cuando no le diese informe real alguno.

Pero aun cuando Marjorie había acudido al llamamiento, para ayudarle, no era de la manera que

[144]

él se figuraba. Sabía que Marjorie percibiría las vibraciones que a él le rodeaban, y sabría por ellas que Jimmie sufría mucho, y que, por tanto, en ella todo sería compasión e interés, dispuesta a consolarlo; y por eso, no erró. Raro que él se extrañase de encontrarla tan llena de vida, de felicidad y de la sencilla y pura alegría de vivir. La compasión, al parecer, estaba en aquel momento, muy lejos de la mente de Marjorie.

- ¡Oh, Jimmie, me alegro tanto de que me hayas llamado! Estaba haciendo cálculos sobre tu pronta venida. Tengo tanto que contarte; precisamente las más hermosas cosas que jamás hayas podido soñar.

Jimmie la miró, contemplativamente, pero sin decir nada.

- He sido ascendida, Jimmie; ¿Qué te parece? Ahora puedo trabajar más y ser más útil. Me han dado una pequeña clase para enseñar a unos pocos niños que acaban de pasar, ¡y son tan ricos! Estaban tan asustados y asombrados, pero les he mostrado que no tienen nada que temer, y que sólo están rodeados de amor, y es tan hermoso verlos salir de su temerosa envoltura y brotar, como hacen las florecitas cuando las hiera el sol. Me encuentro tan dichosa que no puedo estar quieta.

¡Qué lección de cosas hubiese sido para algunos de los apesadumbrados de la vida terrena, si hubiesen podido ver aquella radiante muchacha, con el amor y la felicidad de aquel plano en que estaba viviendo, y transfigurada por la alegría del reino, al que iba a conducir aquellos pobrecitos muñecos que habían sido arrebatados de sus cuerpos por las toscas condiciones del plano físico! Si los parientes

[145]

de aquellos niños pudieran verlos, aplicarían su pena y simpatía, no a los que habían "muerto", sino a los que habían quedado, cara a cara, con la larga lucha y las duras experiencias de la tierra.

Jimmie trató de ponerse a tono con ella, y logró felicitarla por la importante tarea que le había sido asignada; pero el pensamiento dominante en su imaginación, no podía borrarse tan fácilmente, y exclamó:

- Estoy disgustado, Marjorie.

Instantáneamente se puso grave la cara de Marjorie, y Jimmie continuó:

- ¿Has visto a Luisa, últimamente?

- No, Jimmie; no la he visto. He estado tan atareada, y además, ya sabes que no voy al plano de la tierra. Si a veces veo a mis amigos terrestres, es cuando vienen aquí, en sus sueños, y dejan de venir, muy a menudo. Estoy segura que nada importante puede disgustarte. Saber que, tanto tú como Luisa, estáis en el plano de la tierra, y puedes ir a verla si lo deseas. Es una, suerte que me lo hayas preguntado a mí, porque voy a olvidarlo completamente; pero suponte que hubieses hecho al Hermano Mayor una pregunta de mera curiosidad, ¡qué habría pensado!

La cara de Marjorie se había serenado y ahora estaba riendo, pero produjo fuerte impresión en Jimmie.

- Marjorie, envidio a esos niñitos. He de venir una vez, si puedo, a ver tu pequeña clase. Ahora voy a volverme y seguiré tu consejo; porque me has ayudado más de lo que tú te figuras, quizás, y mucho más de lo que yo esperaba. Eres una verdadera amiga, Marjorie. [146]

Vuelto a su cuerpo físico, Jimmie meditó las palabras de Marjorie, y se dio cuenta, cada vez más, de que se había dejado guiar por su "curiosidad". Era ciertamente una cuestión de mera curiosidad. Había hecho, precisamente, aquello que sabía no debía hacer. Y ella no le había rechazado, ni había encontrado falta en él; sino que le había guiado delicada y bondadosamente a ver su error. Se prometió no volver a cometer semejante falta y nunca más volver a olvidar la gran palabra vigilante de "Servicio".

- ¡Madre! ¡Puedo verlo! ¡Oh, madre, madre! ¡Puedo verlo!

- ¡Puedes verlo! ¡Oh, hija mía! ¿Estás segura? No esfuerces la vista. Acuérdate de lo que ha dicho el médico. Es mejor que me dejes volver a ponerte el vendaje.

- No, no. No puedo soportar más ese horrible vendaje. Veo aquel pino solitario, allí en la cresta, como nunca lo he visto. No vuelvas a ponerme el vendaje. Tendré cerrados los ojos, y el resultado será igual. Te prometo que los tendré cerrados. De veras, que los tendré cerrados. Y voy a dar un pequeño paseo yo sola. Te prometo que apenas miraré y tendré los ojos casi cerrados.

- ¡Cuidado que eres testaruda! A ver si ahora lo echas a perder todo. Es mejor que vuelva a ponerte el vendaje y que estés un rato echada.

- Acuérdate que soy enfermera, mamá, y que sé bastante de eso. No forzaré la vista ni un ápice; pero si no salgo, me parece que me voy a morir.

[147]

Por favor, mamá. Conozco el camino con los ojos tapados, de manera que me baste con mirar un poquito.

- ¿Adónde quieres ir?

- Nada más que hasta el viejo pino en la cumbre, y enseguida vuelvo. Sé ir a oscuras, y me parece que si voy hasta allí sola y toco el viejo árbol, he de ponerme buena otra vez.

- Bueno, bien; pero no tardes, o voy a buscarte; y no abras los ojos. Están demasiado débiles todavía.

El sol caía directamente sobre la casita de campo donde se sostenía esta conversación, llenando aquella bonita tierra con la gloria de la luz veraniega, tachonando la tierra entre los árboles con reflejos de oro, y mareando con agudo relieve las casas del pueblo a lo lejos, y las ondulaciones del bosque cercano, y mostrando en su solitaria grandeza el alto árbol, que elevaba su cabeza muy por encima de las de sus compañeros, en una ligera eminencia, a unos centenares de metros por detrás de la casa.

Hasta ese árbol fue hacia donde una muchacha emprendió su camino, saliendo por la puerta trasera de la casa, llevando en la cabeza una antigua capota parade de moda, para librarse del sol, y que, en efecto, guardaba la cara de la brillante luz que la rodeaba. Iba marchando lentamente, como si no estuviese muy segura del camino, y con una mano puesta por delante, al modo como suele andarse por la noche.

Había un sendero bien marcado hacia el árbol grande, porque era el atajo para ir al pueblo, y siempre seguido por los que preferían ir por el

[148]

fresco del bosque, en vez de hacerlo por el camino carretero, algo más largo.

La muchacha lo seguía, como si le fuese familiar, como sin duda lo era, porque había nacido en aquella casa y allí se había criado, y a la que su madre se había vuelto, a realizar la labor casera de lavar los platos, después de dirigir interesantes y ansiosas miradas a la figure que iba retirándose.

Ningún peligro había para la aventurada excursionista, como sabía su madre; porque allí, en el gran Estado de Nueva York, no había ejércitos invasores, ni artillería, ni bombas asesinas. Ningún peligro amenazaba a la delicada figura, que iba por el sendero, ni de hombre ni de bestia, y, sin embargo, la madre se asomaba a la puerta, de vez en cuando, para dirigir otra amante mirada a la antigua capota, que avanzaba, plácidamente, hacia la plazoleta del gran árbol, sobre la cumbre. No, no había peligro, porque la guerra estaba muy lejos de aquella pacífica tierra.

La capota había llegado ya cerca del árbol y pronto emprendería el regreso. Pero, ¡calla! La madre se quitó los anteojos y los limpió con el delantal. Alguien más iba por el sendero. Alguien que llevaba uniforme y parecía militar. Seguramente no era posible. Los soldados, a veces, pasaban por el pueblo, pero no a menudo, y todos los muchachos del pueblo que podían haber ido a la guerra, habían ido. Los desconocidos nunca pasaban por aquel camino. ¡Bueno! El militar había parado a la de la capota pare preguntarle el camino, sin dude. ¡Cuánto tiempo hacía falta pare preguntar el camino! Pero, ¡hija, hija! ; No saber hacer nada mejor que detenerte, para hablar con

[149]

un militar desconocido. ¡El militar ha cogido a la muchacha y la está besando! ¡Oh, eso es terrible! La madre salió apresuradamente por la puerta trasera y emprendió el camino. Su incertidumbre duró poco, porque la chica la alcanzó pronto, en su regreso, y con ella, cogida del brazo, iba un oficial, alto, que la llamaba "Luisa" y otras cosas, como si la hubiese conocido mucho.

Aquella tarde, sentados en el portal, todo se aclaró. Jimmie había decidido ir a caballo, a la casa, después de haber averiguado su situación; pero algo le hizo cambiar de idea, y se fue andando.

- Y, sabe usted, iba a seguir el camino largo, cuando un amiguito mío, a quien llamo "Rapaz ", me llamó desde el bosque y me enseñó el camino.

- Rapaz, Rapaz - dijo Luisa, pensativamente -. No recuerdo ningún chico de estos alrededores que se llame así.

- No. Es otra historia que algún día lo contaré; pero Rapaz creyó que me debía un buen servicio y ha pagado su deuda perfectamente.

Luisa también tenía su historia que contar. Había hecho falta mucha gente, y la habían enviado a una estación, cerca del frente, donde estaba situado un hospital temporal, y donde las enfermeras y los cirujanos, trabajaban hasta el límite de su resistencia. Una noche, un aviador había lanzado gran número de bombas sobre aquel sitio, y una de ellas había caído cerca de Luisa, cuando estaba tratando de ayudar a un paciente a separarse del distintivo de la Cruz roja, que debía haber sido su mejor protección. Un gran relámpago y una explosión, un violento choque en la cabeza, y no

[150]

había sabido más hasta que se despertó en un hospital de París, para encontrar sus ojos fuertemente vendados y la vista casi perdida.

Su primer pensamiento fue por Jimmie, y decidió que nunca le impondría la carga de una mujer ciega y desfigurada; de ahí la carta que, con desesperación en el corazón, le había escrito, a pesar de todas las prohibiciones, y que otra enfermera había echado al correo.

La desfiguración había cedido a un tratamiento inteligente, pero la vista se fue poniendo peor, y fue enviada a su casa, como resto de un fragmento echado por la gran tempestad de la guerra, sobre la costa pacífica.

Pero en los dos últimos días había podido ver un poco de luz, y aquella mañana, habiéndose quitado cuidadosamente el vendaje, había visto que, aun cuando confuso e imperfecto, la vista iba volviendo.

- Y, ¡oh!, Dios es bueno por mí, Jimmie. Me ha devuelto la vista, y me ha dado algo que vale por mí todavía mucho más que eso.

- ¿Qué?

- ¿Cuánto le gustaría saberlo?

Sus aspiraciones fueron colmadas una vez firmado el armisticio, y el hogar que fundaron es hoy verdadero ejemplo de amor recíproco y universal.

-¡Bueno, bueno! Esto no es una historia de amor, sino una historia de la Tierra de los muertos que viven. Y, sin embargo, ¿cómo separarlas? Porque todo el amor es de Dios, cuyo nombre es Amor,

[151]

y para aquellos que hacen su voluntad, no hay nada en todo el universo, sea en este mundo, sea en el otro, más que amor. Hay sacrificio y servicio, pero no son más que evidencias del amor puesto en acción. En la Tierra de los muertos que viven, hay amor también, y ninguna relación de aquella tierra puede ser cierta, si no habla del amor que respira y pulsa por todos sus hermosos mundos.

Aun abajo, en estos oscuros reinos de los que no he hablado, hay una luz sutil que se filtra al través, y la misma pena que allí se siente, no es más que la preparación para el amor que un día llenará el universo, cuando el conocimiento de Dios cubra la tierra, como las aguas cubren el mar.

[152]

INDICE

Capítulo

I. Visita a los planos invisibles	7
II. La llegada de un sargento a este mundo	23
III. Vuelo de un alma	39
IV. Otra vez a la Tierra. Una linda enfermera.	53
V. El hermano mayor en persona.	69
VI. Ideas de un mozo de pueblo sobre religión.	81
VII. Ayudando a un soldado muerto a consolar a su madre.	98
VIII. Estudio sobre auras.	113
IX. Experimentos con espíritus de la naturaleza.	122
X. Crisis de amor.	132
XI. Otra vez luz.	144